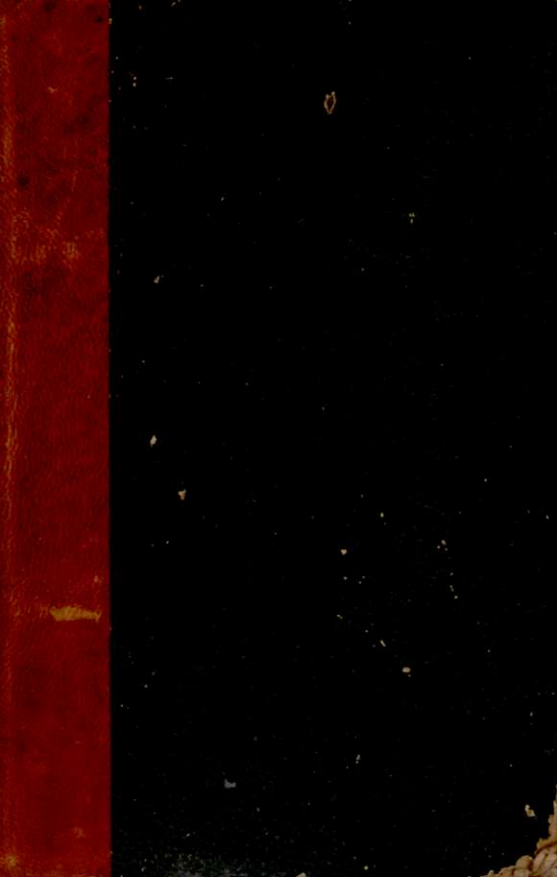
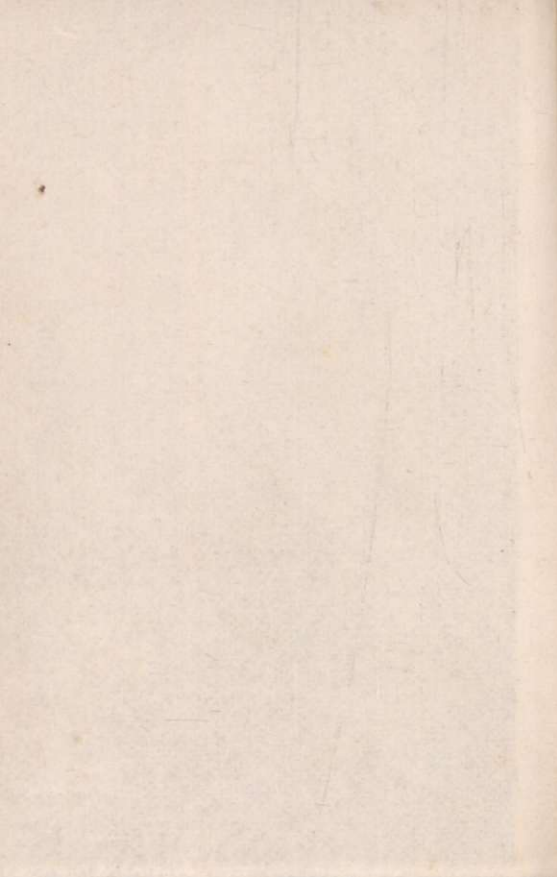


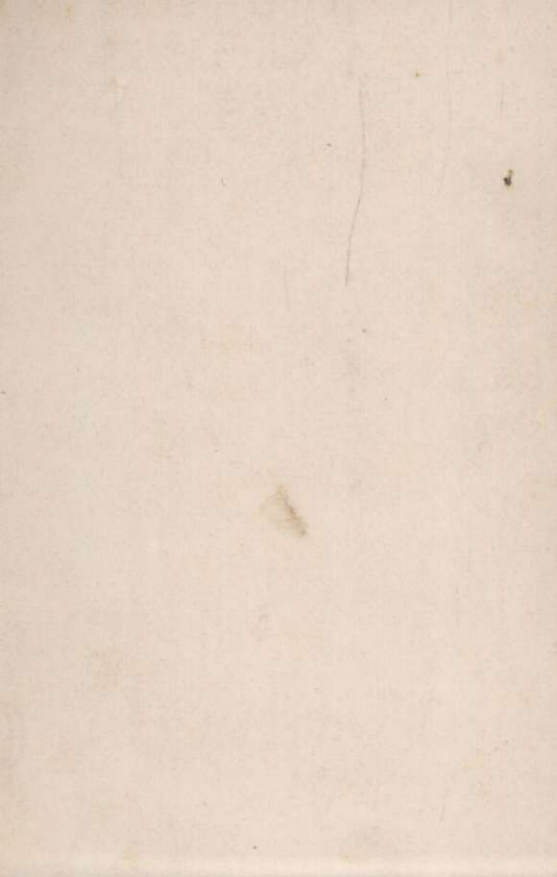


ANT

XIX

75







LOS SIETE BESOS DE BUCKINGHAM.

FOR THE YEAR 1870

13 cm 51

R.43.538

LOS SIETE BESOS DE BUCKINGHAM,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

Mr. Emmanuel Gonzalez,

y traducida al castellano

POR

D. Antonio Benigno Cabrera.

TOMO I.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

A MI BUEN AMIGO

el Sr. D. Francisco de Paula Salado.

EL TRADUCTOR.

LOS SIETE BESOS DE BUCKINGHAM.

Los espías.

Dos mujeres se paseaban por el jardín de un hermoso palacio de la ciudad de Amiens, en una bella noche del mes de mayo de 1625, caminando con paso lento y distraidamente por una larga calle de tilos, que bajaba hasta el río Somma.

Las once acababan de dar en el reloj de la catedral, y el silencio profundo de la noche habia sucedido hacia largo tiempo á ese murmullo del dia, que en las poblaciones es el síntoma del movimiento y de la vida. La luna subia con lentitud, y sus rayos de plata, deslizándose á través de las hojas, dibujaban caprichosos arabescos en la amarilla arena de las alamedas del jardin. El perfume de las flores embalsamaba el aire. El parage y la hora no podian ser, pues, mas á propósito para los tiernos pensamientos y las conversaciones íntimas.

Las dos mugeres eran jóvenes y hermosas; pero aunque al parecer se entregaban con abandono al placer de un diálogo confidencial, el ojo de un observador hubiera conocido al golpe que entre ellas mediaba diferencia de clase.

La manera con que la mas alta alzaba orgullosamente la cabeza, de la que pendian los largos y sedosos rizos de una opulenta cabellera castaña; el fuego que despedian sus pupilas de esmeralda; el movimiento imperioso por naturaleza de su blanca y linda mano; la espresion noble y altiva, aunque graciosa, de su boca pequeña y de sus labios de coral, y la magestad de su ademan, en fin, todo esto revelaba que era una gran señora.

Lo era, en efecto; era una altiva princesa española y una tierna reina de Francia; era Ana de Austria.

Su linda compañera formaba con ella pronunciado contraste. Figúrese el lector una jóven encantadora, de poca estatura, rubia, débil, de deslumbradora blancura, dotada de grandes ojos azules de mirada lánguida, que sombreaban espesas y bien arqueadas cejas; caminando con indolencia, haciendo pocos y siempre pausados movimientos, cual si hubiese temido romper sus miembros delicados, y deseando al parecer evitar el cansancio hasta en la acción de hablar, pues articulaba las palabras con lentitud y grande suavidad. Pero ¡cosa singular! este ligero defecto la hacia aparecer aun mas hechicera. Los poetas de la corte, á imitación de Mr. de Voiture, la habian comparado con frecuencia á esas hijas del aire, que apenas se dignan posar la punta de su piesecito sobre las flores de la tierra; mas que luego carecen de fuerzas para desplegar las alas y volver al cielo. Una embriagadora expresión de bondad y de dulzura aparecia por lo comun en sus ojos y en todo su semblante, resplandeciente de esa serenidad encantadora y divina, que se admira en las vírgenes de Rafael.

Nadie podía mirar á la señorita Catalina

de Angennes, camarista de la reina y llamada la Perezosa por sus envidiosas compañeras, sin pensar que tan deliciosa criatura debia poseer un corazon afectuoso y leal, y que su apatia no podia ocultar ningun sentimiento cobarde ó vil. Verla, era creer en ella, sin pedirle promesas ni juramentos.

La reina y su confidente se alejaron del palacio, caminando con precaucion. Hubiera podido decirse que eran dos jóvenes presas, que temian despertar la vigilancia de su carcelero adormecida por un instante, y que temblaban de escuchar el ruido del manajo de llaves de su cárcel.

Con efecto, aquel paseo tenia algo de evasion.

Luego que llegaron á la estremidad del jardin, penetraron en un cenador de olmedillas, cuya entrada estaba frente al rio, y tomaron asiento en un banco de mármol, desde donde sus ojos descubrian un precioso paisaje vaporosamente alumbrado por la luna, y desde donde sus oidos escuchaban el grato murmullo de las aguas y el ruido lejano de los cantares de algunos marineros; pero no era para gozar de este espectáculo por lo que la reina de Francia erraba á las once de la noche por los jardines de su palacio de Amiens.

—Al fin estamos solas, querida Catalina, le dijo á la señorita de Angennes; nadie puede vernos ni oírnos, y nos es permitido abrir nuestro corazon, lo que es tan raro para una poderosa reina, cuyas palabras todas son dictadas de antemano por ese bailador de zarabandas, que manda en el rey Cristianísimo.

—Señora, cuidado! exclamó la camarista, notando que su ama elevaba un poco la voz.

—Oh! prosiguió la reina, ¡con qué impaciencia he esperado á este dia, en el que debias estar de servicio á mi lado! Únicamente tú, Catalina, me amas y comprendes mis dolores; únicamente en tí puedo tener confianza.

—Se engaña V. M., repuso con dulzura la jóven: todos los que os rodean, todos los que tienen la dicha de veros tan bella, tan buena y con tan magnífico corazon, deben admiraros y amaros como yo.

—¿Tambien tú, Catalina, te haces adúltera? le preguntó la augusta dama, clavando en ella la vista. ¿Tendré tambien que desconfiar de tí?

La señorita de Angennes, sin aparentar enfado por estas palabras, se encojio de hombros con gesto tan indiferente y cariñoso á la

vez, que toda duda desapareció de la imaginación de Ana de Austria, quien añadió con amargura:

—Oh! bien sé que todas mis damas y camaristas se deshacen en protestas de afecto hácia mi persona..... Ninguna reina, quizás, tiene una comitiva tan brillante, tan noble, tan numerosa, y que tanto se apresure al parecer en complacer á quien sirve; pero, sin embargo, tampoco existe una reina, una princesa, una muger, que se vea reducida al cruel aislamiento en que yo vivo, si esto se puede llamar vida. ¿Te admiras de lo que oyes, Catalina? Pues sabe que todas esas mugeres, que todos esos cortesanos, que ves ajitarse en torno mio, tan serviciales y afectuosos, son otros tantos espías, colocados por una mano enemiga, á fin de vijilar mis acciones, interpretar mis palabras y adivinar mis pensamientos.

—Eso seria horroroso! exclamó la camarista.

—Así es, prosiguió diciendo Ana de Austria, que cuando me hallo en su presencia, pongo todo mi cuidado en componer mi ademán, en disfrazar la espresion de mi fisonomía, en habitar mis lábios á la mentira: mi vida es una violencia continua, y mientras que mi boca se sonrie, mi corazón se desgarrar.

ra. ¡Ah, Richelieu, me haceis pagar bien caro el título de reina de Francia!

—Por dicha, replicó la señorita de Angennes, los negocios del estado han ecsigido que el señor cardenal se traslade á Fontainebleau, y por ahora no tenemos que sufrir su presencia.

—Mas no por eso gozo de mayor libertad, repuso la reina, suspirando. Si el argos se ha ausentado, sus ojos se han quedado aquí: tiene mensajeros, que le sirven con tal celo y presteza, que todas mis acciones le son conocidas tan pronto y tan bien como si yo misma se las comunicase cada hora. Así es que ya ves las precauciones que tengo que tomar para conversar contigo. ¿Estás segura de que nadie nos ha visto salir?

—Puede V. M. estar tranquila, respondióla camarista, pues si hubiéramos sido descubiertas, la vieja madama de Lannoy caminaría ya detrás de nosotras, perorando como un consejero en el parlamento, y suplicando á V. M. que no espusiese la frescura de su tez á la intemperie de la noche.

—Dios mio! exclamó Ana de Austria, ¡me parece que oigo sus pasos!

Ambas guardaron silencio; pero pronto se convencieron de que solo el aire agitaba dulcemente las hojas de la enramada, de las cua-

les cayeron algunas sobre las cabezas y los hombros de las bellas asustadas.

—Has de saber, Catalina, añadió al fin la española, despues de tranquilizarse, que he tenido noticias de Bolonia.

Al pronunciar estas últimas palabras, Ana bajó mucho la voz, cual si hubiese temido hallarse rodeada de espías.

—Cómo! exclamó la señorita de Angennes con sorpresa, ¿se ha encontrado un mensajero tan diestro que ha llegado hasta V. M.?

—Tus ideas van demasiado lejos, hija mia, se apresuró á contestar la soberana. Ay! no, no; nadie ha venido secretamente..... y nadie hubiera podido hacerlo..... la reina madre es quien me ha dado la noticia.

—Y á qué está reducida? preguntó la perezosa jóven con una espresion de curiosidad, que no le era habitual.

—Está reducida, respondió Ana de Austria con afectada tranquilidad, á que mi hermana la reina de Inglaterra ha llegado buena á Bolonia; pero que allí ha encontrado la mar tan alta, que es probable no pueda proseguir su viage hasta dentro de algunos dias.

—¡Qué lástima que S. M. no lo hubiera previsto, y hubiese permanecido en Amiens hasta que el mar se mostrara complaciente! Habríamos ganado algunas fiestas, y alegría so-

bre todo.

—Siendo así que estamos tristes y aburridas ahora. ¿No es verdad Catalina, que desde que se ausentó mi hermana, todo parece haber cambiado de aspecto en torno nuestro? Ya no tenemos alegres paseos, ni cacerías, ni bailes en los jardines iluminados, ni conciertos nocturnos al aire libre. Nuestras diversiones se hallan reducidas á algunas frías y ceremoniosas entrevistas con María de Médicis. El silencio y la soledad han reemplazado al ruido y á la multitud, la muerte á la vida, en esta ciudad tan alegre, tan animada hace tres días.

—¡Y todo por falta de una sola persona! exclamó la señorita de Angennes, suspirando y haciendo un mohín malicioso.

—Tienes razón: por haberse marchado... mi hermana, añadió con voz algún tanto turbada la hermosa Ana.

—No quería yo hab'ar de la reina de Inglaterra, señora.

—Picaronal repuso la altiva princesa, cuyas mejillas se enrojecieron, aunque sin que lo notase la camarista, á causa de la oscuridad. ¿Porqué he de disimular contigo, que conoces mis mas secretos pensamientos? Pues bien, sí, Catalina: cuando *él* estaba aquí, no sentia este abatimiento, este fastidio, este pesar que

me oprime; la vida me parecía llena de go-
ces, veía la sonrisa en todos los rostros, y ya
no me creía sola en el mundo, pues en todas
partes y siempre descubría una mirada ardo-
rosa, que buscaba la mía. ¡Es tanta dicha, Ca-
talina, creerse amada, y comprender al fin
que vivimos, al sentir latir nuestro cora-
zon!.....

—Ah! barbotó la jóven, ¡es tan hermoso,
tan magnánimo señor el duque de Buckin-
gham!...

—¿No es verdad, querida mia, se apre-
suró á preguntar Ana de Austria, que es im-
posible citar otro, cuyas maneras sean tan
nobles y tan graciosas, cuyo corazon sea tan
generoso y leal? ¿No es verdad que Buckin-
gham deja muy atrás en el camino de la cor-
tesía, de la gracia y de la magnificencia, á
los diez y siete jóvenes de que se enorgu-
llece la corte de Francia?

—Verdad es que los *diez y siete* peligrosos
quedan totalmente eclipsados por ese astro
deslumbrador, contestó la señorita de Angen-
nes con acento que denotaba hallarse al-
gun tanto picada; pero V. M. se olvida de
que el conde de Fargy ha tenido el honor
de ser presentado al rey con motivo del
casamiento de su augusta hermana...

—¿Y que, por consiguiente, forma parte

de la corte de Francia? añadió la reina, sonriéndose. No, Catalina, no lo he olvidado; lo que sí olvidaba es que para cada una de nosotras, pobres mugeres, ecsiste un hombre superior á todos los demás, y que este hombre es para ti el conde de Fargy. Sin embargo, es digna de elogio tu eleccion, porque conozco que se halla dotado de escelentes cualidades ese jóven, que comparte con el duque el honor de ser cordialmente detestado por el cardenal de Richelieu.

—Y que le paga, se lo juro á V. M., con tanta prodigalidad como el noble lord de Inglaterra.

En este momento la reina puso con apresuramiento la mano en la boca de la camarista, á fin de impedirle que continuase hablando, y ambas guardaron silencio y contuvieron la respiracion, para escuchar mejor.

Despues de dos minutos de inútil y ansiosa espera, dijo Ana de Austria.

—No es nada: creí haber oido crujir una rama; pero sin duda me he engañado.

—Sin embargo, replicó la jóven, tambien á mi me ha parecido que alguien se movia detrás del cenador.

La reina palideció, y cobrando ánimo en seguida, hizo una seña á su camarista; ambas se levantaron y dieron vuelta á la enramada;

mas sin descubrir á nadie.

Esto no obstante, la augusta dama, para mayor precaucion, se apoyó en el brazo de la señorita de Angennes, y las dos se adelantaron hasta la orilla del Somma, en donde no habia enramadas, ni árboles sospechosos, y en donde solo vieron entre las cañas una lancha abandonada, que únicamente contenia en su fondo un monton de cuerdas y redes de pescar.

— ¡Qué ecsistencia la mia! exclamó la reina: ¡Qué triste es pasar la vida temblando al ruido de la caida de una hoja, o al que produce un insecto al deslizarse por la yerba!.....

Despues de una corta pausa, añadió, mirando á la jóven:

— Con que decias?...

— Decia que el conde de Fargy profesa tanto odio á su eminencia como amor á mí; y á la verdad que no podia haber elejido mejor camino para llegar pronto á mi razon.

Ana de Austria se estremeció, y cojiendo entre sus bellas manos las de su camarista, contestó con voz sorda y trémula:

— Ay! ¡qué feliz eres, Catalina, con poder permitir que hable tu alma lo que sientes! El amor forma tu dicha, tu orgullo y tu

alegría, y yo me veo obligada á guardarle en lo mas recóndito de mi pecho, cual un sentimiento vil y vergonzoso. Tú te abandonas á él con toda libertad, con toda seguridad, y te hacen sonreír los hermosos proyectos que formas para el porvenir, al paso que yo agoto mis fuerzas en combatirle, y solo descubro dolor y desesperacion ante mí, porque solo cuento con la dorada esclavitud de las reinas, y de ningún modo con su poder; me ahogo en este trono en que estoy enclavada, en este palacio, que me sirve de cárcel, como la religiosa que aspira á los goces del mundo, y que se ve condenada por sus votos á agonizar entre las cuatro paredes de una celda solitaria, y aprisionada por los cilicios; y sin embargo la monja es mas feliz que yo, pues á lo menos ella no ve sin cesar brillar y balancearse ante sus ojos las manzanas de oro de la dicha terrestre, como dicen nuestros poetas: una espesa cortina cubre el mundo á la vista de las religiosas; ellas no oyen sus risas y sus alegrías; no asisten á sus bailes y sus conciertos; no ven á los amantes trocar tiernas y furtivas miradas y dulces apretones de manos; no llegan á sus oídos esos suspiros y esas palabras de amor, que tanto contrastan con la injuriosa frialdad que me demuestra mi esposo...

—Ay! ¡cuánto debeis sufrir, señora! exclamó la joven, asustada del brillo febril que descubria en los ojos de la reina.

—Oh! conozco mi deber, Catalina, prosiguió diciendo la soberana: puede afligirme el desprecio, la aversion del rey Cristianísimo; pero no debo tratar de vengarme: el abandono no serviria de excusa á una falta porque las faltas de una reina son crímenes. mi natural orgullo no me permite ni aun pensar en cometerlos. Estoy resignada con mi suerte, Catalina.

—Pobre duque! barbotó la linda camarista.

—Tú le compadecees, querida hija, repuso Ana de Austria con dulzura, y yo procuro olvidar le, procuro alejar su memoria de mi mente, su imágen de mi corazon.

—V. M. tiene una fuerza de carácter, de la cual yo careceria, y no puedo menos que admiraros, señora, porque os mostrais mucho superior á las demás mugeres, cuya alma es tan frágil y tan débil.

Estas palabras que parecian encerrar alguna ironía y reconvencion, fueron causa que el orgullo de la reina se fundiese en lágrimas, que temblaron cual dos diamantes en sus hermosos párpados.

—Hé ahí lo que te engaña, hija mia,

plicó; y hago mal en no ser contigo completamente franca; pero procuro engañarme á mi misma, y no quisiera leer lo que pasa en mi corazon. Sí, querida mia, temo el haber sido tal vez demasiado severa con el único hombre que se ha atrevido á amarme: aunque era obligacion mia no alentar un amor culpable, debiera haberle manifestado al menos un poco de piedad. Al separarse de mí, solo me pedia un recuerdo, para consolar ese sufrimiento mudo, que ha de encerrar en su pecho como en una tumba; hubiese él querido que, apartado de mí, mi imágen hubiera permanecido presente á sus ojos, como estaba grabada en su corazon. Me he negado á ello. Esto ha sido una crueldad, que despues he sentido tener con él.

— Pero tiene remedio, afortunadamente.

— Cómo, loquilla?

— Si yo me encontrase en el caso de V. M., primero me mandaria retratar...

— Pues supón que eso está ya hecho, dijo la reina, interrumpiéndola y sacando del pecho un estuchito, que puso en las manos de la señorita de Angennes.

— Oh! qué semejanza tan prodigiosa! exclamó esta, que habia abierto el estuche, y presentaba á los rayos de la luna un precioso medallon, enriquecido de diamantes.

—Ya tenemos el retrato, añadió Ana de Austria con un suspiro; pero nos encontramos en Amiens y Buckingham está en Bolonia.

—Ya! mas el mar se halla embravecido, segun me ha dicho V. M., y aunque el viaje de vuestra augusta hermana solo se retarde tres ó cuatro dias, hay tiempo mas que suficiente para trasladarse á ese puerto.

—¿Y á quién confiar comision tan delicada y espuesta?

—Mr. de Laporte tiene dadas á V. M. suficientes pruebas de afecto, para que no dudeis en encargársela.

—Ya habia pensado en él: Laporte es un valiente y fiel caballero, que se dejaria hacer pedazos por ahorrarme un pesar; pero sospecha el cardenal tanto de él, que todos sus pasos son vijilados minuciosamente; y ya puedes considerar cuanto peligro correria yo, si fuese sorprendido en el camino llevando de mi parte un mensaje, que el odio y los celos se encargarian de hacer que apareciese criminal. No, no puedo valerme de Laporte en esta ocasion; es preciso que la persona á quien confie este retrato, al paso que no inspire desconfianza alguna á mis enemigos, tenga yo en ella completa seguridad de que no ha de venderme; porque el gato-tigre

pagaria sin duda á cualquier precio la traicion del que pusiera en sus manos una prueba tan comprometedora.

La señorita de Angennes permaneció algunos minutos en silencio luego que acabó de hablar la reina, y en seguida dijo:

—Señora, le respondo á V. M. del afecto y de la lealtad del conde de Fargy.

Un rayo de alegría brilló en los ojos de Ana de Austria, que se apresuró á preguntar:

—¿Crees tú, niña mia, que consentirá en encargarse de tal comision?

—Si V. M. se digna darle esa prueba de confianza, estoy segura de que la considerará como el mas alto favor que pudiera recibir de su soberana.

—Pues has lo que quieras, Catalina; me abandono á tí.

—Mr. de Fargy solo se ha presentado una ó dos veces en palacio; por consiguiente no ha llamado la atencion, y su ausencia ni aun será notada. Mañana le veré, y mañana partirá.

—Y si los espías se ponen en acecho, solo fijarán la vista en el pobre Laporte, dijo la reina, sonriéndose. Oh! nuestro plan es excelente. ¿Señor cardenal, muy orgulloso estais de vuestra astucia diplomática; pero si

las mugeres pudiesen ser ministros, tendríais que arriar bandera ante ellas!

Así diciendo, tomó con aire triunfal el camino del palacio, acompañada de su joven camarista, y entró en sus habitaciones sin que nada le hiciese sospechar que había sido descubierto su paseo; pero es seguro que no se hubiera entregado al sueño con tanta tranquilidad como lo hizo, si hubiese presenciado la escena que se siguió á su desaparición del jardín.

Apenas se hubo alejado, la enramada del cenador se entreabrió, las ramas del árbol mas inmediato se estremecieron y crugieron, y la barca olvidada entre las cañas se balanceó con fuerza.

Una sombra pequeña salió de la enramada, y gruñó con voz seca y estridente, parecida á una risa diabólica, las siguientes palabras:

—¡Ah, señora reina! ¡desconfiais de nosotros, y os creéis en seguridad al aire libre! Já! já! já!... Segun vos, solo las paredes tienen oídos y ojos, y esta vieja condesa de Lannoy se queda sorda y ciega cuando llega la hora de dormir, porque no es una joven y hermosa princesa, como vos, y no tiene necesidad de permanecer despierta, para esperar las serenatas de los enamorados, y para completar la deshonra de su marido; pero me

parece que el oro del señor cardenal vale mas que todas las serenatas, bella dama, y que el placer de vengarme de vuestros sarcasmos, no es menor que el que os causa el desquitaros con ese insolente inglés de la frialdad que os muestra nuestro justo y muy temido soberano.

Dicho esto, tomó asiento en el cenador, y dejó oír una especie de silbido. Al punto un hombre, que estaba oculto entre las ramas del árbol mas cercano, las apartó poco á poco, empezó á bajar con precaucion y vino á caer á los pies de la condesa. Al mismo tiempo otro hombre levantó el monton de cuerdas que habia en el fondo de la lancha, y saltando á tierra, se aproximó igualmente á la noble espía, alma condenada del cardenal, quien recompensaba sus odiosos secretos servicios suministrándole abundante oro, para que satisficiera su desarreglada pasion al juego.

Los dos espías subalternos esperaron en una actitud respetuosa las órdenes de madama de Lannoy, quien escribió apresuradamente algunos renglones en un librito de memorias que tenia en la mano, y en seguida se lo entregó al hombre de la lancha, diciéndole:

—Para el señor cardenal de Richelieu. Urgente. Le contareis al mismo tiempo lo que

habeis oido de la conversacion de la reina con esa tonta señorita de Angennes.

El espia se inclinó, volvió á meterse en la lancha, y tomando los remos, ocultos debajo de las redés, se sirvió de ellos con maravillosa destreza para salir del cañaveral y subir por el rio.

La vieja condesa habia escrito entre tantas varias líneas en un pergamino, que tenia una firma en blanco del ministro, y luego que concluyó, se volvió hácia el otro hombre, y le dijo:

—Habeis de entregar esto al gobernador de la ciudad antes de que se abran las puertas, para que trasmita la órden aquí contenida al prevoste de los archeros.

El espia saludó humildemente á madama de Lannoy, quien no se dignó siquiera fijar la vista en él, y deslizándose con cautela á lo largo de las enramadas, desapareció sin dejar oir el ruido de sus pasos en la arena.

—¡Pues, señor, no se ha perdido la noche! exclamó la vieja con un suspiro de satisfaccion. Su eminencia no podrá ahora dispensarse de pagar los quinientos duros que perdí la semana pasada bajo palabra, jugando al sacanete con ese maldito conde de Fargy. ¡Já! ¡já! ¡já!... El mocito no sospecha que acabo de ganarle yo la revancha.

Este pensamiento la hizo dirijirse al palacio con la risa en los lábios.

Al dia siguiente, á eso de las doce de la mañana, un ginete, perfectamente montado, salia de Amiens por la puerta que da al camino de Bolonia. Al principio mantenia el caballo al paso, como si solo se hubiese propuesto dar un paseo; pero luego que llegó al primer recodo, metió espuelas, y desapareció entre una nube de polvo.



De qué manera un preso halló medio de asir la ocasion por una pierna, no pudiéndola agarrar por los cabellos.

Un caballero como de treinta años de edad, alto y bien formado y de bello rostro, cuyo ademan, á la vez gracioso y altivo, revelaba un ilustre nacimiento, apesar de estar vestido con bastante sencillez, se dejaba llevar al capricho del caballo que montaba, por el camino de Bolonia á Amiens, á distancia de dos ó tres leguas de la primera de estas ciudades,

Este viajero, ó por mejor decir, este pa-seante, porque no llevaba consigo nada de lo que constituye el equipage de un hombre que ha de recorrer un largo camino, demostraba poco ó ningun interés por las bellezas del paisaje que se presentaba delante de él, pues sus miradas no se apartaban de la crin del magnífico caballo que montaba, y la espression melancólica y meditabunda de su rostro dejaba adivinar que su espíritu se hallaba preocupado y triste.

Probablemente hubiera caminado largo rato de aquel modo, sin saber siquiera lo que hacia, si un ruido extraño no le hubiese sacado de su distraccion, que hasta entonces habia sido protegida por el silencio que reinaba en el camino.

La noche estendia ya su manto por la tierra; pero el cielo no estaba tan oscuro, que nuestro caballero no pudiese distinguir á su izquierda y á traves de algunos árboles, las iluminadas ventanas de una casa, de la cual partia el ruido que acababa de escuchar. Acercóse, movido por una vaga curiosidad, y se halló muy pronto delante de una venta, en la que resonaba el concierto poco armonioso de una docena de voces, llamando y respondiendo en todos los tonos, y al cual se mezclaba, no menos desagradablemente, el

estrépito de puertas abiertas y cerradas con fuerza y un incesante chis chas de vasos y platos.

Arrepentido de haber salido del camino por causa tan trivial, nuestro ginete iba á alejarse y á dirigirse ahora hácia Bolonia, cuando en un corto intervalo de silencio oyó esclamar á una voz:

—Oh! ¡aun cuando sepa perecer, he de salir de aquí!

Esta voz, que no partia de lo interior de la casa, sinó que parecia venir de debajo de tierra, detuvo de pronto el movimiento retrógrado del caballero, que adivinando por las palabras que acababa de escuchar que allí se encontraba alguno mal su grado, se sintió acometido del deseo de serle útil. Dedicóse, pues, á buscar el parage en que podia estar la persona que habia hablado; pero en vano, despues de apearse, reconoció los tres ó cuatro grupos de árboles plantados á derecha é izquierda de la puerta de la venta. Sin embargo, antes de retirarse definitivamente, resolvió dar vuelta á la casa, invitando á la víctima á descubrirse por una multitud de ipsts! enviados en voz baja en todas direcciones.

De pronto sintió que una mano ó una garra le asia con bastante fuerza por una pierna,

y en seguida oyó salir del pie de la pared, pronunciada en voz baja, la palabra:

—Silencio!

Al punto se bajó, y reconoció, no sin sorpresa, que quien le tenía agarrado era con efecto una mano, que salía por la lumbrera de una bodega subterránea.

—Guardaré todo el silencio que querrais, dijo el caballero con algun enfado; pero para eso no era preciso que os aferráseis á mi pierna: bastaba con haber hablado, pues felizmente no soy sordo, y al punto os hubiera oído.

La mano se retiró.

—Os pido mil perdones, contestó la voz; pero se reflexiona poco en situaciones semejantes á la mia, y no bien se presenta una ocasion favorable, ó que nos parezca serlo, nos apresuramos á agarrarla por los cabellos.

—Es que vos la habeis agarrado por la pierna, replicó el caballero.

La voz no pudo ahogar del todo una carcajada, que repitió el paseante, procurando tambien contenerla, y ya desarmado por su misma ocurrencia.

—Si mi auxilio puede seros de alguna utilidad, añadió el último, estoy pronto á ofrecérosle. Quisiera me dijéseis ante todo

como es que os han encerrado en una prision tan estraña, bien estendido que podeis tener entera confianza en mi discrecion. Os escucho.

Al hablar así, el caballero se habia sentado sobre la yerba y tenia la cabeza inclinada á fin de mantenerla á la altura de la del preso que solo dejaba ver por la lumbrecilla la mitad de su rostro. Este guardó un instante de silencio, y luego empezó á hablar en voz tan baja, que su interlocutor no le entendia sino algunas palabras.

—No podriais espresaros un poco mas alto? le preguntó el caballero.

—Perderia toda esperanza de salvarme si los que están en la casa acudiesen, atraidos por el ruido de nuestra conversacion.

—Oh! lo que es eso no lo temais, porque hay tal bataola ahí dentro, que aun cuando tuviéseis que gritar con toda la fuerza de de vuestros pulmones, vuestra voz no llegaria á ellos mas que llega el roce de esas hojas, que tiemblan en los árboles inmediatos. Pero cuando tanto es vuestro temor, debeis estar comprometido en un negocio de mucha gravedad.

—De tanta gravedad, que me va en ella nada menos que la cabeza.

—¿Pues qué habeis hecho?

—Una acción muy natural á todo caballero; pero que es un crimen imperdonable para el señor cardenal de Richelieu.

—¿Habeis tenido un desafío?

—Y he muerto á mi adversario.

—Mal negocio es este, con efecto, pues aun cuando fuéseis uno de los favoritos del rey, con dificultad os escapariais de las manos del cardenal.

—Por esa razon no habia perdido ni un solo minuto; y ya, como veis, me aproximaba á Bolonia, en donde pensaba embarcarme para Inglaterra, cuando á unos cien pasos de esta venta, mi pobre caballo, rendido de cansancio, dió con su cuerpo y con el mio entiera. Aun no habia tenido tiempo para levantarme, cuando me ví rodeado por cuatro archeros, que venian en mi seguimiento, y aunque traté de resistirme con mi espada, cual podeis imaginar, la pelea era demasiado desigual. Los malditos secuaces del cardenal poco tardaron en desarmarme; en seguida me trageron á esta casa, y me encerraron en esta bodega, de la que no debo salir sinó para tomar mañana en compañía de ellos el camino de Amiens.

—Diablo! pues á fé mia que vuestra posición no es de las mejores, y solo una pronta fuga puede sacaros de ella.

—Eso es precisamente lo que intento des-
dehace una hora, que es el tiempo que llevo
metido en este sótano maldito; pero todos mis
esfuerzos han sido en vano, pues la puerta
es muy sólida, y aunque he rodado un tonel,
para llegar á esta lumbrera, ¿cómo penetrar
por ella, siendo así que apenas cabemi brazo?
Cuando habeis llegado, me ocupaba en agran-
darla.

—Tal vez lo conseguiremos entre los dos.

—Mucho lo dificulto, porque estas piedras
son tan duras como diamantes, y están muy
bien unidas. Quizás no hay en toda la Fran-
cia mas que una venta que no se esté des-
moronando, y mi pícara estrella me ha trai-
do á ella precisamente! ¡Quisiera que sus
dueños y los albañiles que la han construido
se encontrasen entre las garras del demonio!

—Esperad. Traigo conmigo un puñal de
escelente temple.

—Que se romperá en seguida, cual si
fuese de corcho. Además, para agrandar es-
te agujero lo suficiente, necesitaríamos diez
veces mas tiempo del que podemos dispo-
ner.

—Es verdad.

Los dos se pusieron á discurrir.

—¡Por vida del demonio! exclamó á poco
el preso; nada se me ocurre favorable, y ca-

da vez estoy mas decidido á frustrarle al cardenal el placer de cortar otra nueva cabeza. Dadme ese puñal que decís, y os juro por mi alma que los esbirros de su eminencia no me sacarán vivo de aquí; pero antes he de acabar con alguno ó algunos de ellos.

—Siempre teneis tiempo para recurrir á ese medio, replicó el caballero. La noche es larga, y de aquí á mañana pueden suceder muchas cosas... ¿Cuántos son los archeros que os han preso?

—Cuatro. Os ruego que creais que no se hubieran apoderado de mí tan fácilmente, á no ser porque estaba aturdido de la caída.

—Defenderse de cuatro hombres no es imposible; pero ya es otra cosa obligarles á pedir cuartel. Sería una locura atacarles por la fuerza, y por lo tanto recurriré á la astucia.

—¿Cuál es vuestro proyecto?

—No lo sé aun; pero cuento algo con el acaso, y mucho con una buena inspiracion. Aquíteneis el puñal, del que podeis hacer buen uso en caso de que nada consiga yo, pues á mí me queda la espada, que me basta. Tened paciencia, caballero, y quedad persuadido de mi buena voluntad y de que no dependerá de mí el que mañana no os paseeis libre por el campo.

Dicho esto, le apretó la mano al preso, montó á caballo y volvió al camino, haciendo el menor ruido posible; en seguida, y así que estuvo á distancia de unos trescientos pasos, regresó á galope hasta la puerta de la venta, en donde aumentó el estrépito que en ella resonaba, llamando con la voz, golpeando con todas sus fuerzas y jurando á gritos.

No sin trabajo consiguió hacerse oír, y su impaciencia pasaba ya de finjida á real; y pensaba en echar la puerta abajo, cuando esta se abrió al fin, dejando ver la cara mas rubicunda y el mas magnífico abdómen de ventero que se puede imaginar.

—Mucho os habeis hecho esperar! exclamó el caballero.

Una sonrisa bastante insolente apareció al principio á guisa de respuesta en el semblante del posadero, pues la sencillez del traje del viagero y el presentarse sin ningun criado, no le dieron á primera vista buena idea de la importancia de aquel personage; pero como una segunda mirada le hizo notar la natural distincion y altivez del desconocido, la riqueza de los arreos del caballo y la hermosa estampa de este, persuadido de que ambos eran de noble raza, se apresuró á dar otra espresion á su fisonomía, y descubrién-

dose humildemente, respondió con voz melosa:

—Caballero, os pido mil perdones; pero es tal ruido que hay en este momento en mi casa... Además el mozo está enfermo en cama, y solo tengo para que me ayuden las dos criadas: de modo que era preciso que yo estuviese al mismo tiempo en la bodega, en el comedor, en la cocina... Oh! esto es para volverse uno loco!

Pasando en seguida de la voz de cabeza á la voz de pecho, añadió:

—Ola, Juanita, aquí! Conduce el caballo de este señorito á la cuadra, y échale un buen pienso.—Gertrudis! cargad con esa maleta, y llevadla á la salita verde.—Ahora, caballero, tomáos la molestia de entrar, y si os volveis á poner mañana en camino, será porque negocios urgentes lo ecsijan, pues la venta del *Pollo coronado* goza, á Dios gracias, la mejor y mas justa reputacion: se entra tal vez en ella, como entodas, con bastante desconfianza; pero no se sale de aquí sin sentimiento. Viagero he tenido yo en mi casa, que ha penetrado en ella con ánimo de permanecer solo una noche y se ha estado mas de un mes.

—¡Vamos, maldito hablador! gritó una voz ronca desde el fondo del comedor, date prisa

á introducir á ese caballero, y vuelve á cuidar de tus hornillas, de las que se ecshala un olor á chamusquina, capáz de levantar de indignacion el estómago mas paciente del mundo.

—Allá voy, allá voy, contestó el ventero, dirigiendo una mirada de reojo al autor de esta intempestiva observacion, yo no puedo estar en todas partes á un tiempo, no soy como Dios.—Caballero, dentro de un minuto vuelvo á recibir vuestras órdenes.

El viagero entró en un comedor bajo, en el cual estaban sentados en bancos y delante de una larga mesa los cuatro archeros de que habia hablado el preso, los que interin les servian la cena, se pasaban de uno á otro un cántaro de vino, sin que por esto sus atronadores gritos dejasen de ir á estimular la actividad del huésped hasta el fondo de la cocina. Sin embargo, uno de ellos guardaba silencio, y los otros, admirados, se burlaban de él.

—¡Vaya si tu estómago está pacífico esta noche, Larose, despues de haber corrido treinta leguas sin quitar bridas! le decia uno de sus compañeros.

—¿No ves, añadió otro, que el placer le priva de tener apetito? El buen Larose está loco de contento por los diez duros que nos

han prometido á cada uno, si hacíamos esa importante prision.

—Sí, pues lo que es vosotros, replicó Larose, no sois hombres que retiraréis las manos cuando el tesoro de su eminencia os presente el dinero.

—No por cierto; pero si á nosotros nos gustan las monedas, es porque son redondas y se las puede hacer rodar; al paso que tú te complaces en apilarlas, bajo pretesto de que son planas.

—Si yo las apilo, tengo para ello mis razones, de que no tengo que dar cuenta á nadie.

—No tienes mas razon que el ser un avaro.

Larose se levantó con el rostro encendido por la cólera, y su antagonista hizo otro tanto; pero el cuarto archero que no habia tomado parte en el debate, y que estaba condecorado con las insignias de sargento, dió un puñetazo en la mesa, gritando:

—¿Qué viene á ser esto, señores? Los dos habeis obrado mal: tú por insultar á un camarada antes de saber si es con justicia y tú por permitir que sospechen de tí una cosa falsa, y no declarar tus motivos, que son muy honrosos. No, señores, no: Larose no es un avaro; lo que es únicamente, es un

buen hermano. Su hermana Gregoria se muere de amor por cierto jóven, cuya muger seria ya si tuviese dote, y nuestro escelente compañero se priva de todo, á fin de que cuanto antes logre su hermana lo que desea.

—Pues siendo asi, dijo el que habia insultado á Larose, conozco que me he propasado, y le pido que me dispense.

—Corriente, añadió el sargento. Pues para sellar la reconciliacion, bebamos un brindis por Gregoria.

—¡A la salud de Gregoria! exclamaron todos los archeros.

—¡Y que Dios quiera concederle á Larose una buena recoleccion de escudos! gritó el sargento.

El viagero seguia con interés esta escena, que á cualquiera otro le hubiese parecido insignificante, cuando el ventero entró en el comedor con su magestuosa barriga y su cara de Sileno, y le dijo al recién llegado:

—Estoy á vuestra disposicion, caballero. ¿Qué quiere vuestra señoría que se le prepare para cenar?

—Ocupémonos antes de otro asunto mas urgente, respondió el interpelado. ¿Teneis aqui un muchacho despejado y de confianza, á quién se le pueda encargar una comision importante?

—Ay! no, señor, porque Pedro está en cama, segun he tenido ya el honor de manifestaros; pero yo mismo, en su defecto, me obligo...

—Vos? exclamó el caballero, sonriéndose. Pues bien, ensillad un caballo, corred sin detencion para Montreuil, presentáos en casa del gobernador, á quien hareis despertar; pedidle una cartera de color de amaranto, que me he dejado olvidada esta mañana encima de la mesa de su despacho y en seguida regresad sin perder un minuto, y siempre á escape.

El ventero miró á su huésped con indecible estupefaccion.

—¿No me habeis entendido? añadió el último. El negocio es grave, pues se trata de un mensaje del señor cardenal de Richelieu á S. M. la reina de Inglaterra, que he dejado olvidado por la precipitacion con que sali; pero me hallo muy cansado, y al amanecer me esperan en Bolonia. Conque, vamos, déos prisa. Tened entendido que no os arrepentireis del servicio que vais á hacerme.

—Pero sin duda vuestra señoria no ha fijado la vista en mi persona, repuso el ventero con acento de angustia, é invitando al viagero por medio de un gesto á mirarle la enorme barriga. Además, aun cuando no es-

tuviese físicamente imposibilitado de daros gusto, me veria obligado á negarme á lo que deseais, porque no tengo aquí quien me sustituya durante mi ausencia.

—Entonces buscadme en estas inmediaciones lo que necesito; en la inteligencia de que puede contar con veinte duros el que me traiga la cartera antes de que sea de día.

Nuestro viagero, que habia cuidado de hablar en voz alta, no pudo retener una sonrisa de satisfaccion al ver que Larose aplicó los labios al oido del sargento.

—No puedo negarme á lo que deseais, hijo, le contestó este á lo que le acababa de decir en secreto, y supuesto que se trata del señor cardenal y que habeis de estar aquí antes que amanezca, no me opongo á que aprovecheis esta buena ocasion. —Es inútil que busqueis á nadie, señor ventero, añadió en seguida, pues uno de mis muchachos desempeñará perfectamente la comision, si es que ese caballero lo permite.

—Acepto con reconocimiento, respondió el viagero, y confio en que esas arras activarán el celo del mensajero.

Asi diciendo, arrojó sobre la mesa un puñado de duros. Larose se apoderó de ellos, se deshizo en muestras de agradecimiento, reci-

bió instrucciones, y salió. Algunos minutos despues se oyó en el camino el ruido que producía un caballo galopando, que no tardó en perderse á lo lejos.

—Ya hemos despachado á uno, se dijo el viagero á sí mismo; mas todavia nos quedan tres.



III.

Utilidad de los borrachos, de los enamorados y de los tornos.

El ventero permanecía delante del caballero y con el gorro en la mano, pues no se atrevía á cubrirse en presencia de un personaje que sembraba el dinero con tanta prodigalidad.

—Tengo el honor de reiterar á vuestra señoría, dijo, la pregunta que antes le hicere relativa á su cena.

—Oh! eso no debe inquietaros en manera alguna, respondió el viagero, pues siento venir de vuestras hornillas cierto olorillo,

que me hace augurar muy favorablemente de la cena que destináis á estos señores, y me creeré muy dichoso en partirla con ellos, si es que creen digno de su mesa á un gentil-hombre de la casa del señor cardenal.

Como el caballero, al pronunciar estas últimas palabras, se habia vuelto hácia el sargento, este se levantó, hizo un saludo militar, y contestó con amabilidad:

—Nos honrais, señor mio, proponiendo lo mismo que solo el respeto nos habia impidiendo brindaros ya:—¡Hola, señor huésped! el cántaro está vacío, y este caballero deseará probablemente remojarse la boca.

—Sí, sí; pero dadnos del mejor que tengais, dijo el viagero, metiéndole al ventero media docena de duros en la mano.

Este, si no se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, fué por solo imposibilidad física, pues aquella largueza no habia tenido jamás egemplo en su casa.

Gracias á la buena calidad del vino y al olor de un escelente asado, traído triunfalmente á la mesa por las dos criadas, nuestros cuatro individuos se entregaron muy pronto á los ruidosos trasportes de una alegría franca y cordial.

No era ya el cántaro el que circulaba, pues los duros del recién llegado le habian

metamorfoseado en un empolvado batallon de botellas, tan pronto destapadas como vacías; sin embargo, aunque el anfitrión no dejaba un momento de descanso, no todos correspondian del mismo modo á sus invitaciones: uno de los archeros estaba al parecer fuera de combate, pues reia, bablaba, bebia y cantaba todo á un tiempo de la manera mas alegre, y los esfuerzos que hacia para mantenerla cabeza en un equilibrio razonable sobre sus hombros, así como los guiños de sus ojos, húmedos y entornados, denotaban con bastante claridad que la perturbacion no era menor en sus facultades físicas que en sus facultades morales; pero respecto á los otros dos, las cosas no se presentaban de un modo tan favorable.

No se crea que el segundo soldado se negaba á beber cada vez que le instaba el viajero; al contrario, no retiraba nunca su vaso hasta que le veia lleno, y lo apuraba siempre; mas, facultad rara y desesperadora en la circunstancia actual, mientras mayor cantidad de vino entraba en su estómago, mayor era la libertad de sus movimientos y la lucidez de sus ideas. Nuestro caballero tenia ya el brazo cansado de echarle de beber, y no por eso desistia, pues si á cada libacion su cerebro se afirmaba

mas y mas, no sucedia lo propio con su corazon, que se enternecia por momentos. Al principio solo dirigió algunas miradas á Juanita, la mas jóven de las dos criadas; á las miradas siguieron requiebros, y por último, aquello marchaba de tal modo, que el viagero no dudó en que podria sacar partido de la sensibilidad amorosa del archero.

Por lo que hace al sargento, no hallaba parte por donde atacarle: al segundo vaso habia pedido ya cuartel.

—¿Cómo es eso, señor mio? le preguntó el recién llegado. ¿Tocais á retirada despues de la primera escaramuza?

—Sí es que vos lo permitís, caballero.

—Pues no lo permito, no.

—En ese caso, apesar del respeto que os tengo, me pasaré sin vuestro permiso.

—¿Sin duda tendreis poderosos motivos para obrar de ese modo?

—Sí, señor, que los tengo; y á fin de que no me tengais por un descortés, voy á manifestároslos, y vos mismo juzgareis si obro con prudencia.

—Os escucho.

—En primer lugar, caballero, debeis saber que me horroriza el agua...

—¿Y por eso no quereis beber vino?

—Precisamente. He aquí la razón. Cierta-
 dia dejé á mi pueblo, en el que habia pa-
 sado algunas semanas con licencia tempo-
 ral, y cuando ya estaba á caballo y pronto á
 partir, todos se apresuraban á ofrecermela la
 copa de despedida, primero mis parientes,
 y luego mis amigos; y como yo tenia tantos
 amigos como habitantes el lugar, podeis cal-
 cular en qué estado me podrian. Sin embar-
 go, no por eso dejé de emprender la marcha
 alegremente al galope de mi cuadrúpedo,
 que agujijoneaban sin cesar mis vacilantes
 piernas; pero si las del pobre animal suplían
 ventajosamente á las mías, yo me hallaba en
 la imposibilidad de ofrecerle en cambio el
 servicio de mi razón, como debe hacer todo
 ginete. Corrimos, pues, al acaso, atrave-
 sando caminos, prados y montes, interin no
 encontramos ningun obstáculo material de-
 lante de nosotros. Os confieso humildemen-
 te que la tierra, el cielo, los árboles, to-
 do formaba en torno mio como una nube
 giratoria, en medio de la cual galopaba sin
 distinguir nada, con un ardor, que crecia en
 razón de la esfervescencia de mi cerebro. De
 pronto se detuvo el caballo delante de un obs-
 táculo, que yo no estaba en el caso de ver, ni
 de apreciar; le estimulé con un fuerte par de
 espolazos, y se alzó de manos; repeti, y se

puso á cocear; era imposible estendernos: yo queria avanzar, y él retroceder. Ambos dimos pruebas de testarudos, y tanto hicimos, que al fin salté lanzado de la silla, y fui á caer... ¡Por vida del demonio! Caballero, el agua es el brebage mas empalagoso y estúpido que se puede beber. Donde caí fué en medio de un riachuelo, y no podré deciros la cantidad de execrable líquido que tragué por primera vez; pero si os aseguro que hubiera infaliblemente sucumbido, á no ser porque unos buenos labradores, atraidos por el ruido de mi caída, corrieron á socorrerme. El agua que hebi me puso muy malo, tanto, que pensé morirme: así es que hice solemne juramento de no probarla mas en mi vida, y para garantirme de otro accidente semejante al que os acabo de referir, me prometí á mí mismo que jamás el vino perturbaria mi razon. Ahora bien, como ya habia echado algunos tragos cuando vos entrásteis, solo por no desairaros me he bebido el primer vaso que me presentasteis, y tal vez haya hecho mal. Me encuentro bien como estoy, y os ruego que me dispenseis no corra el riesgo de encontrarme mejor.

Esto no era lo que deseaba el viagero; pero no tuvo mas remedio que conformarse.

¿Cuál proyecto era el suyo para vencer á

aquellos tres adversarios? Verdad es que uno de ellos no era ya temible; pero quedaban dos, perfectamente sanos de cuerpo y alma, y tratar de vencerlos por la fuerza, era exponerse y comprometer el buen écsito de su empresa, pues aun cuando el caballero era bastante valiente para no temerles, se devanaba los sesos, á fin de imaginar medios menos temerarios y mas seguros, que redundasen en provecho del preso á quien habia prometido su ayuda para que lograra verse libre.

Mientras que reflexionaba, la cena terminó. El archero borracho continuaba hablando, riéndose y cantando; el otro seguia enamorando á Juanita, que á decir verdad le hacia poco caso, y no apartaba la vista del viagero, cuyo bello rostro le agradaba mas probablemente que el del soldado; y en cuanto al sargento, cansado de contemplar el ejercicio concienzudo á que se entregaban sus dos auxiliares, habia recostado la cabeza sobre los brazos, que descansaban en la mesa, y se entregaba á un pacifico sueño.

De pronto una sonrisa apareció en la boca del viagero, pues se le acababa de ocurrir una idea escelente, y aprovechando un momento en que Juanita salió del comedor, la siguió y la detuvo en la puerta de la coci-

na, diciéndole:

—Una palabra, hermosa niña.

—Diez, si quereis, caballero.

—¿Sabes que eres preciosa?

—Me lo han dicho algunas veces.

—¿Y que el que se comprometiese á darte un duro por cada una de tus perfecciones, corria riesgo de quedarse con la bolsa vacía, aun cuando fuese millonario?

—Veo que os burlais.

—No por cierto. ¿Quieres que hagamos el cálculo?

Juanita soltó la carcajada, y su risa de ningún modo denotaba una negativa.

—Veamos, añadió el viagero, contando por los dedos. Primero unos ojos negros, capaces de hacer condenar á todos los santos del cielo....

—Caballero! ...

—Ya tenemos un duro, y en rigor deben ser dos, uno por cada ojo.

—Es verdad.

—Luego tenemos esas preciosas manos, que causarían envidia á una duquesa.

—Entonces son ya cuatro duros.

—Justo. Pongamos uno por tu larga y sedosa cabellera.

—Cinco.

—Otro por la boca, tan fresca y encar-

nada.

—Seis.

—Otro por ese gracioso hoyuelo, que aumenta el encanto de tu sonrisa.

—¡Cuidado que si veis en mí tantas cosas vais a quedar arruinado!

—Pues aun no hemos hecho mas que empezar; pero tienes razon, mi bolsa no bastaria: acéptala pues, sin contar, y date por pagada.

—¡A mi tanto dinero! exclamó Juanita con la mayor sorpresa.

—No tienes que agradecermelo, pues he hecho voto de dotar á la primera muchacha bonita que encontrase, y tú has sido la favorecida por la suerte. Dime: ¿tienes novio?

—Toma! tengo veinte por lo menos, caballero.

—Veinte?... Pero tú preferirás á alguno de ellos.

—No, señor, porque todos son patanes de estos alrededores,

—Mejor que mejor.

—Porqué?

—Porque despues de haberte dado el dote, me alegraria de darte tambien el marido.

—Vos, caballero!

—No te acomoda?

—Sí, señor, sí, pues vos debeis tener buen gusto.

—Acto continuo lo vas á ver.

—¡Caramba y qué de prisa vais!

—Es mi costumbre. Debo advertirte que si mi eleccion no te conviene, no quedas obligada á casarte.

—Y he de volveros la dote?

—No, la guardarás de todos modos. Oye-me con atencion: mi protejido se reunirá contigo dentro de dos minutos debajo de esos árboles que hay junto á la puerta, y lo único que ecsijo de ti es que no le deseches en seguida.

—Perded cuidado, pues ya veis que me debo tomar tiempo para ecsaminarle y hablar con él.

—Y le llevarás á pasear todo lo mas lejos que puedas.

—Qué idea!

—Tengo mis razones para desearlo. Estamos convenidos?

—Haré lo que quereis.

—Pues vete á los árboles. Esta noche la dote y el novio, y dentro de quince dias la boda.

—Si el novio es de mi gusto.

—Ya está dicho.

El viagero volvió á entrar en el comedor, y

acercándose al sentimental archero, le dijo al oído:

—Mortal dichoso, es preciso que poseáis algún talisman para subyugar el corazón de las jóvenes.

—¿Qué quereis darme á entender, caballero?

—Que debajo de los tilos que hay junto á la puerta de esta casa, se encuentra en este momento un corazón muy tierno y enamorado, que espera con impaciencia al seductor que le ha encantado.

—¿Cómo! ¿acaso Juanita?...

—Me ha encargado que os diga que no hagais que espere mucho.

—Oh! no es digna de eso, contestó el soldado, levantándose y saliendo.

—Ya tenemos dos, se dijo el caballero á sí mismo; pasemos al tercero.

Habia á poca distancia de la mesa, y casi encima de la cabeza del dormido sargento, uno de esos enormes ganchos con cuatro ó cinco garfios, que todavía se encuentran en algunos cortijos. Este gancho estaba fuertemente atado á una gruesa cuerda, que despues de pasar por una polea, fija en el techo, bajaba á lo largo de la pared, é iba á enroscarse en un torno de madera, sirviendo para colgar en él cuartos de

vaca, cerdos muertos, y toda la carne, en fin, que habia en la venta; pero en la noche á que nos referimos estaba desocupado, pues el ventero acababa de apurar en la cena de los archeros toda la que tenia de reserva.

Nuestro viagero, que habia vuelto á ocupar su sitio en la mesa, pensaba en el modo de dar cima á una empresa conducida hasta alli con tanta felicidad. Tuvo impulsos de despertar al sargento, y obligarle con la espada en la mano á que le entregara el preso, pues este medio ofrecia bastantes probabilidades de buen écsito, en razon á que no era de esperar que el soldado borracho defendiese á su gefe, y el ventero era poco temible, en el caso de que se pronunciase contra un hombre, cuya bolsa se abria con tanta facilidad, lo que no debia suponerse: asi es que se puso de pie, é iba ya á poner la mano en el hombro del dormido, cuando la casualidad quiso que su mirada se fijase en el gancho de que hemos hablado, y al punto un pensamiento extraño pasó por su mente, que quiso poner en ejecucion acto continuo.

En aquel momento entraba el ventero en el comedor, y echando el caballero un puñado de monedas de oro y plata sobre la mesa, le dijo:

— Esto es para vos, amigo.

La admiracion y el júbilo del huésped fueron tales, que permaneció inmóvil y con los ojos fijos en el dinero por algunos segundos, al cabo de los cuales barbotó mas bien que pronunció estas palabras:

—Un millon de gracias, gran señor; Dios conserve los dias de V. E.

—Pero ecsijo de vos un favor.

—Son vuestros mi cuerpo y mi alma.

—Colocáos detras de ese torno.

—Ya estoy.

—Haced que baje el gancho.

—Estais obedecido.

—Bien.

El viagero introdujo con precaucion uno de los garfios entre el cinturon y la ropa del sargento.

—Izad ahora, le dijo en seguida al ventero, que cada vez estaba mas admirado.

Sin embargo, como sus servicios se le pagaban tan espléndidamente, no osó oponer la menor resistencia, y sin titubear empezó á dar vueltas al torno. El huésped era forzado; pero el sargento pesaba bastante: así es que la ascencion fué lenta y magestuosa.

—¡O yo estoy soñando, ó veo volar á mi gefe! exclamó el borracho. Nada! ¡no hay remedio! ¡lo estoy viendo con mis ojos!

Quiso levantarse; mas sus piernas se ne-

garon á sostenerle, y se limitó entonces á seguir con una mirada de asombro el movimiento ascensional de su superior.

Mayor fué todavía la admiración del sargento cuando al despertarse luego que sintió la primera sacudida, y no teniendo aun entera lucidez en sus ideas, vió la mesa que se le iba y notó que una fuerza invisible é inesplicable le llevaba hacia el techo; pero poco tardó en recobrar todo su conocimiento y en poderse explicar la situación en que se hallaba y entonces, lleno de cólera, ordenó al ventero que pusiese término á una chanza tan pesada, jurando por todos los santos que había de pagarle su desacato.

—Atad la cuerda, gritó el viagero.

El huesped obedeció, y el jefe de los archeros quedó suspendido horizontalmente, como esas pieles de pescado rellenas de papa, que se ven figurar en los techos de los gabinetes de Historia natural; mas no imitaba su inmovilidad, ni su silencio, antes al contrario, chillaba y se agitaba como un endemoniado, alargando y encojiendo á un tiempo brazos y piernas: de modo que se asemejaba mucho al que está aprendiendo á nadar y recibe la primera lección.

—Bourguignon! gritaba con toda su fuerza, atravesad con la espada á ese canalla de

ventero y libradme de este suplicio.

Bourguignon no oia, ni entendia; se frotaba los ojos de cuando en cuando, permaneciendo en éstasis, y dejando escapar á cada segundo esta exclamacion:

—Cosa mas rara! jamás me habia contado mi sargento que tuviese la facultad de volar y agitar las alas como un pájaro!

El caballero se acercó al huésped, y le dijo:

—No es esto todo; ahora dadme las llaves de la bodega.

—Señor...

—Ya sé que en ella hay un preso; pero á ese preso le quiero dar libertad.

—Justo cielo! vuestra escelencia ignora sin duda que ha sido el señor cardenal quien le ha mandado prender!

—Qué importa! Tomad una luz, y alumbreadme.

—¡Pero si obedezco, me voy á perder!

—Y si no me obedecéis, mi espada acabará con vos antes que la cuerda de la horca.

—Señor, tened piedad de un pobre ventero, fiel servidor del rey, que paga con la mayor exactitud sus contribuciones, y que ejerce su profesion con lealtad y conciencia.

—Dejémonos de súplicas: la llave, ú os mato.

—Señor, aun cuando quisiera, no podría dárosela, pues la tiene el sargento.

—Pues bien, hundirémos la puerta. Vámos.

El colgado, que no perdía ni una palabra de este diálogo, se agitó en aquel momento con mayor fuerza que antes, y uno de los movimientos que hizo para desprenderse, fué causa de que la llave en cuestión le saltase del bolsillo y cayese al suelo. El viajero se apoderó al punto de ella.

Siendo imposible toda resistencia, el huésped se decidió á tomar una bujía y acompañar á la bodega al desconocido, quien despues de dar libertad al preso, le dijo al ventero:

—Ahora, amigo, sois vos el que va á tomar posesion de esta mansion agradable, en la que os encerraré cuidadosamente, lo uno para que no podais dar libertad al sargento apenas salgamos de la casa, y lo otro por vuestro mismo interés; porque al veros preso, nadie podrá creer que sois nuestro cómplice. Conque buenas noches, y que Dios quiera mantener vuestra barriga en su actual estado de redondez.

En seguida empujó al ventero hacia la bodega, y cerró la puerta con doble vuelta de llave.

El preso quiso entonces dar las gracias á

su libertador; pero este no le dió tiempo, diciéndole:

—Creo que tenemos una ó dos horas de que disponer; conque démonos prisa á aprovecharnos de ellas.

El viagero encontró su caballo en la cuadra; el preso se apoderó de el del sargento y se ciñó su espada, que halló entre el equipage de los archeros, y en seguida ambos emprendieron á escape la retirada hácia Bolonia caminando prudentemente por el bosque que costaba el camino real.



IV.

Los buenos amigos han de ser reñidos.

El día empezaba á aparecer, y nuestros dos caballeros, juzgando que habian ya ganado suficiente terreno, permitieron á sus caballos un momento de descanso, dejándolos caminar al paso, y trataron de resarcir el silencio que les habia obligado á guardar la precipitación de su fuga. El preso puesto en libertad fué el primero que habló, á fin de manifestar su reconocimiento á su favorecedor.

—El servicio que os he prestado, replicó este, puede pareceros de grande importancia;

pero me ha costado tan poco trabajo, que me declaro inmerecedor de vuestras protestas de agradecimiento. Y en resumidas cuentas, ¿qué es lo que he hecho? Tenia cuatro adversarios: al primero, que deseaba dinero, le he proporcionado la ocasion de ganarlos; he dado de beber al segundo, que tenia sed, y he procurado al tercero, hombre muy enamorado, una ó dos horas de conversacion amorosa. Ya veis que todo esto es muy facil.

—Pero y el cuarto?

—Le he dejado colgado de un gancho, en reemplazo del trozo de carne que él y sus soldados se han comido.

—Es posible! exclamó el ex-preso.

—Como os lo digo. El digno sargento divertirá seguramente á sus subordinados, cuando vuelvan y le vean entregado á la nautacion aérea con la cara mas compungida que se ha presentado á mis ojos: no puedo recordarlo sin reirme. Pero apropósito de cara compungida: quisiera gozar un rato con la que pondrá el cardenal cuando sepa lo ocurrido.

—Oh! se pondrá furioso.

—Y por consiguiente tan gracioso como un gato que se moja los bigotes en un plato de vinagre.

—Tanto mas, cuanto que es un Adonis que tiene necesidad de ser notablemente revisado y corregido por medio del colorete y la peluca.

—Veo desde aquí al santo varon rechinar los dientes y fulminar contra nosotros los anatemados mas ortodoxos, segun el catecismo de los mosqueteros.

—Absolutamente lo mismo que haria Satanás al ver que le robaban un alma con la que ya contase.

—No quiero ocultaros, amigo mio, que apesar del grande interés que me inspiró vuestra situacion, mas que esto, el deseo de hacer rabiar al cardenal me obligó á procurar vuestra libertad.

—Tanto le aborreceis?

—Oh! no por cierto, no le deseo gran mal; mi mayor placer consistiria en saber que le han canonizado este año.

—Pues estad seguro, contestó el escapado de la bodega, riéndose, que cuanto de mí dependa lo pondré en juego para proporcionar-le esa inefable beatitud.

—Ya me figuro que despues del riesgo que habeis corrido, os creereis deudor^o de su eminencia.

—Oh! ¡si solo se tratara de eso! exclamó el jóven con un suspiro.

—¿Conque vuestro resentimiento data de mas antiguo?

—Desde el dia en que por primera vez sentí á mi corazon latir en el pecho, al propio tiempo que palidiecieron mis mejillas y la sangre ardió en mis venas, respondió con fuego el ex-presos; y no creais que fué al cruzar mi espada con la de un enemigo cuando esperimenté semejante sensacion; sinó al recoger el abanico que la mas linda mano de mundo acababa de dejar caer, y al tocar con mis lábios esta blanca mano al mismo tiempo que ponía en ella su cetro.

—Ah! muy bien! exclamó al desconocido, dirigiendo á su compañero una mirada benévola y triste á la par. Confieso que me hubiera sorprendido el que el amor no tuviese parte alguna en la aventura de tan galan caballero como vos.

—Oh! el tal Armando Duplessis Richelieu, que se deslizaba con suavidad por las gradas del trono, ha obrado como la culebra que en un bosque halla á un hombre dormido al pie de un arbol; enrosca sus anillos al rededor de los miembros del que descansa en los brazos del sueño, y cuando le despierta, mordiéndole con sus aguzados dientecillos, el pobre diablo no tiene movimiento. Nuestro honrado rey Luis XIII dormitaba en

su palacio de San German, soñando con carcerias y halconeros, haciendo que le lamiesen las manos sus lebreles, y tocando marchas con los dedos en los cristales cuando llovía. Durante este tiempo el cardenal se entregaba poco á poco á su ocupacion de rey, de tal manera, que ha llegado á persuadirse de que el hijo del Bearnés no es mas que un maniquí, útil tan solo para firmar edictos: así es que el ministro es quien hace la paz ó declara la guerra; ese gran capitán escribe los tratados de alianza; ese gran diplomático dirige los sitios y dicta los planes de las batallas. Si el rey se acuerda alguna vez de que pende una espada de su cinturon, el cardenal le permite que vaya á batirse como un soldado, á la cabeza de su guardia de honor, y que se embriague durante una hora con el humo de los mosquetes. Nada de esto me importa á mí, que soy un simple caballero. El gran ministro hace mas: su sistema consiste en segar la nobleza en provecho del cetro, poniendo en acción el apólogo de Tarquino, puesto que este cetro es él quien verdaderamente le empuña. Yo me rebelo contra esta politica odiosa, y la combato, sin que me inspire odio personal hácia él que la pone en juego. El cardenal lanza edictos contra el duelo, y castiga el exceso del valor y el senti-

miento del honor como un crimen vil y bajo. Yo soy dueño de batirme, ó de huir cual un cobarde las ocasiones en que deba sacar la espada; si me espongo al rigor de las leyes, es con pleno conocimiento de causa. Ahora bien, lo que no puedo perdonarle, lo que me hace detestarle, odiarle, ecsecrarle, es que trate de mezclarse en los asuntos del corazon: rompa en buen hora son su usurpado cetro las espadas que se crucen, y siegue el hacha de su verdugo las cabezas de los caballeros; pero no quiera ser inquisidor de las almas.

—Teneis mucha razon, amigo mio, dijo el desconocido, que al parecer simpatizaba con la indignacion del fogoso jóven.

—¿No nos ha de ser permitido, añadió este, amar á la mujer para quien únicamente tenemos ojos, un corazon palpitante de emocion y turbacion, y por quien caminaríamos por una senda cubierta de abrasadoras ascuas, á fin de llegar mas pronto á ella? ¿Será necesario que el cardenal nos ótorgue el permiso de hablar á esta muger, de aspirar su aliento, de estrechar su mano, y aun de defenderla de alguna agresion insolente?

—Seguro que el tratar de tiranizar á las almas es llevar al estremo el deseo de dominacion.

—Sí, señor, tales la odiosa pretension del cardenal. Amamos, nos aman, todo está en armonia, tanto la posicion social, como los bienes de fortuna y la clase, y porque no somos servidores, ni partidarios....

—Decid mas bien espías.

—Sí, es verdad. Porque no somos espías de su eminencia es preciso que veamos desaparecer nuestros sueños de felicidad, que veamos á nuestra amada, á nuestra futura esposa, á la que ya lleva en el dedo el anillo de nuestra madre, arrodillarse delante del altar, pálida, fria, trémula, casi muerta, y ser unida con lazos indisolubles á un hombre que protege y secunda los intereses y las venganzas del cardenal-rey.

—Eso es monstruoso! exclamó el desconocido.

—Es intolerable! gritó el ex-presos, y aun cuando tenga que prender fuego al palacio de Richelieu...

—Pero me parece que no teneis necesidad de recurrir á este extremo, puesto que sois amado, segun he podido colegir de vuestras palabras.

—Oh! gracias al cielo tengo motivos para creerlo así.

—Entonces debeis estar tranquilo, porque los obstáculos aumentan mas y mas la pa-

sion de la muger, y vuestra amada no se dejará sin duda alguna aterrar por amenazas, ni tentar por las ofertas mas seductoras.

—Ay! en ese punto no sé que pensar.

—Por qué?

—Porque la que amo tiene un defecto, que me regocijaria si fuese ya mi esposa, y que ahora me asusta. Habeis de saber que está desprovista de energia, y si Richelieu le intimá la órden de unirse á otro, verdad es que no obedecerá; pero su resistencia no se estenderá hasta el punto de darme su mano á mí, contra la voluntad del tirano.

—Entonces vuestra causa no está en muy mal estado, y la seguridad que teneis de que os aman, debe sostener vuestro valor y vuestra esperanza; pero tal vez no os será dado obtener la dicha de ver á la que habeis entregado el corazon, y...

—Para eso era preciso que la encerrasen en un convento, y aun así no sé lo que sucederia, pues los conventos no son fortalezas impenetrables.

—Sois en ese caso feliz, si la veis cuando os place, añadió suspirando el desconocido; pero lo que he querido decir es que no os permitirán tal vez tener con ella frecuentes y secretas conversaciones, de esas conversaciones en que dos amantes se comunican lo que

sienten, sin que ningun ojo, ningun oído indiscreto, vea sustiernos movimientos ú oiga sus dulces palabras, obligándoles á calcular cada gesto, cada sonrisa.

—Con efecto, no puedo hablarle sinó muy de tarde en tarde: una vez cada noche todo lo mas.

El desconocido soltó la carcajada.

—Y os quejais? le preguntó en seguida. ¿Pues qué mas dicha podeis apetecer?

—Pero caballero, debeis adivinar que no hay para mí otro sol que los ojos de mi amada, y que donde ella no está, me veo rodeado de tinieblas; el aire que respiro me sofoca si antes no ha pasado por sus lábios. De continuo estoy sufriendo el suplicio de Tántalo: veo á mi Catalina como si viese á un retrato insensible; le hablo como un poeta le habla á su Iris, y un loco á la estrella de que está enamorado.

—Con la diferencia de que os responde vuestro Iris ó vuestra estrella.

—Sí; pero no puedo estrecharla contra mi pecho, y hacerla estremecer de placer con mis caricias. ¿Habrá un amante mas desgraciado que yo?

—¿Pues qué será, señor mío, del que ni aun puede ver á la mujer que ama? ¿que se ve obligado á adorarla de lejos, como á una di-

sa en cuyo santuario no es permitido penetrar? ¿que debe desear tener alas, ó ser poseedor de un anillo mágico, que le haga invisible, para hallar medio de acercarse á ella? Sabed que tal es mi destino: me devora un amor insensato hácia una beldad tan altiva, tan ilustre, de clase tan elevada que casi es un crimen el amarla. Oh! ¡maldito sea Richelieu!

—¿Tambien el cardenal se mezcla en vuestro asunto? Entonces no estraño que os deis por vencido.

—Yo darme por vencido! exclamó con voz estridente y burlona el altivo desconocido. Ah! no por cierto, jóven! Jamás ha logrado nadie que retroceda el que os habla, y aun cuando Richelieu fuese mil veces mas poderoso y vengativo de lo que es, le venceria yo, por mas que necesitase remover cielos y tierra.

—Eso es hablar, gritó el jóven con entusiasmo. Sí, removamos cielos y tierra para conquistar á nuestras amadas. Ah! si vos conociéseis todas las perfecciones que posee la mia!... ¡qué alma!... ¿Y cómo describiros el encantador óvalo de su rostro, su boca pequeña y de lábios de carmin, su preciosa barba, sus grandes y rasgados ojos?...

—Basta, caballero: estoy persuadido del

mérito de vuestro Iris; pero ¡cuánto mayor sería vuestra desesperacion, si se hallase dotada de la incomparable belleza de la dama por quien he resuelto dar mi vida!

—¿Pues qué quereis concederle superioridad sobre la que yo adoro, señor mio? Sabed que consideraré como un insulto el escuchar que alguno afirma que tiene igual en el mundo.

—Oh! tranquilizáos, repuso desdeñosamente el desconocido: estoy muy lejos de decir que esa señorita Catalina sea igual á la señora de quien yo hablo.

El jóven se mordió los lábios, y replicó con voz irritada al mismo tiempo que dirigia á su interlocutor una mirada iracunda:

—Caballero, la tranquilidad que me veis tener es la mas grande prueba de agradecimiento que puedo daros; pero no abuseis del servicio que acabais de prestarme.

El rostro del desconocido tomó el color de la grana al oir esta especie de amenaza.

—Mucho sentiria, dijo con frialdad, que tan débil consideracion impidiese á un caballero cumplir con lo que cree un deber.

—Señor mio, no me apureis la paciencia, ó llegaré á olvidar que sois mi libertador.

—Si mis palabras os han ofendido, yo os declaro que las vuestras no me han irritado

menos.

—¿Y sois vos quien me pide satisfaccion? ¿no es cierto? preguntó el jóven, llevando con alegría la mano á la espada.

—Lo habeis adivinado, amigo.

—A batirnos, pues. Os conducís con nobleza, caballero, y esta provocacion, que rompe el lazo de gratitud que me ligaba á vos, trueca en admiracion el aprecio que os profesaba: me enorgullezco de medir mi espada con tan generoso adversario.

Así diciendo, sacó el acero de la vaina.

—Bien, caballero, contestó el desconocido: me quitais un pesar, pues empezaba á creer que trataba con un cobarde.

—Un cobarde! exclamó el jóven con indignacion. Estoy á vuestras órdenes, señor mio.

Los dos amigos, transformados en furiosos adversarios, echaron al punto pie á tierra, y despues de atar los caballos á dos troncos y elegir para terreno del combate una especie de plazoleta, separada del camino por un arroyo y un vayado de agavanzos, se colocaron el uno delante del otro, y se hicieron el saludo de costumbre.

De pronto dijo el desconocido:

—Esperad un momento, caballero. Si he de juzgar por vuestras maneras y palabras,

debo teneros por un noble, por una persona de distincion; y por mi parte, no creo que perdais nada en cruzar el acero conmigo; sin embargo, bueno será que no nos matemos como lacayos ó pages que salen de la taberna, sino que sepamos quien somos.

—Nada mas justo, respondió el ex-preso. Yo soy el conde de Fargy, vuestro servidor.

—Y yo, para lo que gustéis ordenarme, soy Jorge Villiers, duque de Buckingham.

El conde se quedó inmóvil de admiracion.

—En guardia, caballero, gritó el duque con impaciencia; ved que os descubrís.

Mr. de Fargy bajó la espada.

—Estais loco? le preguntó Buckingham? ¿quereis que os ensarte como á un pollo?

El conde dió un paso hácia adelante, y se inclinó profundamente.

—Señor duque, dijo; me he conducido como un colegial, y he hablado como un aturdido y un presuntuoso: os pido por lo tanto que os digneis perdonarme.

Buckingham retrocedió con un gesto de desden.

—Mejor os queria, replicó, como hace un instante, con la espada alta y los ojos brotando fuego: sois un caballero demasiado político, señor conde de Fargy.

Este arrojó el arma detrás de sí, y cruzán-

dose de brazos, replicó con altivez.

—Insultar á un hombre desarmado, no es accion digna de vos, señor duque. No puede haber duelo entre los dos, ahora que he sabido quien sois, pues mi amada, por la cual me iba á batir hasta derramar la última gota de mi sangre, no rinde primacía mas que á una muger en todo el mundo.....

—¿Y quién es esa muger? preguntó Buckingham con viva curiosidad.

—La noble dama, cuyo caballero os habeis declarado, señor duque.

Buckingham dirigió en torno suyo miradas inquietas, pues se apoderó de él la desconfianza, y se preguntaba á sí mismo si el que tenia delante seria un espia del cardenal; en seguida, clavando la vista en su extraño adversario, dijo con irónica sonrisa:

—Señor mio, vuestra cortesía respecto á la dama de mis pensamientos no puede menos de serme lisonjera; pero permitidme que os haga observar que no la he nombrado, y que tratar de adivinar quien sea, es una indiscrecion, que me verá obligado á considerar como una nueva ofensa.

—Admiro, señor duque, la delicadeza de vuestros sentimientos.

—Y yo admiro vuestra perspicacia, señor conde.

—Podeis contar conmigo en todo y para todo, y luego que haya pronunciado dos palabras, perdereis vuestro recelo, y volvereis la espada á la vaina.

El duque se ruborizó algun tanto.

—¿Creeis acaso que tengo miedo, ó que soy mas desconfiado que vos? preguntó, arrojando tambien el acero á diez pasos de distancia. Decidme ahora esas dos palabras mágicas, que han de hacer que os tenga por un fiel amigo.

—Antes debo haceros una confesion. No creais ni una sola palabra del cuento que he forjado para esplicaros el motivo de mi prision.

—¿Conque ese desafio, ese hombre muerto?.....

—Es falso todo.

—Vamos! ¡los desafios tienen hoy desgracia! ¿Pero esa fuga, ese caballo reventado?.....

—Ahí entramos ya en lo histórico. Mucho queria á mi pobre alazan; mas tenia graves motivos para hacerle volar: en primer lugar, la prudencia me lo aconsejaba así, pues temia ser perseguido por emisarios del cardenal, como sucedió con efecto; y despues, el deseo de hacer cuanto antes dichoso al caballero para quien llevaba cierto mensaje.

—Mensaje bien secreto, replicó Buckingham, puesto que ni aun á mí habeis hablado de él cuando iba á buscar el modo de ponerlos en libertad.

—Tan secreto, señor duque, que Richelieu, que hubiese dado el palacio cardenal, sus gatos, sus cinco poetas y la mitad de sus tesoros por tener conocimiento de él, me habria hecho dar tormento sin obtener que se lo descubriese.

—¿Y sin embargo vais á confiarme el nombre del misterioso personage que os ha encargado una comision tan importante? preguntó Buckingham con la mayor sorpresa.

Mr. de Fargy fué el que ahora miró en torno suyo, y acercándose al inglés, le respondió en voz baja:

—Es un mensaje de mi reina y señora, madama Ana de Austria, señor duque.

Este se descubrió, y se puso pálido.

—Y el feliz caballero á quien tengo órden de entregárselo, añadió el conde, es el noble embajador de inglaterra, Jorge Villiers, duque de Buckingham.

Así diciendo, puso en sus manos el estuche.

Un rayo de felicidad iluminó el bello rostro del audaz amante de la reina, y cuando abrió el estuche con mano trémula, á causa de la

emocion que sentia, y descubrió el retrato, se apoderó de él una agitacion convulsiva y loca.

—Oh! exclamó, ¡no me olvida! ¡no desprecia al que ha osado fijar los ojos en su belleza divina y sagrada, como el águila osa mirar al sol! He tenido un sueño extravagante, mis deseos han traspasado lo posible; á fuerza de amar he sido ambicioso, criminal, insolente; esa reina no hubiera tenido que pronunciar mas que una palabra, no hubiera tenido que hacer mas que un ademán, para echarme lejos de ella, como á un mendigo, como á un loco, y sin embargo ha tenido piedad, ha consentido en no ser para mí mas que una muger jóven y bella; me ha enviado con peligro de su honor, burlando la constante vigilancia de sus enemigos, esta encantadora imágen, que tanto he deseado poseer, y que ya no me atrevia á esperar. Ah! ¡podré en lo sucesivo contemplar de continuo estas divinas facciones, que han hecho sonreír el delirio de mi pasion! ¡O tesoro inestimable! ¡de rodillas y con la frente hundida en el polvo he debido recibirte! Pero quiero erigirte un altar secreto, quiero dedicarte un culto diario, incesante; te adoraré como el simbolo de la perfeccion terrestre.

El impetuoso Buckingham lloraba y reia á

la vez, embriagado por una felicidad indecible; tan pronto contemplaba el retrato á la distancia de su brazo, cual si sus ojos no hubiesen podido soportar el brillo, como le acercaba con ardor á sus lábios y le cubria de besos.

El conde, enternecido por estas pruebas de amor inmenso, se apresuró á decir:

—Vuestra dicha es sobrenatural, señor duque; pero á fé mia que la mereceis.

La voz de Fargy sacó á Buckingham de su éstasis, y recobrando alguna tranquilidad, respondió:

—Conde, no os habeis engañado en lo que afirmásteis: teneis ya en mí al mas leal y sincero amigo.

Despues de un momento de reflexion, añadió:

—Si no vuelvo á ver á la reina, moriré sin duda. Sí, quiero verla una vez, una sola vez, antes de abandonar la Francia.

—Pensais en lo que decís, señor? le preguntó Fargy, aterrado por esta resolucion. Reflecsionad en los peligros...

—En los peligros!... No conozco ninguno, repuso el duque, en cuyos oidos sonaba siempre mal esta palabra. Es seguro que no me embarcaré para Inglaterra sin haber visto otra vez á Ana de Austria, aun cuando Richelieu me obligue á salir del reino, aun

cuando el rey Luis XIII insulte en mi persona al embajador de Inglaterra, aun cuando la guerra estalle entre las dos naciones, aun cuando supiese que un rayo iba á descargar sobre mi cabeza. Que una nube de espías me siga los pasos, que yo sabré burlarlos; que una muralla de mosqueteros rodee el palacio de la reina, que yo sabré atravesarla. Qué me importa morir, con tal que me acerque á ella antes de que se haya vertido la última gota de mi sangre, antes que la agonía me impida repetirle estas dulces palabras: os amo! Ah! Richelieu me moteja de loco: pues bien, obraré como loco, moriré como loco; pero el loco habrá sido amado de la que ha convertido al cardenal en batelero, y se ha burlado de él y de sus burlescos suspiros.

Fargy dejó que el duque, ecsasperado, acabase de manifestar su furor, pues no ignoraba que aquel elegante, espiritual y heróico personage, llevaba con frecuencia la audacia hasta la temeridad, y la pasion hasta el delirio; pero luego que hubo concluido de hablar, le dijo con esa sangre fria, que tiene tanto imperio sobre las cabezas ecsaltadas:

—En ese caso os importa poco comprometer á la reina: mas que comprometerla, perderla á los ojos del rey y del mundo entero.

¿Quereis recompensar de ese modo su bondad para con vos?

Una nube oscureció la freute del noble inglés, que guardó silencio por algunos instantes, y luego replicó:

—Sois un fiel servidor, señor conde; mas no trateis de disuadirme, porque mi corazón no tendria la complacencia de oiros. Tranquilizáos, sin embargo: Jorge Villers no convierte en trofeo el honor de las mugeres, y por consiguiente tomaré todas las precauciones imaginables para ver á Ana de Austria. Saldré hoy de Bolonia para Amiens con cualquiera pretesto, que no han de faltarme; solicitaré por ejemplo de mi reina algun mensaje... aun cuando sea de los mas insignificantes... una carta para la reina madre, y nadie sospechará nada. Ahora voy á ecsigiros una prueba de la amistad que me habeis prometido.

—Hablad, señor duque.

—Los emisarios del cardenal van á buscaros sin duda alguna en Bolonia: regresad sin detencion á Amiens.

El conde se inclinó, y fué á desatar su caballo.

—¿La reina sabrá por vos, añadió Buckingham con vos alterada, que he recibido su retrato?

—Lo sabrá, y de que manera.

—Pues me haréis el favor de decirle también que su humilde servidor, aun cuando deba costarle la vida, gozará otra vez todavía de la suprema dicha de arrojarse á sus pies.

—Se lo participaré así.

—Pues guárdeos Dios, señor conde.

—El os dé suerte, señor duque.

Los dos caballeros se apretaron las manos, montaron con ligereza á caballo, y cada uno de ellos tomó al galope direccion opuesta.



V.

La moneda de madama de Lannoy.

Ana de Austria se encontraba régicamente aburrida en un salon de su palacio de Amiens: recostada hacia dos horas en un ancho sillón, se entregaba á un abatimiento tal, que cualquiera que hubiese tomado interés por su salud, se habria asustado, á no ser por la pureza del brillo de sus ojos y la maravillosa frescura de su tez.

Sentada á sus pies en un taburete, y no menos fastidiada que su augusta ama, se hallaba la linda Catalina de Angennes. Perezosa de cuerpo, aun cuando no de alma,

era seguramente la joven de quien hemos oído decir al conde de Fargy que tendría sin duda alguna la energía suficiente para resistir; pero no para triunfar. La languidez soñolienta, que apagaba el fuego de sus ojos, y la suavidad de sus movimientos, indicios ciertos de su carácter, daban á su belleza un poder irresistible de seducción. Sus pies eran tan pequeños y delicados, que al propio tiempo que se les admiraba, no se podía menos de comprender que era muy natural que la que los poseía tuviese grande repugnancia á mantenerse largo rato sobre ellos, ya fuese para caminar, ó bien para estar de pie.

Veíase á poca distancia y al lado de una mesita un tercer personaje, tieso, afectado, estirado, entonado, soplado, y cuyos miembros parecían estar montados sobre resortes. Este personaje era la señora condesa de Lannoy, camarera mayor de S.M. la reina, que fingía ocuparse en bordar; pero sus miradas inquisitoriales no se apartaban de Ana de Austria. Importábale muy poco el saber si su presencia era allí agradable ó importuna, pues aunque formaba parte de la servidumbre de la reina, no dependía verdaderamente de esta, sinó de una mas alta autoridad, cuyas órdenes ejecutaba con

una puntualidad desesperadora. Hacia algunos dias, sobre todo, nuevas instrucciones debian haber aumentado el rigor, ya excesivo, de esta consigna, porque nunca la condesa de Lannoy permanecia tan constantemente como entonces al lado de la augusta española, cuya sombra podia decirse que era: si Ana de Austria se sentaba, la camarera mayor se sentaba tambien; si Ana de Austria se levantaba, la camarera mayor tenia necesidad de levantarse así mismo; si Ana de Austria andaba, la camarera mayor andaba igualmente, y siempre bastante cerca de la primera, á fin de que sus ojos de Argos no perdiesen ni un gesto, ni un movimiento, ni una mirada. Era preciso para que dejase á la pobre reina un momento de respiro, que tuviese que enviar algun parte al cardenal, ó aclarar un hecho sospechoso.

Repetimos que hacia dos horas que estas tres personas se hallaban reunidas en un salon. La reina se fastidiaba, la condesa vijilaba, y la camarista paseaba con lentitud sus adormecidos ojos de la una á la otra, como si hubiese espiado el momento favorable de hacer ó decir alguna cosa; no habia duda en que la presencia de la vieja la molestaba.

—Hija mia, léeme un capitulo de la *Alci-*

diane de Mr. de Voiture, le dijo la reina.

La camarista tomó de encima de una mesa un rollo de papeles, que era el manuscrito de *Alcidiana*; pero apenas leyó tres ó cuatro renglones, la interrumpió su ama, diciendo:

—Basta, basta: no tiene interés alguno esa historia; esos personajes no hablan el verdadero lenguaje del amor. Dame ese bordado, que he prometido al obispo de Amiens para el altar mayor de su catedral.

Al tercer punto se detuvo la mano de la reina.

—Dios mío! exclamó con un suspiro, ¡qué insípida me parece hoy esta labor!—¿Quieres, hermosa, que ensayemos un poco de música?

La música no fué mas afortunada que la lectura y el bordado, y Ana de Austria volvió á la misma apatía que anteriormente.

—¿Podría distraer á V. M. un paseo por la muralla? le preguntó la condesa de Lannoy.

—No sé... tal vez...

—Pues voy á mandar que enganchen caballos á una carroza, y á prepararme á acompañar á V. M.

—No... es inútil... no es tomeis ese trabajo, pues decididamente no quiero salir.

La señorita de Angennes dejó aparecer una

ligera sonrisa en su rostro, y la condesa se mordió los labios.

—Vuestra magestad, dijo la última, está hoy de muy mal humor.

—Es verdad... no tengo gusto para nada... Si no se hallase á mi lado esta buena Catalina, que hace cuanto puede por distraerme, añadió la reina, pasando sus dedos sonrosados y gruesos por los cabellos de la jóven, me parece que me fastidiaría mucho.

Un rayo de odio salió de los ojos de la camarera mayor.

—Oh! prosiguió diciendo Ana de Austria, considero como una gran dicha para mí el que la reina Ana de Bretaña haya tenido el pensamiento de instituir las camaristas, pues me complazco en fijar la vista sobre un semblante jóven y agraciado durante mis dias de tristeza; y además, un corazon que sufre, necesita para ser comprendido y consolado de otro que no esté ya seco por el yelo de una edad avanzada y de la esperiencia.

—En ese caso, contestó la condesa con voz agria y arrogante, tengo la satisfaccion de poderlo anunciar á V. M. que bajo ese concepto no tardará en disfrutar dicha completa.

—Esplicáos, querida señora.

—Un correo de Mr. de Richelieu me ha traído esta mañana nuevas instrucciones, que

me obligan á preceder á V. M. en el viage á París, á fin de inspeccionar y apresurar las mejoras que se han de practicar en la parte de palacio destinada á V. M.

—¿Y tendremos que sentir muy pronto el vernos privada de vuestra grata presencia, querida condesa? se apresuró á preguntar la reina con acento de afliccion demasiado afectado, para no dejar conocer su ironía.

—Tendré la pena, respondió madama de Lannoy en el mismo tono, de despedirme de V. M. dentro de cinco dias.

—¿Conque voy á quedarme sola, abandonada á mí misma, sin mentor? Pues vá á ser para mí una situacion terrible.

—Tranquilizáos, señora: á fin de que reemplacen mis cuidados durante mi ausencia, el rey desea que las siete camaristas que han acompañado á Amiens á V. M. y que estaban autorizadas para vivir en la poblacion en los dias que no estuviesen de servicio, se reúnan en este palacio luego que yo parta, y permanezcan siempre al lado de V. M.

La reina se puso pálida.

—Ya he dado las órdenes oportunas, añadió la camarera mayor, y se han empezado á preparar las habitaciones para las compañeras de la señorita de Angennes.

La reina nada contestó, pues aunque com-

prendia todo lo que encerraba de tiránico é injurioso esta nueva medida, inspirada por el odio y la desconfianza, tenia demasiado orgullo para quejarse delante de la condesa, y prefirió no dar á entender que habia penetrado el verdadero sentido de las palabras que se le acababan de dirigir.

En este momento entró un page, y le entregó á madama Lannoy una carta para S. M.

—¿Quién me escribe? preguntó con poco interés Ana de Austria.

—Vuestra augusta hermana, á quien sin duda el viento contrario detiene aun en Bolonia, respondió la condesa.—¿Quién ha traído la carta? añadió en seguida, volviéndose hácia el page.

—El mismo duque de Buckingham, que ha pasado á las habitaciones de S. M. la reina madre.

—Buckingham! exclamó involuntariamente Ana de Austria, cuya frente se cubrió al punto de rubor, como si hubiese descubierto con esta exclamacion todo el secreto que encerraba su pecho.

—¡El duque de Buckingham en Amiens, gritó la condesa con la mayor admiracion, que daba el aspecto mas cómico á su arrugada cara.

En seguida, levantándose precipitadamen-

te, salió del aposento con tal turbacion, que solo una gran catástrofe pudiera haberla legitimado.

La reina no estaba menos turbada, ni menos conmovida: experimentaba á la vez júbilo, tristeza y temor, y levantaba los ojos al cielo, dejando caer sobre las rodillas las manos cruzadas, al mismo tiempo que esclamaba:

—Qué imprudencia! ¡qué imprudencia!

En fin, esta grande agitacion se calmó y la alegría quedó vencedora, pues dejó escuchar estas palabras:

—¡Qué amor, Catalina, y qué valor! porque no puedo dudar que es por acercarse á mí, por verme otra vez, por lo que viene, con peligro de caer en algun lazo, con riesgo de su vida tal vez, puesto que mis enemigos no retrocederian en presencia de un crimen. ¡Y yo, que he estado á punto de venderme delante de la condesa...! Por eso no ha debido dar un paso tan atrevido sin prevenir-melo.

—La culpa ha sido de madama de Lannoy, y no del duque, repuso la camarista, pues desde esta mañana he estado esperando con impaciencia á que quisiese suspender por un momento sus funciones de carcelera, á fin de prevenir á V. M. que su gracia iba á llegar

de un momento á otro.

—¿Y cómo lo sabias tú?

—Porque he visto al conde de Fargy antes de venir, y me ha dicho que solo precedia al duque con pocas leguas de delantera.

—¿Y cuál es el poderoso motivo que le trae? preguntó sonriéndose la bella reina.

—Espera, señora, de la bondad de V. M. que le permitireis daros el último adios.

—Sí, Catalina, sí; sin duda alguna. Ay! no puedo ocultarte que es una felicidad para mi corazon el volverle á ver.

—¿Conque V. M. consiente?...

—Aun cuando la condesa ponga mil objeciones, y aun cuando le dirija al cardenal el parte mas terrible, quiero que esta noche tengamos audiencia, y que el embajador de Inglaterra sea admitido á ella. ¿Estás satisfecha, niña mia?

La señorita de Angennes fijó los ojos en su ama, que los apartó con alguna turbacion, y repuso:

—El duque no limita sus deseos á ese favor.

—¿Qué mas quiere? preguntó Ana de Austria con voz alterada. ¿No me he comprometido ya bastante?

—Solicita un momento de conversacion, algunos segundos robados á la etiqueta, para

manifestaros su agradecimiento por el precioso don de vuestro retrato.

—Qué locura!

—Este agradecimiento no puede ser manifestado en presencia de toda la corte.

—Sí, pide una entrevista secreta, dijo la reina con agitacion; pero es imposible, porque si fuésemos descubiertos, ambos nos perderíamos. ¿Olvida por ventura lo que es el honor de una soberana? Le manifestarás á Fargy que no puedo consentir en lo que quiere el duque, y añadirás... Pero no, no le des ninguna respuesta, pues prohibir una cosa á Buckingham, es irritar mas su deseo, y seria capaz de intentarlo todo para llegar hasta mí. Mi pobre cabeza está tan débil, que yo no sabria como rechazar sus audaces tentativas... Evita el ver al conde, Catalina... Sucederá lo que Dios tenga á bien.

En medio de todas estas alternativas en que la sumergian el deber y la pasion, el temor y la esperanza, Ana de Austria vió correr tumultuosas y rápidas las horas de aquel dia, que empezó para ella tan fastidioso y monotonó.

Por la noche se volvió á encontrar á solas con la señorita de Angennes, y notando la alteracion de sus facciones y la tristeza de sus ojos, se apresuró á preguntarle:

—¿Qué te ha sucedido, hija mía?

Catalina, arrodillada á los pies de la reina, tomó una de sus manos, y la cubrió de besos y lágrimas. Ana de Austria insistió.

—Lloras! exclamó. Me inspiras una inquietud mortal. Vamos, habla, y no me ocultes nada, porque todo lo quiero saber.

—Oh! ¡qué infamia, señora!

—Se trata sin duda de alguna nueva persecucion. ¿uo es verdad, Catalina? Pero no temas participármela; ¿acaso no debo estar prevenida para todo?

—No son las persecuciones las que me afligen y me admiran, pues solo se necesita valor y destreza para combatirlas; además, ya sé que madama de Lannoy se ha vendido al cardenal; y por consiguiente nada extraño en ella.

—Ya sospechaba yo que tendrias que hablarme de la condesa, tratándose de una mala noticia. Esa muger tiene mal corazon, mal alma; no es jóven, y jamás fué bella: así es que la belleza y la juventud de las demás son epigramas para ella, de los cuales se venga,

—Sí, señora, es cierto; ¡pero no tener alma ni corazon la que es bella y jóven!....

—Es una monstruosidad.

—¿No es verdad qué sí, señora? Pues ese

es, sin embargo, el desolador espectáculo que me han dado esta tarde todas mis compañeras.

—Mas de una vez te he manifestado lo que pensaba de ellas.

—Creia que cegaba á V. M. la desconfianza.

—Ay! mi experiencia es hija de la desgracia, y no puede engañarse. Pero no me tengas mas tiempo en incertidumbre, y acaba de decirme de qué perfidia se han hecho culpables mis camaristas.

—Nos hallábamos todas reunidas en la habitacion de madama de Lannoy, que nos habia hecho llamar, y tomando esta un tono embelecador y cariñoso, nos llenó primero de cumplimientos y elogios, y en seguida añadió que estaba encargada por su eminencia de testificarnos la satisfaccion del rey; acto continuo nos manifestó que hallándoos rodeada de enemigos y peligros, tenia V. M. necesidad de corazones que os fuesen afectos y se dedicasen á vuestra defensa, y que nuestro deber era velar incesantemente sobre vuestra persona, pues durante su ausencia nos encargaba de llenar en su lugar las instrucciones del cardenal. En fin, señora, ha osado, sin que la menor señal de vergüenza se manifestase en su semblante, darnos cono-

cimiento de las tales instrucciones, reducidas á un infernal sistema de delacion y espionage.

—¡Tal como le ha podido concebir un Richelieu!

—¡Y aprobado, mandado poner en ejecución por el rey!

—Por el rey! Ah! ¡cuán bien sirve su debilidad al odio de su ministro!... ¿Y cómo han recibido esas jóvenes la tal comunicacion?

—Con protestas de fidelidad y afecto al rey y al cardenal.

—Todas?

—Todas.

—Ya ves como las habia juzgado bien.

—Mi corazon se indignó, como podeis suponer, y ya iba á estallar, cuando me detuvo el pensamiento de que seria despedida en el acto, y V. M. se quedaria sola, sin poder fijar los ojos en un rostro amigo, sin poder abrir á nadie el corazon.

—¡Querida hija mia!...

—He hecho mas: he mentido, y mis protestas de celo han sobrepujado á las de mis compañeras; pero Dios no puede llevar á mal que se mienta para engañar á los malvados.

La reina se levantó, y se paseó con agitación durante algunos momentos; en seguida

se detuvo de pronto, y luego exclamó con tono resuelto:

— Richelieu! Richelieu! ¡me desafías, y yo acepto!



VI.

La señorita de Angennes.

Cansada del día precedente, que consideraba como un día de turbación y de grandes emociones, la señorita de Angennes se había dejado caer en un ancho y cómodo sillal, y casi enterrada, con los pies en un almohadón de pluma, los brazos descansando sobre los del sillón, la cabeza reclinada en el respaldo, los ojos entornados, y sin pensar en cosa alguna se entregaba con delicia á esa especie de entorpecimiento, que no es velar, ni dormir, ni la muerte, ni la existencia.

Sin embargo, tuvo al cabo de algun tiempo

que renunciar á esta posicion, tan llena de leatitud y saboreada con tanta voluptuosidad, pues una criada entró á anunciar que un caballero, que se presentaba de parte del conde de Fargy, deseaba ser introducido. El nombre de Fargy era un talisman irresistible: asi es que la bella Catalina se levantó y dijo que podia presentarse el recien llegado; pero apenas la camarista fijó la vista en él, cuando con una viveza que no le era natural mandó á la sirvienta que los dejase solos, y en seguida, volviéndose hácia el caballero, añadió:

— ¿Cómo, señor duque, vos aquí?

— Sin duda disimularéis el paso que doy, señorita, si os quereis tomar el trabajo de pensar que si Mr. de Fargy hubiese venido en mi lugar, como teniamos convenido, tendria yo que morir de impaciencia una hora todavía antes de saber la respuesta que con tanta ansia deseo oir de vuestra boca.

— La hora hubiese pasado, y vos no habriais cometido una imprudencia. No quiero reflexionar en todo lo que puede suceder si os han visto entrar en donde yo habito, puesto que ya sospechan algo de mí.

— He venido á pie, con el sombrero echado á los ojos, y estoy seguro de que nadie puede haber conocido á Buckingham con este mo-

desto trage.

— ¡Ojalá sea como lo pensais! Por mi parte no deseo mas que tranquilizarme, pues estoy abrumada con los tormentos que he sufrido de ayer á acá.

— ¡Pero por piedad no me hagais padecer mas! ¿consiente la reina en recibirme?

— Consiente.

— Oh! gracias! gracias!..... Estará sola?

— Con vuestra servidora, señor duque.

— Pero vos sois amiga suya, y mi corazon no tendrá que violentarse en presencia vuestra; no tendré que retener con violencia dentro del pecho los sentimientos que me agitan y me trasportan. Decid á la reina, señorita, decidle que su indulgencia y su bondad me llenan de felicidad y de reconocimiento; que desearia, á precio de mi vida si era necesario, darle una idea del valor que para mí tiene la gracia que se digna concederme.

— Mucho sentiria afligiros, señor duque; mas debo deciros que temo os hayais regocijado demasiado pronto, y añadiré con franqueza que si yo me hallase en vuestro lugar, veria en la respuesta que acabais de recibir una prueba de simpatia, que bastaria á mi dicha, y no me arriesgaria á proseguir la ejecucion de un proyecto imposible de realizar.

—¿Imposible de realizar?

—Mil obstáculos se oponen á que tenga efecto.

—Los romperé todos.

—Veo en esa firmeza mas amor que prudencia.

—Lo haré como lo digo: con la aprobacion de la reina, ayudado por vos, animado por el incentivo de una recompensa inapreciable, nada en el mundo puede hacer que yo no venza.

—La reina no ha estado nunca tan guardada como en la actualidad, pues madama de Lannoy no se aparta de ella, ni de dia, ni de noche, ni en palacio, ni fuera de palacio.

—Pues he oido afirmar que la condesa marcha á Paris.

—Sí, dentro de cuatro dias.

—Bien; esperaré esos cuatro dias.

—Será peor entonces, pues no tendreis que vencer á una enemiga, sinó á seis.

—Por qué razon?

—Madama de Lannoy ha pensado que no serian muchas las siete camaristas para suplir su falta, y en consecuencia vamos á vivir en palacio desde el dia de su partida. Sin embargo, solo serán seis las espías porque yo no me cuento, señor duque.

—Pues no veo muy difícil el engañar, ga-

nar ó alejar á seis jóvenes.

—Lo creéis así?

—Sobre todo, si consentis en ayudarme.

—Podeis dudarlo?

La señorita de Angennes habia vuelto á sepultarse en su blando sitio, y Buckingham, sentado en frente de ella, se decía á sí mismo que poca confianza debia inspirarle la ayuda de una persona, cuya actitud era tan indolente; pero sin embargo no desesperaba del todo.

—¿Conque son cuatro los dias conque contamos? dijo.

—Que son bien pocos!

—Son muchos, si es que se saben emplear.

—Pues eso es lo difícil.

—Cuando tenemos que habérnoslas con un enemigo, lo primero que debemos averiguar es su lado flaco y su lado fuerte.

—El lado fuerte de nuestros seis adversarios es uno mismo.

—Cuál?

—Una fidelidad sin límites á la voluntad de Mr. de Richelieu.

—Bueno; ¿y el lado flaco?

—Eso ya varia, pues cada una tiene el suyo.

—¿Conque tenemos que sufrir el fuego de seis baterías?

— Ay! si por cierto, señor duque.

— ¿Os molesta nuestra conversacion?

— He pasado una gran parte de la noche hablando con la reina, y estoy segura de que no he dormido seis horas.

— Creed, señorita, que si los instantes no fueran tan preciosos, no continuaria siéndoo importuno.

— Yo soy, al contrario, quien solicito vuestra indulgencia, señor duque; y aunque me siento la cabeza algo pesada, haré por divagar lo menos que me sea posible.

— ¿Os parece que pasemos revista á los lados flacos de vuestras compañeras?

— De buena gana.

Buckingham sacó la cartera, y se dispuso á tomar nota.

— Qué nombre he de escribir el primero? preguntó.

— El de la señorita de Themines si queréis.

— Sepamos cual es el lado flaco de la señorita de Themines.

— Os la haré conocer contándoos la aventura que le sucedió ayer.

— Os escucho.

— Habia reunion en el cuarto de la reina madre, y la jóven en cuestion se hallaba presente. Ya podeis adivinar que en tales casos

es de buen gusto que cada una de nosotras haga honor á su soborana por la brillantez de los trajes y adornos, y aun esto ha llegado á ser una lucha, que redunda en provecho de la corte, pues le ha dado fama de ser la mas lujosa de Europa. Ahora bien, es preciso sepaisque hace dos años que la señorita de Themines se presenta siempre en estos saraos con los mismos diamantes y el mismo vestido, que por precision ha de estar ya algo ajado, y en cuanto á aquellos, jamás han brillado mucho, por la sencilla razon de que son falsos. La reina madre, que es probable espíase hace tiempo la ocasion de hacer lo que puso en práctica, se acercó á ella, le pasó la mano por el collar, como para examinarle, y exclamó:—«Dios mio! ¿os han engañado, hija mia! ¿estas piedras son falsas! ¿quién es vuestro diamantista?» La señorita de Themines se puso encarnada como la grana, y entonces la reina madre añadió con un tono de bondad tan falso como los diamantes:—«Yo procuraré que en lo sucesivo no abusen de vuestra fé, y para ello os proveerá mi joyero en adelante. Si, si, y para empezar, mañana mismo le pediré en vuestro nombre un aderezo, que no dudo os agradará.» Juzgad que golpe habrá sido este para la pobre muchacha. De sus resultas se halla enferma; pero

no por la humillacion que ha sufrido; sinó por-
que tiene que satisfacer el importe del ade-
rezo.

—De donde deduzco, dijo Buckingham,
que la señorita de Themines es avara.

—Su adhesion al cardenal data desde el dia
en que la concedió una pension de tres mil
libras.

—Entonces nos valdremos de las mismas
armas que Mr. de Richelieu.

—Bien. Pues siguiendo ese método, debeis
hartar de esquisitos manjares á la gastronó-
ma señorita de Grancey.

—Mucho que lo haré así.

—Y someteréis con titulos y honores el
orgullo de la señorita de Larochefoucauld.

—Si fuese hombre, obtendria para ella la
orden de la Jarretierra; pero ya le buscaré-
mos otra cosa.

—En cuanto á la voluptuosa señorita de
Hautefort, con un poco de galanteria y com-
placencia...

—¿Tiene algun amante?

—Todas ellas le tienen, señor duque.

—Bueno es saberlo. No desespero de ven-
cer á la señorita de Hautefort; pero todavia
nos quedan dos.

—Sí: la señorita de Liancourt, y la señori-
ta de Ville-aux-Clers, respondió con voz lán-

guida la bella Catalina, dejando caer la cabeza en el respaldo del sillón, como abrumada por los esfuerzos que habia hecho para sostener tan larga conversacion.

Buckingham tenia grande interés en completar sus notas, é insistió por lo tanto.

—¿La señorita de Liancourt, dijo, es persona?...

—Violenta, arrebatada.

—¿Y la señorita de Ville-aux-Clers?

—Envidiosa y malvada.

—La envidia y la cólera: poco podemos hacer con esas.

—Ya os he manifestado, señor duque, que opino debeis renunciar á vuestro proyecto.

Así diciendo, la hermosa camarista se meneó como el que busca una buena postara para dormir.

—¡Renunciar á ver á la reina! exclamó Buckingham. ¡Nunca, señorita, nunca! Conozco que son grandes las dificultades que se presentan, y no sé aun lo que haré para vencerlas; pero las venceré. Me habeis dicho que madama de Lannoy parte dentro de cuatro dias, y el quinto estará dispuesto: tened la bondad de prevenirselo así á S. M., y de ser con ella hasta entonces el intérprete de mi inmensa gratitud.

La camarista no respondió, pues dormia

ya. El duque la contempló algunos instantes, y luego, reasumiendo la conversacion que acababan de tener, escribió en la cartera:

La señorita de Themines: AVARICIA.

La señorita de Grancey: GULA.

La señorita de Larochefoucauld: SOBERBIA.

La señorita de Hautefort: AMOR.

La señorita de Liancourt: IRA.

La señorita de Ville-aux-Clers: ENVIDIA.

—Vamos, dijo, cerrando la cartera, tengo contra mí seis pecados capitales... y, añadió, dirijiendo una mirada á la señorita de Angennes, solo me protege el séptimo:

La PEREZA.

En seguida, andando de puntillas, á fin de no despertar á la que dormia, se dirigió á la puerta; pero cuando ya llegaba á ella, se abrió con estrépito, dando paso al conde de Fargy, que entró precipitadamente en el aposento, con el semblante descompuesto, la ropa en desórden y la espada en la mano.

VII.

Un herido.

Despertada con sobresalto por la estrepitosa entrada del conde, la señorita de Angennes abrió los ojos á medias, y miró en torno suyo con asombro; pero la vista de Buckingham acabó de disipar su sueño, y levantándose confusa, dijo, poniéndose encendida:

—Creo que el cansancio me habia adormecido, milord. Os ruego que me disimuleis.

Entonces fijó los ojos en el conde, y añadió sorprendida:

—¿Vos aquí, Mr. de Fargy?

Despues, notando que la manga derechade

su justillo, estaba rota y manchada de sangre, exclamó:

—Dios mio! ¿estais herido?

—No os asusteis, señorita, contestó el conde, dirigiéndole las mas apasionadas miradas, que esto no es nada..... un simple arañazo.....

—¿Qué os ha sucedido, querido amigo? le preguntó Buckingham con su habitual fogosidad.

—No es ahora el momento de hacerle preguntas, replicó con viveza la linda camarista, sinó el de vendarle la herida.

—Oh! no llameis á nadie, señorita, repuso Mr. de Fargy, descubriendo el brazo, pues ya veis que esto es muy poca cosa, y bastará un pañuelo para contener la sangre.

—Aquí está el mio.

La jóven se apresuró á presentarle un pañuelo de finísima batista, en el que se veian bordadas en oro su cifra y sus armas. El conde se apoderó de él con avidez, y le llevó veinte veces á sus labios.

—Oh! ¡gracias, señorita, gracias! barbotó con voz trémula. Luego que la herida esté cerrada, hago juramento de llevar siempre sobre mi corazon esta preciosa memoria del tierno interés que por mí mostrais.

Dicho esto, el conde rodeó á su brazo el

pañuelo, que quiso atar Catalina; pero la operación fué difícil y larga, pues las pequeñas y blancas manos de la bella hermana de la caridad, sea que fuesen realmente entorpecidas por los multiplicados besos del herido, sea que hallasen placer en prolongar un juego, que no encontraban desprovisto de dulzura, ello es que empezaron varias veces la tarea antes de hacer un nudo que pareciese bien.

Luego que por fin quedó vendada la herida, Mr. de Fargy se apresuró á referir su aventura.

—No ha sido mas que una bagatela, dijo, volviéndose hacia el duque de Buckingham, que miraba aquella escena con maliciosa sonrisa; pero presumo que todos corremos un peligro mas sério. Hará como una media hora que salí de mi fonda para venir a pedirle á esta señorita la respuesta que debian trasmitiros en seguida, milord duque, y que vuestra impaciencia, segun veo, no os ha permitido esperar hasta la hora de nuestra cita.....

—Nunca he sabido esperar, respondió Buckingham, riéndose; y este es el menor de mis defectos.

—Ya me encontraba á muy poca distancia de esta casa, añadió el conde, cuan-

do un hombre envuelto en una capa, con cuyo embozo se tapaba casi todo el rostro, pasó apresuradamente por mi lado, y me dió un fuerte codazo. Yo no soy un quimerista de profesion, señorita, y nunca he buscado contienda á ninguno de mis amigos porque no me agrada el corte de su justillo, ó el de su nariz, porque me miran de reojo, ó porque en punto de tragedias antepongan Tristan el Hermitaño á Garnier; pero en esta ocasion he sentido que la sangre se me subia á la cabeza, pues creí adivinar que aquel choque brutal no era hijo de la casualidad, sino calculado, y por consiguiente insultante para mí. Volvíme, pues, para ver si me habia equivocado, cuando el de la capa retrocedió hácia mi, furioso y pretendiendo que yo le habia saltado. No dudé entonces que aquello era un lazo en que querian hacerme caer: seguramente trataban de deshacerse de mí, y aquel hombre era un espadachin, un asesino pagado. Con efecto, sin dar tiempo á que entrásemos en esplicaciones, el embozado sacó la espada, yo hice otro tanto, y empezamos á tirarnos estocadas. Estaba pensando en que mi adversario manejaba el arma con suma destreza, cuando de pronto noté que una media docena de guardias nos ro-

dearon como por encanto, nos separaron y nos quisieron prender, á lo que no opuso resistencia el desconocido, cosa que juzgué bastante sospechosa. Mientras procuraba volverse á cubrir con la capa, que se le habia caido al suelo, dejó caer tambien el sombrero, que hasta entonces tuvo echado sobre los ojos, á fin de que yo no le conociese, y con no poca sorpresa mia ví que me acababa de batir con el conde de Rochefort, ese alma condenada del cardenal. Ya no pude dudar del objeto de aquel duelo improvisado; y como una porcion de vecinos de la calle salian de sus casas, atraidos por el ruido de las armas, y se acercaban á nosotros, yo no perdí la cabeza, sinó que les grité: ¡Socorredme, amigos, socorredme, pues soy víctima de la mas infame alevosia! ¡ánimo, y atacad á esos salteadores! Dicho esto, empiezo á repartir mandobles entre los guardias, uno de los cua es me hace esta herida leve, y protegido por los vecinos, logro escapar de entre ellos y llegar á esta casa, en donde veo, puesto que tengo la dicha de encontrar aquí á su gracia, que solo me resta solicitar un generoso asilo.

—Conoceis demasiado bien mi corazon, respondió la señorita de Angennes, bajando los ojos, para poder dudar que os lo otorgaré

con satisfaccion; y me atrevo á esperar que los esbirros de su eminencia colorada no vendrán á buscaros á mi casa.

Buckingham dejó ver en su rostro una sonrisa de incredulidad, y repuso:

—Al menos debiera ser así. Lo que es yo, respetaria el asilo concedido por una muger, tanto como el mas sagrado á los ojos de la ley: que una dama coloque el estremo de sus rosados dedos, ó las puntas de los de su perfumado guante sobre la cabeza de mi mas encarnizado enemigo, del asesino que acabe de clavar un puñal en mi pecho, traidoramente, del fanático que me escupa en el rostro, á mí, al lord duque de Buckingham, custodio de las cinco puertas y embajador de Inglaterra, y juro que le salvaré como si fuera mi hermano, no pidiéndole á ella, sea su madre, su hija ó su querida, mas que una sonrisa. Pero no os hagais ilusiones, hijos mios, añadió el noble inglés con voz casimelancólica é irguiendo su hermoso cuerpo: el cardenal ministro no posee el corazon de Jorge Villiers, si es que alguno late debajo de su muceta encarnada. Si el enemigo de Mr. de Fargy fuese cualquier hombre por cuyas venas corriese antigua y noble y sangre, no dudaria en creerle perfectamente seguro; pero no me es posible figurarme, ni por un solo

momento, que los sicarios de Armando Duplessis tengan el menor escrúpulo en penetrar donde quiera que sea, aun en el aposento de una muger.

—Infames! exclamó la jóven, dejándose caer en su sillón.

—No os quejeis, señorita, replicó el duque con amargura: cuando se espía á las reinas, nada tiene de extraño que no se respete á sus camaristas. Ah! prosiguió diciendo con gesto terrible y amenazador, si yo no temblase por ella, yo, que no he retrocedido jamás delante de ningun peligro, que nunca me he doblegado á poder alguno de la tierra, haria añicos al primero que osase penetrar en esta habitacion, aun cuando fuese ese Satanás colorado en persona.

—Confieso, dijo Catalina, asustada de la ecsaltacion de Buckingham, que no sé á qué atribuir la persecucion que sufre Mr. de Fargy pues casi nadie le conoce todavia en la corte, y por lo tanto no es posible que se haya grangeado ya el ódio de Mr. de Richelieu.

—Por dos veces ha hecho ya méritos para ello, señorita; porque antes de ayer han dejado escapar al conde de Fargy, portador de cierto regalo para mí, y hoy, cuando esperaban ser mas dichosos y encontrarle encima alguna respuesta, tambien se ha escurrido de

entre las manos de los fieles servidores del cardenal.

— Sí, sí, teneis razon. Ahora recuerdo una circunstancia, que asustó á la reina durante la conversacion que tuvo conmigo en los jardines de palacio, la noche anterior á la salida de Amiens de Mr. de Fargy. Oh! sin duda nos espiaba esa maldita vieja, esa infame condesa de Lannoy, y nos vendió como siempre. Sin embargo, vuestra vuelta á Amiens, señor duque, ha debido hacerles creer que si el mensage que os llevó ecsigia respuesta, vos mismo os habeis encargado de traerla.

—No importa, replicó el conde: sabiendo los agentes de su eminencia que me intereso por la reina, deben desear apoderarse de mi persona, pues querrán sin duda arrancarme secretos por medio de la violencia y las amenazas, querrán convertirme en un delator como ellos. Además, añadió con voz sorda y trémula, tienen otro motivo, que no me atrevia á declarar; pero en este dia, en el que el peligro amenaza y crece á cada minuto, en el que seguramente voy á perder la libertad, es necesario que hable.

—Cuál es? preguntó la jóven, á quien ponía pálida la palidez de su amante. Temblais, y vuestro terror me anonada.

—Sabed, pues, añadió Mr. de Fargy ha-

ciéndose violencia para espresarse, que su eminencia apetece para un pariente suyo vuestra mano y vuestros bienes.

—¡Mi mano para un pariente del cardenal, del enemigo de nuestra buena reina! exclamó con angustia la camarista. Lo sabia ya; pero he desechado esa indigna alianza, y no....

—Os repito que quiere disponer de vuestra mano y de vuestros bienes y por lo tanto no sentirá seguramente tener un pretesto para encarcelarme, consiguiendo de este modo desembarazarse de un enemigo político y de un rival peligroso para el pariente á quien protege. ¡Ama tanto á su familia el gran cardenal!...

La señorita de Angennes se levanto, y repuso con firmeza:

—Podeis estar seguro, señor conde, de que su proyecto no llegará á realizarse; y debe seros suficiente garantia, prescidiendo de otros motivos, el odio que á él y a todo lo suyo profeso.

—El amor que teneis á Mr. de Fargy, dijo Buckingham, seria para mí mas segura garantia, señorita; pero segun esta última revelacion, empiezo á temer que la libertad del pobre jóven corre grande peligro.

—¿Quereis que muera de sobresalto, señor duque? preguntó la tímida camarista.

—Digo la verdad, hija mia: si el conde sale de esta casa, encontrará en la puerta á Rochefort y su gente, y si permanece en ella, vendrán á buscarle...

—Y lo peor es, añadió Catalina, interrumpiéndole, que no puede permanecer aquí mas que hasta la noche, todo lo mas. Dios mio! Dios mio! qué hacer?..... Ayudadnos, señor duque, ayudadnos á salir de este apuro, vos que sois, segun he cido afirmar, tan diestro en inventar astucias de corte y estratagemas amorosas.

Buckingham no pudo menos de sonreirse por la sencillez con que la señorita de Angennes le dirigió este extraño ruego, y volviéndose luego al conde, le dijo:

—Solo veo un medio de sacaros de esta situacion, pero es indispensable que os resolvais sin pérdida de tiempo, y tal vez dudaréis. .

—No dudará, señor duque, no dudará, contestó la camarista, sin dejarle acabar, pues quiero que á todo trance se escape de las garras del gato tigre. Hablad, hablad por Dios; decidnos cual es ese medio, que ha de salvarle, y os bendeciré como al mismo Ser Supremo.

Buckingham no tuvo tiempo para responder, pues cuando iba á hacerlo, entró una

criada y dijo que el conde de Rochefort deseaba ver á su ama.

—El conde de Rochefort! repitió esta, consternada. ¡Ya no hay esperanza! ¡Mr. de Fargy está perdido!

—Viene acompañado? le preguntó el duque á la sirvienta.

—No, señor.

—Pues despedidle, dijo la jóven, despedidle con cualquier pretesto... Estoy indispuesta..... me es imposible recibirle hoy...

—No por cierto, señorita, no, replicó Buckingham: si ese hombre ignora que Mr. de Fargy se halla aquí, vuestra negativa se lo hará saber. Soy de parecer que le recibais, y con esto averiguaremos lo que le trae á vuestra casa, pero es necesario que nos escondais mientras dura su visita.

—Si, teneis razon, respondió la señorita de Angennes, pasando de la desesperacion á la esperanza con la sorprendente movilidad de las mugeres; pero ¿en dónde os oculto?... Ah! en este cuarto.

Así diciendo, abrió la puerta de un cuartito obscuro, donde penetraron el duque y el conde, y en seguida, despues de cerrar con llave, volvió á sentarse en su sillón,

barbotando:

— ¡Qué de acontecimientos, Dios mio! Esto es capáz de hacer que una se vuelva loca!



VIII.

Una visita del conde de Rochefort.

La señorita de Angennes no estaba aun recobrada de su turbacion cuando entró el conde de Rochefort en el aposento.

Era el tal conde hombre de unos treinta y cinco á treinta y seis años, de buena estatura y rostro no feo; sus maneras eran políticas, y el metal de su voz muy agradable al oído. Como no es nuestro ánimo trazar el retrato de este agente Proteo, baste lo dicho, y nos contentaremos con añadir que en un mismo dia se le solia ver vestido de fraile, de soldado, de magistra-

do ó de gran señor; ahora hermoso, despues feo; en este momento, jóven; en el siguiente, viejo; ya esbelto, ya jorobado; no siendo menor su transformacion moral que la fisica, y sabiéndose hacer humilde ó altivo, comun ó distinguido, brutal ó persuasivo, todo con arreglo á la comision que le confiaba el capricho de Richelieu.

—Os pido mil perdones, señorita, por mi importunidad, dijo el certesano, despues de un profundo saludo. Tal vez habré interrumpido alguna agradable conversacion...

—No por cierto, caballero, respondió la camarista, cuyas megillas se enrojecieron, cosa que no escapó á la mirada penetrante del conde; ya veis que estoy sola, y si os he hecho esperar, es porque he estado algo indispuesta esta mañana, y no he querido recibiros en trage de enferma.

Mr de Rochefort saludó de nuevo; pero una lijera sonrisa plego al mismo tiempo sus descoloridos y delgados labios, lo que aumentó el rubor de la jóven, pues notó esta política señal de incredulidad. Sin embargo, haciéndose superior á la turbacion que comprometia la causa de su amante, añadió con voz breve:

—Tened la bondad de sentaros, señor

conde, y de comunicarme el asunto que aquí os trae.

El agente del ministro tomó asiento, no sin haber observado que la camarista no le miraba al hablarle, sinó que bajaba púdicamente la vista.

— ¡Es admirable, se dijo interiormente, lo mogigatas que están en el presente año las palaciegas!

En seguida, tomando un aspecto de franqueza y sencillez, añadió con el tono correspondiente á su papel:

— No trataré de buscar, señorita, especiosos pretextos para disculpar un paso, que sin duda estábais lejos de esperar. Pero ¿me asegurais que estamos solos? ¿que nadie puede escucharnos?

— Caballero, esa precaucion y esas palabras son injuriosas para mí. Os oigo, y esto basta.

Al espresarse así, no pudo menos la señorita de Angennes que echar una rápida y furtiva mirada á la puerta del cuartito oscuro, la cual fué recojida al paso por el hábil Rochefort.

— Hubiera apostado á que se hallaba aquí, pensó; pero ya que lo sé á ciencia cierta y no se me puede escapar, empecemos por contemporizar, puesto que siempre hay tiempo

de armar escándalo.

Hechas estas reflexiones, dijo seguidamente:

—Os manifestaré sin rodeos el objeto de mi visita. Vengo á traeros la rama de oliva, á procurar que se restablezca la buena armonía y la paz entre dos potencias enemigas.

—Señor conde, replicó la señorita de Angennes, algo tranquilizada por el tono conciliador con que fueron pronunciadas estas palabras, misión es esa fácil de desempeñar, pues yo no creo estar en guerra con nadie.

—Hé ahí, permitidme que os lo diga, una respuesta que huele á diplomacia; verdad es que si algunas mugeres, y vos entre ellas, son ángeles, la mayor parte han nacido un poco diplomáticas. Abandonemos sin embargo, yo os lo suplico, un terreno que no recorren dos ó mas personas sino con ánimo de engañarse mutuamente, pues os juro que por mi parte mis intenciones son sinceras y que mis palabras no ocultarán lazo alguno.

—Os creo, Mr. de Rochefort, pues sois un caballero; y yo os ofrezco no decir cosa que no sea lo que siento.

—Pues bien, si os manifieslo que, honrado con la confianza de su eminencia el cardenal de Richelieu, vengo en su nombre á tratar con vos, confesareis quizás que mi papel de paci-

ficador no es completamente intempestivo é imaginario.

La camarista procuró sonreírse, y respondió:

—Confieso con efecto que no debo afirmar que vuestro ilustre amo me trata como á niña mimada.

—Y yo estoy en el caso de aseguraros, repuso Rochefort con calor, que os equivocais en la idea que teneis formada de los sentimientos del cardenal respecto á vos.

Las palabras vuelan con facilidad, señor conde, replicó la jóven con ironía, y los hechos prueban mejor que ellas los sentimientos.

—Estamos de acuerdo, señorita, y una prueba de mucho peso tiene á favor suyo su eminen-
cia.

—Cuáles? preguntó Catalina con sequedad y muy sorprendida.

—El cardenal no podia testificaros mejor la estima en que os tiene, que deseando entrá-
seis en su familia.

—Asi lo creí á la primera indicacion de un designio que me honra, contestó con dignidad la camarista; pero no os debe parecer extraño que haya cambiado de opinion cuando despues de una negativa, fundada en otro compromiso, he visto continuar las instancias y

transformarse muy pronto en verdaderas persecuciones.

—Eso prueba tan solo que hay cosas que cuesta mucho revolverse á renunciar á ellas, tan grande es la estimacion en que se las tiene.

—Estais muy adulator, señor conde.

—Pero cualesquiera que sea su sentimiento por no haber podido ablandar vuestro rigor, no está en el carácter de su eminencia tratar de violentaros, y así estoy encargado de manifestároslo de parte suya.

La jóven se estremeció de alegría; no queria creer á sus oídos.

—Si es así, Mr. de Rochefort, contestó, tened la bondad de dar en mi nombre las mas espresivas gracias al señor cardenal.

—Permitid que acabe mi comision, señorita, dijo con frialdad el conde.

—Ah! ¡no habiamos concluido! barbotó Catalina con inquietud.

—Su eminencia, añadió el agente, no se limita, despues de reconocer un error, á repararlo á medias: por lo tanto ofrece de buena voluntad su asentimiento á una alianza, que sin embargo dá por tierra con su esperanza mas cara. Hace mas aun: os propone emplear su intervencion con el rey, tanto es el deseo que tiene de probaros lo mucho que os esti-

ma, á fin de que desaparezcan todos los obstáculos que pudieran oponerse á vuestra union con M. de Fargy.

—¿Hablais con formalidad, caballero? preguntó la pobre jóven, aturdida con las increíbles palabras de su interlocutor.

—Con la mayor formalidad, señorita.

—Oidme, señor conde, añadió ella, después de un momento de silencio: no soy una novicia, acabada de salir del convento, sino que vivo ya hace un año rodeada de la atmósfera de la corte; es decir, que mis pies solo pisan víboras, mis manos solo estrechan manos cubiertas de guantes, mis lábios han gustado venenos, y mis ojos no ven mas que caretas, que quieren aparecer como semblantes. En la corte no pasa un dia... ¿qué digo un dia? no pasa una hora sin que todos, hombres y mugeres, se batan en desafio, cuyas armas son las palabras, las miradas, y alguna vez los gestos. Sin embargo, tambien alli se combate á muerte. Señor conde, no procureis engañarme, y esgrimamos nuestros aceros con lealtad, ó ceso de escucharos. Al hacerme proposiciones tan ventajosas para mí, su eminencia lleva un fin secreto, esto es indudable. Decidme la verdad: afirmábais hace un instante que las mugeres somos diplomáticas; pues bien, como tal diplomática,

no ignoro que en todo tratadode paz se paga una concesion con otra: espero la que vais á ecsigirme.

—El cardenal no ecsige ninguna, respondió el impasible cortesano, á pesar de esta inesperada salida de la camarista, ninguna, porque el nombre de concesion no puede aplicarse al cumplimiento de un deber, tanto mas fácil, cuanto que se adapta perfectamente con vuestros sentimientos personales.

—No os comprendo.

—Creo que no se ha engañado Mr. de Richelieu, añadió Rochefort con tranquilidad, considerándoos como una fiel amiga de la reina.

—El afecto que la profeso es tan vivo como sincero...

—Pero no mas vivo ni sincero que el de su eminencia, repuso el conde, interrumpiéndola; y por esta razon solicita que le ayudeis en la noble y grata tarea de destruir los proyectos formados para comprometer la tranquilidad y la reputacion de S. M.

Apenas Rochefort hubo concluido estas palabras, se dejó oir un ruido de pasos en el cuarto obscuro, y vió á la jóven palidecer y ponerse encendida alternativamente; sin embargo, esta disimuló lo mejor que pudo la turbacion que la dominaba, y contestó:

—Repito, caballero, que no comprendo una sola palabra de lo que me haceis el honor de decirme; pues ignoro qué proyectos son esos.

Rochefort no quiso darse por vencido, y picado al ver una obstinacion, en la que se estrellaba todo el sábio manejo de su política, replicó:

—Pues lo que es Mr. de Fargy no creo que podrá alegar la misma ignorancia, porque su último viaje coincide con los proyectos á que he hecho alusion; y si vos quereis.....

—Ah! ¡si yo quiero!..... Por fin soltásteis la palabra, dijo la señorita de Angennes, ocultando su indignacion con una sonrisa. ¿Pero qué he de querer, señor conde? Explicáos. Si yo quiero vender á la reina: ¿no es esto lo que me ibais á proponer?

—Vender á la reina! exclamó Rochefort con bien fingida admiracion Dios me libre de faltar nunca al respeto debido á S. M.; lo que he querido deciros es que en la actualidad hay una tenencia vacante en la caballeria ligera, y que su eminencia tendria un gran placer en que se le presentase pretesto para poderse la ofrecer á Mr. de Fargy.

—Ah! ¿es necesario un pretesto?

—Ya veis, el cardenal tiene tantos servicios que recompensar..... Y en verdad que

para merecer su favor es bien poco lo que Mr. de Fargy tiene que hacer.

—Hablad, hablad.

—Es nuestra, se dijo Rochefort á sí mismo, hemos vencido.

En seguida añadió en voz alta:

—Suponed que un escrito, una carta insolente, dirigida á la reina, caiga en las manos del conde; ¿no será digno de un leal súbdito del rey el entregársela á su eminencia mas bien que á la augusta dama á quien va dirigida, para la cual es un ultrage?

La camarista volvió á sonreirse forzada-mente, y comprimiendo con la mano los latidos de su corazon indignado, respondió con calma:

—No sé si me equivoco, caballero; pero he oido varias veces dar á los que desempeñan tales papeles, el nombre de traidores y el de espías. Ahora bien: como Mr. de Fargy hace tan poco tiempo que está en la corte, quizás sea tan estrambótico, que se ofenda de una proposicion. la cual enorgulleceria á otros muchos nobles y titulos, que conocemos nosotros; por lo tanto es una dicha que me hayais creido bastante frivola, bastante vana y bastante insensata para dirigiros á mí, que soy una muger, y que no puedo pedir os satisfaccion de un insulto.

La voz de la jóven no se alteró en nada para pronunciar estas palabras; las dijo con dulzura, con naturalidad, sin ironía; por lo tanto Rochefort se engañó.

—Ya sabestú donde te aprieta el zapato, pensó. Quiere regatear; pero está decidida á venderre, y solo falta poner precio á la venta.

En esta persuacion, añadió en seguida en voz alta:

—Señorita, una tenencia de caballería ligera no es el término á que puede aspirar la legítima ambicion de Mr. de Fargy, sinó el primer escalon de la brillante carrera que le prepara el favor de su eminencia, carrera donde podrá desplegar sus grandes cualidades; porque no ignoramos que es hombre dotado de valor y de talento.

—¿De modo, observó Catalina, que los oficiales del ejército francés son escogidos de entre los espías y traidores, y ya no se obtienen los grados militares empleando patrimonios en equipos, salpicando con sangre de las venas las filas españolas y tomando bastiones bajo el fuego de los mosquetes enemigos?

—Señorita, hablais con la elegancia de un Bassompierre, dijo Rochefort, sonriéndose; pero debeis tener presente que no es en los

campos de batalla donde Mr. de Luynes ha ganado el favor del rey, y que si vuestro amigo el señor conde de Fargy no rechaza la mano que le tiende el señor cardenal, esta mano poderosísima puede un dia concederle el cargo de caballero mayor, colgar de su cuello el cordon del Espiritu Santo y colocar la placa en su pecho.

La camarista, á pesar de su afecto á Ana de Austria, experimentó una especie de vértigo al escuchar estas palabras, cuyo efecto habia calculado el cortesano tan hábilmente; mas recordó en seguida que Buckingham era espectador invisible de esta escena, y haciendo un esfuerzo, á fin de resistir á la tentacion, se levantó con dignidad, con altivez, imponente, y ya avergonzada de la duda que la dominó por un instante, dijo, lanzando al seductor una mirada seductora:

—Ahora os he comprendido perfectamente: me ofreéis la dicha á trueque de que egerza el mas infame oficio; quereis que venda á mi inocente ama, como Judas vendió á su Dios, besando sus manos y dirigiéndole tiernas sonrisas. Sabed que la reina es para mí mejor que una amiga, mejor que una hermana; sabed que si un vil calumniador llegase á acusarla, á mi es á quien llamaria para que la defendiese y consolase. Vos no podeis pensar,

vos, que solo profesais afecto á las monedas de oro del cardenal, que si alguna vez esa régia mano, que con tanta frecuencia ha estrechado la mia, me rechazase; que si sus ojos se fijasen en mí, no digo con furor y amenazas, sinó solo con espresion de lástima y piedad, moriria, moriria yo en el acto de vergüenza y de dolor. Oh! ¡vos no podeis comprender los lazos que me ligan á mi soberana, Mr. de Rochefort!.... En fin, despues de la proposicion que me habeis hecho, solo esta respuesta tengo que daros: ¡salid de aquí!

Al pronunciar con voz fuerte las últimas palabras, señaló con el dedo la puerta á aquel miserable, que por un momento permaneció aterrado; pero no conservó por mucho tiempo su actitud de vencido, sinó que cediendo la cortesanía su lugar á la cólera que hincha-ba las venas de su frente, y arrojando la careta de hipócrita benevolencia que cubria su rostro, se irguió amenazador á su vez y gritó:

—Señorita, me habeis insultado, insultando tambien al cardenal: vos sois, pues, la que legitima un resentimiento, cuya primera víctima será el conde de Fargy.

—Quereis amedrentarme, replicó con viveza la señorita de Angennes; pero no dudo declararos que hombres tales como él, mueren

como honrados, y no saben vivir como infames. ¡Salid, salid os digo!

Un ruido bastante fuerte resonó en este momento en el cuarto obscuro, que hizo palidecer á la jóven. Rochefort se sonrió con amargura, lanzó á la puerta del cuarto, y luego á ella, una mirada insolente y burlesca, y en seguida desapareció.



IX.

**De qué manera el conde de Fargy fué
caballerizo de la reina de Inglaterra.**

Luego que la señorita de Angennes estuvo segura de que el conde habia salido de la casa, se apresuró á poner en libertad á sus presos.

—Sois un ángel! exclamó Mr. de Fargy precipitándose á sus pies.

—Es mas todavia, repuso Buckingham: es muger de cabeza y de corazon.

—¡Cuán bella estaríais aterrando con la

mirada á ese miserable Rochefort! añadió el conde, contemplando con delicia y entusiasmo el hermoso rostro de Catalina.

—¡Y qué cara debió poner el tunante, prosiguió diciendo el duque, cuando vió que os burlábais de él! Siento mucho no haber gozado de este espectáculo.

—Señores! señores! gritó la camarista, ¿cuándo nos amenaza un peligro tan cercano, os estais chanceando? Pensad, Mr. de Fargy, que es Rochefort, advertido por el ruido que hicisteis y por mi turbación, que no le pude ocultar, no tiene ya la menor duda en que os he dado un asilo, que por desgracia ¡ay! no es inviolable.

—Es seguro que el hábil cazador ha dado con la pista que buscaba, dijo el duque.

—¿Y le creéis hombre capaz de darnos un cuarto de hora de treguas?

—No por cierto: fuera muy torpe si así lo hiciese.

—¿Luego sois de opinion que es muy urgente que tomemos un partido?

—Solo uno me resta tomar como hombre honrado, respondió el conde, que es el salir de esta casa ostensiblemente, sin tardanza, con la cabeza erguida y la mano en la empuñadura de la espada.

—Guardáos de hacerlo! exclamó Catalina. — ¡Detenedle, señor duque, os lo suplico, pues se dejaría matar antes que rendirse! ¡Si no quereis verme morir, impedidle que salga!

En este momento entró la criada llena de temor y dijo con voz balbuciente y trémula:

—Señorita!..... ¡no he podido impedirles la entrada!..... ¡han penetrado á la fuerza!..... ¡Ya estan aquí!

Un ecsento, seguido de algunos guardias, se presentó en la puerta, y Mr. de Fargy dió un paso para acercarse á ellos; pero la señorita de Angennes le detuvo por un brazo, ecsalando un grito de terror.

—¿Quién es el señor conde de Fargy? preguntó el ecsento.

—Yo soy, contestó con firmeza el amante de Catalina.

—Os prendo en nombre del rey. Entregadme la espada.

—En nombre del rey! exclamó Fargy, dejando caer el acero en la vaina, que ya tenia medio sacado.

Aquel fué un momento terrible. La señorita de Angennes se retorcia las manos, y silenciosas lágrimas corrian por sus mejillas. Tal vez entonces se arrepentia de no haber

accedido á la proposicion de Rochefort.

Solo el duque permanecia impasible y con la sonrisa en los lábios, jugueteando con las cintas de su justillo. Su firmeza era tal, que casi llegó á tranquilizar á la jóven, cuya suplicante mirada no se apartaba de él. Acercóse á ella al cabo de algunos segundos, y le dijo en voz baja:

—Nunca muger alguna ha solicitado en vano mi ayuda, señorita. Tranquilizáos, pues no acostumbra Buckingham abandonar á sus amigos en un apuro, y el que no teme al rey, ni al cardenal, no tiene necesidad de sacar la espada para hacer que vuelvan la espalda los eesentos de policia.

—Dejémonos de cuchicheos, dijo el gefe de aquellos hombres; y vos, caballero, obedeced, porque la resistencia no solo seria criminal, sinó inútil.

El conde se quedó inmóvil, segun se lo ordenó el duque por una seña, y este se adelantó con rostro burlon hácia el eesento, que retrocedió, sorprendido de su atrevi la accion y de su altivo porte.

—Creo, señor mio, le dijo Buckingham, que me habeis hecho el honor de hablarme.

—Caballero, no os conozco, contestó el eesento, algo cortado. Podeis retiraros.

—No me conviene retirarme, replicó el in-

glés, siempre avanzando. Creo que me imponíais silencio hace un instante.

—Caballero, ¿tratais de oponeros á la prision de vuestro amigo? ¡preguntó el ecesento, intimidado.—Atencion, vosotros!

Buckingham tocaba ya casi al empleado de policia, quien se ponia pálido y sudaba gruesas gotas.

—Vos únicamente, añadió aquel, os habeis atrevido á hablarme con el sombrero puesto como un pillo descortés que sois, y necesitais esta leccion.

Así diciendo, de un revés de su mano hizo saltar el sombrero por la ventana.

—Caballero! balbuceó el ecesento, trémulo de confusion y de rabia, dareis cuenta de este ultrage..... Estoy en el desempeño de mis funciones..... insultais en mi persona á la justicia.....—Vamos! ¿qué haceis vosotros?

Los guardias se adelantaron para obedecer al llamamiento de su gefe; pero el duque, sacando la espada, les gritó:

—¡Cuidado con lo que haceis, buena gente, pues aquí no hay nadie sugeto al poder de su eminencia! ¡sin duda se ha padecido un error!

Detuviéronse admirados los guardias; pero el ecesento, envalentonado con su auxilio,

aunque colocándose detrás de ello² chillaba como un endemoniado, y les decía.

—No oidle! ¡prended á Mr. de Fargy, y despues nos ocuparémos de ese maton!

—Mr. de Fargy está pronto á acceder á vuestra cortés invitacion, repuso tranquilamente Buckingham; pero desea saber en virtud de qué órden.

El ecsento sacó de uno de sus bolsillos con ademan solemne una órden de prision, y se la dió á uno de los guardias para que la presentara al duque, quien despues de aparentar leerla de cabo á rabo, la devolvió, diciendo con gravedad.

—La encuentro en debida forma.

—Ya veis, caballero, que yo tenia razon, repuso el empleado de policia, acercándose con ademan bastante determinado, y que debéis pedirme que os disimule vuestro comportamiento, pues no habeis respetado mi carácter.—¡Mr. de Fargy, la espada!

—Lo que es la órden de prision la encuentro en buena y debida forma, añadió Buckingham, pero por desgracia no puede concernir en manera alguna al señor conde de Fargy, aquí presente, el cual tendrá el sentimiento de no gozar de vuestra compañía.

—¿Volvemos á las andadas? preguntó el ecsento, admirado del giro que tomaba la

explicacion.

—Caballero, dijo el duque, aunque escusento, me pareceis hombre de buen criterio, y por lo tanto vos mismo vais á conocer que Mr. de Fargy se encuentra en la dura necesidad de privarse del placer de disfrutar vuestra conversacion.

—¿Y por qué razon, señor mio? volvió á preguntar el escusento con tono burlon, pues empezaba á hacerse cargo de que se estaban burlando de él, y queria desquitarse.

El hermoso rostro del inglés tomó entonces una espresion notable de dignidad, y con voz alta y arrogante contestó:

--Porque el señor conde de Fargy, primer caballero de S. M. la reina de Inglaterra, no está ya al servicio de la Francia.

—Hola! ;no está mal la invencion! exclamó el de policia con sonrisa incrédula; ¿mas quién me probará que esa asercion es verdadera?

—Yo, Jorge Villiers, duque de Buckingham, lord custodio de las cinco puertas y embajador de S. M. el rey de Inglaterra cerca de la corte de Francia, quien os intima en nombre del derecho de gentes que dejeis en libertad á este caballero, y os retireis.

Al hablar de este modo, el altivo amante de

Ana de Austria dejó ver las insignias que decoraban su pecho, y mientras el ecsepto estaba confundido y con la cabeza baja, él, sacando de sus bolsillos algunos puñados de monedas, se los arrojó á los guardias, invitándoles á emplearlos en beber á la salud de las reinas de Inglaterra y Francia.

El empleado de policía quiso balbucear algunas excusas; pero el duque, encogiéndose de hombros, le rogó fuese á reunirse con su sombrero, cosa que él no se hizo repetir.

Toda esta escena pasó con tal rapidez, que parecia cosa de encanto. La señorita de Angennes y el conde permanecian inmóviles, cual estatuas, no atreviéndose á regocijarse del dichoso fin de la aventura, y sin saber siquiera si debian dar fé á lo que acababan de ver y oír. Sin embargo, tuvieron que ceder á la evidencia, y tomando cada uno de ellos una de las manos de Buckingham, clamaron á un tiempo:

— ¡Sois nuestro ángel de la guarda!

— No os apresureis tanto á darme gracias, replicó el duque, pues el medio que he tenido que emplear para hacer huir un peligro inminente, puede ser para vosotros un manantial de pesares.

— ¿Qué podemos temer, preguntó Catalina, cuando se ha librado de la prision?

— La separacion, el destierro, contestó el embajador.

— El destierro! repitió el conde.

— La separacion! exclamó la camarista.

Ambos fijaron en el inglés sus ansiosas miradas.

— ¿No conoceis, preguntó este, á lo que os obliga, Mr. de Fargy, el título que os he dado para salvaros de las garras de la policía? No le considereis únicamente como uno de tantos subterfugios de que nos valemos durante la tempestad, para darle de mano luego que esta ha pasado, pues si así lo hiciéseis, cometeriais un grave error. Nosotros no somos de esos histriones, que se endosan un disfraz improvisado para representar su papel, y que terminada la farsa, se lavan el colorete, envuelven sus harapos en un pañuelo, y convierten en empolvado baston de viage el dorado cetro. No solo comprometeria yo mi carácter oficial si obrásemos de este modo, sino que atraeríamos sobre vuestra cabeza un rayo emanado del trono, que me seria imposible contener. Por lo tanto es indispensable que, cueste lo que os cueste, os resignéis á aceptar el empleo de primer caballero de mi soberana.

— Le acepto, dijo el conde con un suspiro.

—Tambien es necesario que sea ratificado por mi rey, de lo cual me encargo. Desde este dia formais, pues, parte de la comitiva de la que acaba de subir al trono de Inglaterra, y debeis prepararos á dejar con ella la Francia.

Esta conclusion, que no se presentó desde luego á la mente de Fargy, le dejó aterrado, y no produjo efecto menos terrible en la señorita de Angennes: toda la energía que por un instante la habia elevado á la altura de las circunstancias, desapareció tanto mas pronto, cuanto que jamás hizo la jóven igual violencia á las costumbres de su naturaleza. La pobre se quedó anonadada.

Buckingham conoció que era preferible acelerar la terminacion de la crisis á prolongarla, y en su consecuencia añadió, despues de un corto silencio:

—Vamos, Mr. de Fargy, un poco de valor, y despedíos de esta señorita.

—Despedirme de ella! exclamó el jóven, consternado.

—¿Pues qué es preciso separarnos ya? preguntó Catalina con voz ahogada por los sollozos.

—Debeis creer, señorita, que si no lo fuese, no lo exigiria yo.

—Pero la reina no parte aun, replicó el con-

de, asiéndose á un rayo de esperanza, y vos mismo, milord, no dejais á Amiens hasta dentro de algunos dias; por lo tanto no querais arrebatarnos los últimos instantes de felicidad que Dios nos concede.

—Es preciso, por la tranquilidad de esta señorita, lo es por vuestra seguridad, repuso el duque. No olvidéis que la venganza de Richelieu se halla suspendida sobre vuestra cabeza, y que si no puede dañaros abiertamente, sabe herir tambien en la oscuridad de la noche. El tigre ruge antes de lanzarse sobre su presa; pero cuando silba la serpiente, es porque ya tiene la suya enlazada entre sus escurridizos é inextricables nudos, es porque ya introduce en sus venas el mortal veneno, y sin embargo la víctima no la ha oido deslizarse por entre las altas yerbas cuando venia en su busca. Oh! yo conozco mejor que vos á la emineucia colorada, amigo mio, y os repito que solo en Inglaterra hallareis seguro refugio. Partid, partid sin demora; no dejéis á vuestro enemigo tiempo para obrar; y para mayor seguridad, partid con una mision oficial del duque de Buckingham para la reina.

El conde nada respondió; pero sus tristes ojos consultaban á los de su amada.

—Su gracia tiene razon, dijo Catalina con

voz lastimera: es preciso que os ausenteis... yo lo ecsijo... Que mi memoria os sirva de consuelo en vuestro destierro, asi como la vuestra será mi fiel compañera... ¡Adios, Mr. de Fargy... adios!

Quiso presentarle la mano; mas sus fuerzas estaban agotadas, y no pudo; su rostro palideció, sus ojos se cerraron, y cayó sin conocimiento en los brazos del que amaba, quien con ayuda de una criada la llevó al lecho.

Hecho esto, Buckingham le tomó la mano á Fargy, diciéndole:

—Salgamos ahora.

—¡Dejarla en semejante estado!... exclamó el conde. Oh! ¡me es imposible!

—¿Quereis matarla con otra despedida? le preguntó el embajador con tono severo?

Fargy no resistió mas; pero antes de dejarse llevar, imprimió un postrer beso en las blancas y heladas manos de la señorita Angennes; en la puerta de la alcoba se detuvo para dirigir á la bella dusmayada una última mirada de dolor y de ternura, y se decidió por fin á seguir al duque.

X.

Buckingham hace una conquista con motivo del encuentro de dos carrozas.

Mientras que el conde de Fargy galopaba como correo de embajada por el camino de Bolonia, Buckingham, que en la última conversacion que tuvo con él habia completado las noticias ya recibidas de la señorita de Angennes, se entregaba con todo el ardor de su carácter á un plan de campaña bastante difícil de combinar.

Nada mas sencillo que engañar á una celadora jóven y bonita, y un hombre como el

embajador de Inglaterra hubiera estado sin cuidado por ello; pero eran seis las celadoras, puesto que la séptima no se contaba como enemiga; seis mugeres á quienes engañar! ¡seis argos á quienes adormecer! ¡seis personas de caractéres é intereses diferentes á quienes alejar á la misma hora, y crearles una ocupacion tal, que á él le fuese dado introducirse y salir del palacio de la reina sin que ninguna de ellas pudiese impedirselo, ni aun verlo!...

Sin embargo, la complicacion del problema aguijoneaba mas y mas la mente de Buckingham, que ya en otras circunstancias habia dado magníficas pruebas de su destreza y audacia, y esta vez llevó la temeridad hasta el estremo de fijar dia y hora para la entrevista antes de tener elegido medio para vencer los obstáculos que á ella se oponian: Ana de Austria fué prevenida por la señorita de Angennes de que el 2 de junio á las nueve de la noche se presentaria el duque en palacio.

El 2 de junio caía en sábado, era el dia siguiente al en que debia ausentarse la condesa de Lannoy, y en la mañana del miércoles 30 de mayo, es decir, solo cuarenta y ocho horas antes de que las camaristas tomaran posesion de los aposentos que tenian destina-

dos en palacio, Buckingham se paseaba á caballo por las inmediaciones de Amiens, buscando alguna feliz inspiracion en medio de la soledad del campo y de las dulces emanaciones de un aire embalsamado; pero tuvo motivos para creer que se formaba una trama para privarle del recogimiento que le era necesario, porque como el calor era moderado y no se veía una sola nube en el cielo, toda la sociedad escogida de la poblacion parecia que se habia citado aquel dia fuera de puertas.

Amiens no se parece nada á Paris en punto á fiestas y placeres: así que los que componian la real comitiva, medianamente fastidiados, aguardaban con avidez el primer rayo de sol, y corrian al campo, faltos de otras curiosidades, á admirar el espectáculo de la naturaleza. Como esta era para ellos una diversion nueva, se hizo muy pronto de moda, y damas y galanes quisieron madrugar para ir á las orillas del Somma á lucir su garbo.

Esta mania general duró ocho dias, y precisamente en uno de ellos fué cuando Buckingham se entregó en medio de los prados á los caprichos de su imaginacion y á los de su caballo; así es que á fin de huir de la importuna multitud de ociosos paseantes tuvo que internarse en caminos de travesia, donde halló

mas soledad y tranquilidad.

Algunas ideas satisfactorias habian ya desarraigado su frente y vuelto la sonrisa á sus lábios, cuando un singular incidente detuvo los pasos de su cuadrúpedo. En medio de una hermosa calle de árboles, dos carrozas, una que iba y otra que venia, se encontraron, viéndose ambas en la imposibilidad de continuar hácia adelante, pues el camino no tenia mas anchura que casi la precisa para el paso de un carruaje; y no habia otra entrada ni salida que los extremos de la alameda. Era, pues, indispensable que una de las dos carrozas retrocediese; mas ambas permanecian inmóviles. Los dos cocheros habian empezado por esortarse mutuamente á ceder, y durante su conversacion, dos cabezas de mugeres, asomadas á las portezuelas de sus respectivos carruages, se habian contemplado un instante, y en seguida, volviéndose cada una hácia su cochero, habian gritado á un tiempo:

—Adelante!

No basta dar una órden á un criado para que sea obedecida, aun cuando se trate del fénix de los criados, sinó que es preciso que la ejecucion esté en lo posible; y el movimiento de frente no podia tener otro resultado que el de hacer que los caballos se encabritasen los unos delante de los otros,

ejercicio que tal vez hubiera sido divertido para un observador, pero que sin duda alguna no habria resuelto la dificultad: por consiguiente, conociendo la imposibilidad en que se hallaban de satisfacer los deseos de sus amas, los dos cocheros dejaban á sus tiros en perfecta quietud. Sin embargo, como se creyeron obligados á hacer alguna demostracion de celo, de cualquier naturaleza que fuese, se lanzaron sin escrúpulo al fértil y cómodo campo de las invectivas haciendo desfilar con una volubilidad maravillosa todos los tesoros de un repertorio tan variado como pintoresco, llegando al extremo, talera su conciencia, de mezclar las amenazas con las injurias; pero era solo como medio oratorio y á fin de producir mas efecto, pues para que las acciones hubiesen correspondido á las palabras, habrian tenido que bajarse de los pescantes, y ni uno ni otro parecian dispuestos á ejecutar tal operacion.

Las dos damas, entretanto, muy resueltas á no ceder, habian vuelto á ocultarse en lo interior de las cajas: una de ellas abrió un tomo de una novela de Mr. de la Calprenede, nueva á la sazón, y le leia con atencion tan sostenida como si se hallase encerrada en su oratorio; y la otra daba á morder las puntas de los dedos de sus guantes á un precioso

perrito faldero, que ladraba y jugueteaba en su falda.

Buckingham, testigo de esta estraña escena, se entretuvo con ella durante algunos momentos, y cuando luego quiso continuar su camino, vió que tambien á él le era imposible pasar adelante; mas como nadie le impedía volver hácia atrás, iba ya á hacerlo así, cuando un pensamiento loco cambió su resolucion: parecióle divertido intervenir en la grave cuestion de que se trataba, y apeándose del caballo, fué á asomar la cabeza por la portezuela de la primera carroza, que era la de la lectora.

—Perdonad, señora, dijo, si vengo á haceros presente con todo el respeto que os es debido, que ocupando vuestro carruage el ancho del camino, me es imposible pasar con mi caballo.

La dama se dignó levantar los ojos para ecsaminar al que osaba tomarse la licencia de dirigirle la palabra. Era una jóven de diez y ocho á veinte años, de severa belleza, de mirada decidida, de boca desdeñosa y de continente algun tanto afectado. Despues de tomarse tiempo para deliberar si el autor de una observacion tan inpertinente merecia el honor de recibir respuesta, dejó ante todas cosas salir de sus lábios esta pregunta, bas-

tante natural:

—Quién sois?

—Me llamo Buckingham, respondió él.

La dama, juzgando entonces que le era daddo descender algo de su altura, añadió con una graciosa sonrisa:

—Creed, señor duque, que es para mi un sentimiento el impediros el paso; pero no me hagais la injusticia de atribuirme lo que ocurre. Si deseais que desaparezca el obstáculo, dirijíos á la que lleva el desprecio de la decencia hasta el punto de cortar el camino á mi carroza.

Buckingham hizo una profunda cortesía, que le fué devuelta ceremoniosamente, y corrió á la portezuela del otro carruage. La que ocupaba este, no era menos jóven, ni menos altiva que la primera; pero su mirada y movimiento tenian mas viveza, y sus palabras eran algo menos acompasadas.

El embajador pronunció su nombre y dijo lo que deseaba.

—A fé mia, señor duque, le contestó ella, que debéis hacer lo que yo, que es esperar con paciencia, como estais viendo; pero os juro que estoy resuelta á no ceder ni una pulgada de terreno.

Esta recíproca obstinacion, que ofrecia hacerse bastante divertida, puso á Buckingham de

humor festivo, aunque por política solo lo manifestaba con una casi imperceptible sonrisa.

—¿Me permitis, señora, preguntó, que os presente una objecion?

—No me opongo; mas os advierto que será trabajo peripido.

—Tal vez no pensaréis lo mismo luego que yo hable.

—Pues os escucho.

—Supongamos que la otra dama dé pruebas de tanta fuerza de voluntad, de... de...

—Quereis decir terquedad, ¿no es cierto? Pues bien, no dejéis de emplear la palabra que os parece adecuada.

—¡Ibreme Dios de dar semejante nombre á una delicadeza suma, que respeto, aunque trato de combatirla. Supongamos, repito, que esa señora se halla decidida á continuar este negocio con tanta perseverancia como vos misma estais al parecer decidida á hacerlo...

—Yo no lo supongo, sinó que lo doy por cierto.

—¿Pues entonces qué sucederá? Pasarán las horas, llegará la noche, y todavía estaréis aquí.

—Y estaremos mañana, y pasado, y dentro de ocho días, y toda la vida, si es necesario.

—Mucho asegurar es eso!

—Aun cuando peligro mi ecsistencia, os afirmo que no daré á persona alguna, á menos que no me pruebe tiene derecho para ello, la satisfaccion de ver retroceder á mi carroza delante de la suya.

—Y obraréis perfectamente; pero es mas que probable que vuestra adversaria creará tener, si no mas, el mismo derecho que vos.

—Entonces que lo haga valer al propio tiempo que yo el mio, y que decida un tribunal competente.

—Ese fuera el mejor medio de acabar pronto; mas es el caso que yo no veo sinó las dos partes contrarias, y ningun tribunal. Sin embargo, si vos os dignáseis tener alguna confianza en mis débiles luces.....

—¿Cómo qué, señor duque? Os creo muy apto para fallar en nuestro pleito, y si mi adversaria consiente en aceptaros por juez, lo que es yo estoy pronta á someterme á vuestra decision.

Obtenido esto, Buckingham fué á buscar á la lectora, que habia vuelto á dar toda su grave y solemne atencion á los héroes de la Calprenede, y luego que hubo escuchado lo que el embajador le tenia que proponer, le respondió:

—Señor duque, no quiero ser mas exigente que mi rival, y aunque es muy poco un solo árbitro para resolver en cuestion tan delicada, vista la imposibilidad de encontrar otros, acepto vuestra intervencion, dandoos mi palabra de honor de considerar como si tuviera fuerza de ley la decision que os parezca justo dar.

—Procuraré, señoras, dijo entonces Buckingham, elevando la voz, justificar la confianza con que os habeis dignado honrarme. Estoy dispuesto á escucharos.

Cada una de las damas, oido esto, apoyó un brazo en la portezuela y sacó la cabeza, volviéndola hácia el inglés, que tomó asiento sobre un monton de tierra, á igual distancia de los dos carruages.

—A falta de trono, añadió el lord, me siento debajo de este árbol, como en otro tiempo lo hacia Luis IX bajo la copa de una encina, en el parque de Vincennes, desde donde hacia justicia á sus súbditos. Pero, prosiguió, al notar que sus festivas palabras, aprobadas por una sonrisa de la dama del faldero, excitaban al contrario en la de la novela un fruncimiento de cejas desaprobador, me olvidé de que el chancearse en este momento no es obrar con arreglo á las circunstancias: os pido por lo tanto que me perdoneis, y me apresuro á

dar á mis palabras, así como á mi aspecto, la gravedad conveniente. Señoras, podeis empezar.

La dama de la novela dió principio, diciendo con énfasis:

—Para poner término á esta discusion, creo que será suficiente el que me nombre. Soy Isabel Angela de Vienne, condesa de Bouville-Montmorency.

Buckingham se levantó, descubrió su cabeza é hizo una profunda cortesía.

—Pues si solo se trata de nombrarse, repuso la del faldero, me nombraré tambien. Soy Ana Maria Carlota de la Rochefoucauld.

Este apellido produjo en el duque un efecto mágico, y lo que hasta entonces habia considerado como un juego, tomó á sus ojos muy diferente aspecto. ¡La señorita de la Rochefoucauld, la orgullosa camarista de la reina, estaba allí, delante de él, le habia aceptado por juez árbitro en una diferencia en que se interesaba su pasion dominante! Aquella era una fortuna inesperada, una ocasion única; y para sacar de ella todo el partido que podia desear, solo tenia que decir una palabra. Sin embargo, era necesario conservar las apariencias al menos de la imparcialidad, y dar un fallo de que la justicia no se resintiese demasiado, siendo esto lo difícil.

Al propio tiempo que buscaba manera de llegar á una conclusion satisfactoria, volvió á descubrirse é inclinarse por segunda vez, y luego dijo:

—Noble é ilustre familia es la de los Rochefoucauld.

—Pero no mas noble é ilustre que la de los Montmorency, replicó con sequedad la condesa.

—Nuestra familia, señora, repuso la camarista, era conocida en el siglo oncenno.

—Para encontrar el origen de la mia era necesario remontarse aun mas.

—Si, hasta Bouchard Barbe-Torte, ¿no es verdad? preguntó con malicia la señorita de la Rocheloucauld.

—Nos gloriamos de ello, respondió madama de Bouteville, cuyos dedos crispados arañaron la portezuela.

—Dicha tuvo por cierto el tal Barbe-Torte en ejercer su oficio en tiempos en que todavía no se habian inventado los parlamentos.

—Pues qué oficio tuvo? preguntó admirado el embajador.

—Oh! el honrado Bouchard era muy laborioso, y cuando nada tenia que hacer, se ocupaba en desplumar á los caminantes, á fin de no permanecer ocioso.

—Señorita! ¿es vuestro ánimo insultarme? gritó la condesa, cuyo rostro puso la cólera del color de la grana.

—De ningún modo, noble señora, contestó la camarista con la mayor tranquilidad; solo he querido dar una lección de historia de Francia al señor embajador de Inglaterra.—Sí, caballero, sabed que Barbe-Torte despojó de sus sotanas á tantos curas de S. Dionisio y otras partes, arrebató herraduras y sillas á tantos caballos, y se hizo dueño de tantos rebaños de bueyes, que tomó afición á las colecciones: así es que no tardó en poseer diez salas llenas de sotanas, diez graneros atestados de cuernos de bueyes, puestos en trofeos, y un inmenso salon, llamado de las Herraduras, en razon á que en él se veian clavadas en las cuatro paredes, desde el techo hasta el suelo y desde rincon á rincon, millares de ellas, formando graciosos dibujos. Esto se halla consignado en las crónicas...

—Crónicas escritas por los monjes de S. Dionisio, enemigos declarados de nuestra familia, replicó madama de Bouteville, interrumpiendo á su contraria. Pero os olvidais de añadir que ese Bouchard se arrepintió de sus errores, comulgó, y fué el primer baron cristiano. Ahora bien, ¿no es mejor descender de él que del primer duque protestante, como vos,

señorita de la Rochefoucauld?

—Oh! ya se sabe que vuestra casa es de nobleza mas católica que la mia, respondió la camarista con afectada humildad, puesto que la Santísima Virgen, Madre de Dios, es prima vuestra.

—Prima de esa señora? preguntó Buckingham, esforzándose para contener la risa, pues como buen inglés, era poco crédulo en tales materias, y no podia dar fé al aserto de que los Montmorency se hallasen tan bien emparentados.

—Señorita! gritó la condesa, fuera de sí, ¿ignorais que ecsisten aun en Francia leyes vigentes contra los sacrílegos y los blasfemos?

—¿Y qué tenemos con eso? Yo no he hecho mas que repetir lo que se encuentra consignado con todas sus letras en los pergaminos de vuestra ilustre familia. ¿No me habeis contado vos misma que esa escelente prima le rogó un dia á uno de sus primos y ascendiente vuestro, que se cubriese en su presencia y que él se apresuró á obedecer, contes-tando: prima, es por comodidad?

El duque se mordió los lábios para no soltar la carcajada, y madama de Bouteville estaba punto menos que sofocada por la rabia, pues no podia dudar que se burlaba de

ella la señorita de la Rochefoucauld, á pesar del comedimiento y aparente naturalidad con que se espresaba.

Buckingham quiso, sin embargo, ensayar el medio de poner paz entre las rivales, y les dijo:

—La antigüedad de vuestras casas, señoras, queda para mí suficientemente probada; pero no hablemos de religion, porque soy inglés, y como tal, juez muy incompetente en cuestiones de teología. Pasemos ahora á las hazañas de vuestros mas remotos ascendientes, y á los honores que les han concedido sus soberanos.

—En la desgraciada accion de Mansourah, gritó al instante la condesa, uno de mis abuelos le dió su caballo al duque de Anjou, y mató dos dromedarios.

—En Túnez, replicó la camarista, un la Rochefoucauld llevó á cuestas durante el espacio de dos horas al rey San Luis, á quien consumia una fiebre maligna y que todos creian se hallaba atacado de la peste. De este modo le condujo hasta el borde de una cisterna, en donde el monarca pudo bautizar á media docena de moritos, que mi abuelo habia hecho prisioneros.

—Durante la locura de Carlos VI, repuso madama de Bouteville, un Montmorency em-

peñó á un judío los bigotes y las espuelas, á fin de procurarse dinero para comprar ropa blanca y naipes para su soberano.

—S. M. Carlos VII, respondió con calor la señorita de la Rochefoucauld, honró con su presencia nuestro castillo de Pierrefonds, donde se le sirvió para comer una garza real, cuyo pico y patas estaban doradas; quedando el rey tan satisfecho de la hospitalidad que allí recibió, que concedió á mi abuelo el derecho de caminar siempre seguido de cincuenta alabarderos, y servelado durante su sueño por igual número.

—Eso era mas honorífico que cómodo, dijo Buckingham para su coleteo.

—Sabed, en una palabra, señorita, añadió la condesa, que nuestra casa solo reconoce primacía en las de los reyes.

—Pues familias reales écsisten, señora, replicó la orgullosa camarista, que no han creído degradarse al contraer alianza con la mia.

—Así será. En fin, el señor duque nos conoce ya, y puede decidir, señorita.

—Que decida, señora; repito que me sujeto á su fallo.

A todo esto Buckingham no habia dado con el pretexto que buscaba para dictar la sentencia apetecida.

—A la verdad, señoras, dijo, que me poneis en el mayor apuro, pues tratándose de dos de los mas ilustres apellidos del mundo, me es imposible inclinar á parte alguna la balanza... Sin embargo, permitid que os haga una pregunta.

Volviéndose hácia la señorita de la Rochefoucauld, añadió:

—¿No formais parte de la comitiva de la reina?

—Soy camarista de S. M.

—Y yo, señor duque, no pertenezco á nadie; dijo con altivez la condesa.

El pretesto estaba ya encontrado: así es que el embajador, tomando un continente solemne, prosiguió de este modo:

—Pido humildemente perdon á la señora condesa de Bouteville; pero la señorita de la Rochefoucauld, puesto que tiene el alto honor de pertenecer á la comitiva de S. M. la reina de Francia, creo que en vista de esto, y apesar de que su ilustre apellido no hace mas que igualar al no menos ilustre de Montmorency, no puede sin faltar á su deber ceder el paso en la presente circunstancia. Por lo tanto decido la cuestion á su favor.

La alegría del triunfo dilató las facciones de la favorecida, al paso que el fuego de la cólera brilló en las pupilas de su contraria,

como el relámpago que precede al trueno; sin embargo, el rayo no fué lanzado, pues madama de Bouteville, haciéndose superior al primer movimiento de indignacion, se contentó con replicar con fria dignidad:

—Apelaré mas tarde de un fallo, contra el que desde luego protesto, señor duque; pero cedo, sin embargo, pues un Montmorency no falta jamás á su palabra.

Dicho esto, asomó la cabeza por la portezuela, y dió orden de cejar á su cochero, que no pudiendo creer á sus oídos, se la hizo repetir antes de obedecer.

—Pobre condesa! exclamó la camarista, riendo á carcajadas. Es capáz de morir de despecho por lo que le acaba de suceder. Sin embargo, añadió, mirando al inglés, he hecho valer mi derecho, estoy satisfecha, y debo mostrarme generosa despues de la victoria.

Acto continuo ordenó á su cochero que retrocediese, de modo que los dos carruajes, cejando el uno frente al otro, llegaron al propio tiempo á las dos estremidades de la alameda, en cuyos parages dieron media vuelta y continuaron alejándose.

Buckingham, que habia vuelto á montar á caballo, siguió naturalmente á la carroza de la señorita de la Rochefoucauld, y acercándo-

se á una de las portezuelas, solicitó de la bella dama el favor de acompañarla en su paseo.

—Aun cuando lo que me pedís no fuese una satisfaccion para mí, le contestó ella, no podria resolverme á pagar con una negativa al amable juez á quien debo tanto reconocimiento.

—Reconocimiento, señorita? ¿y por qué? No he contraido otro mérito que el haber obedecido á dos poderes, que no me dejaban libertad para fallar de otro modo que como lo he hecho.

—¿Y qué dos poderes son esos?

—La razon es el primero.

—Pues me parece que ese basta.

—Sin duda; pero aun cuando no hubiese estado de parte vuestra, no por eso teniais menos asegurado el triunfo.

—Y cuál es el otro?

—Mi corazon.

—Teneis fama de muy galante, señor duque.

—Soy sincero, señorita.

La conversacion continuó bajo este pie, sin que la señorita de la Rochefoucauld pensase en ponerle término, pues no solo ejercia Buckingham sobre ella, por su hermosura, talento y gracia, ese encanto á que nadie podia

resistir, sinó que tambien se embriagaba de orgullo al ver á sus pies al hombre que desde su aparicion habia eclipsado á todos sus rivales en punto á finura, é introducido la turbacion en cuantos cerebros femeninos se contaban en la corte; al hombre cuyo apellido salia de todas las bocas y cuya imágen se hallaba grabada en todos los corazones; al hombre, en fin, que era el ídolo del dia, el ser de moda.

Cuando llegó el momento de separarse, se habia adelantado ya tanto terreno, que la palabra *cita* encontró medio de que la articulasen sin que por una parte pudiese ser considerada como un acto de escesia temeridad, y por otra obligase á manifestar indignacion para responder á ella.

Sin embargo, la señorita de la Rochefoucauld, sin duda para aquietar su conciencia, balbuceó una negativa algo cortada, algo tímida, lo necesario para escitar al embajador á redoblar sus instancias.

— Todo bien considerado, le dijo por último la camarista, no veo razon para que no me acompañeis otro dia, del mismo modo que hoy, á mi paseo de por la mañana.

— De por la mañana, señorita! exclamó Buckingham con admiracion muy marcada.

— Crea, señor duque, que no es la costum-

bre pasear por la noche.

—Pues es muy mal hecho, porque de noche tan solo es cuando podemos verdaderamente abandonarnos á las dulces ilusiones del corazon; la vista y el pensamiento no son distraídos durante la noche por esa multitud de indiferentes, que atrae á estos sitios la obligacion de hacer lo que lo demás hacen, y no otra cosa alguna; importunos que á lo mejor de una grata conversacion vienen á mezclar su ridicula é insulsa charlatanería. Oh! ¡vos no sabeis sin duda cuánto mejor se habla, cuanto mejor se comprende siempre que nos rodea la tranquilidad, el silencio! ¡vos iguorais de qué manera se elevan la mente y el corazon bajo el encanto irresistible que dan á la naturaleza las tintas misteriosas de la noche!

A este razonamiento añadió otros muchos el inglés, todos de la misma fuerza: por consiguiente, era necesario que para no convenirse, la señorita de la Rochefoucauld no se hubiera querido convencer, siendo así que lo estaba deseando.

Quedó, pues, decidido que en la noche del sábado inmediato, á las nueve próximamente, se encontrarían como por acaso en una de las puertas de la ciudad, é irían á probar si eran ciertas las poéticas descripciones del duque.

En el momento de despedirse, la blanca mano de la camarista se halló por casualidad sin guante y apoyada en la portezuela, y por casualidad tambien, al inclinarse Buckingham para saludar, no desperdició esta ocasion de estampar en ella sus lábios.



Del peligro que corre una señorita de carácter colérico cuando pierde su devocionario.

Rogamos á nuestros lectores que dejen trascurrir algunas horas, y que en seguida se vengán con nosotros á la habitacion de la señorita de Liancourt, camarista tambien de la reina, y cuyo apellido habia escrito Buckingham en su cartera seguida de la palabra *ira*.

Todo era confusion en la casa en que vivia: los criados, despavoridos, subian y bajaban

las escaleras, sin saber cual obedecer de las veinte órdenes contradictorias que recibian; y la misma señorita de Liancourt, en medio de una agitacion inesplicable, iba y venia de la sala á la alcoba, de la alcoba á la sala, abriendo los muebles de la alcoba con estrépito, registrando todos los rincones y revolviendo cuanto le venia á la mano.

En el momento en que se disponia á ir á misa, no tanto tal vez para rezar y oirla con devocion, como para tener el placer de recibir el agua bendita de la mano del jóven y bello vizconde de Candeille, buscó su devocionario enriquecido con escelentes y preciosas láminas iluminadas, y cuya encuadernacion era una obra maestra; devocionario que le habia regalado su amante, el susodicho vizconde, y que era un testimonio de su magnificencia y esquisito gusto; pero ¡cosa estraña, incomprensible! el libro habia desaparecido.

— ¡Busca, Marta, busca sin cesar! le gritaba á su doncella con voz ágría. Tienes una calma, una tranquilidad, que me desespera. Ya sabes que no puede haberse perdido, es imposible, y quiero que parezca.

— Ya veis, señorita que lo estoy buscando, respondia la criada, imitando los movimientos de su ama; però la actividad que emplea-

ba en sus pesquisas era mns afectada que verdadera.

—¿Han ido á preguntar á casa de madama de Putanges, á donde estuve ayer de visita?

—Sí, señora.

—¿Y á casa de la señorita de Senneviere?

—Están allá en este instante.

—Ah! ahora recuerdo que subí á saber como estaba madama de Luxembourg. Que vaya un criado á informarse de si me lo dejéen su casa.

—¡Pero, señorita, si todos han salido á cumplir con vuestras órdenes!...

—Busca otros.

—Señorita!...

—Jesus! ¡pareces una estatua, segun lo quietas que te estás! ¿No ves que me muero de impaciencia y de inquietud? Si no tienes nadie á quien enviar, vé tu misma.

—Esta bien, señorita.

—De paso entra en la catedral, donde quizás le dejaria ayer tarde.

—Sí, señora.

—Pero antes alcánzame esa cajita.

—¡Si hace ocho dias que mandásteis ponerla ahi, y desde entonces nadie la ha tocado!.....

—¡Venga la cajita, y pocas contestaciones!

—Ahi la teneis.

El libro no estaba tampoco en la cajita, y la camarista, despechada, la estrelló contra el suelo. Marta, juzgando por esto que la tormenta arreciaba y no tardaria en estallar sobre ella, se alejó prudentemente, bajo pretexto de que iba á cumplir con las órdenes que le acababan de dar; pero un minuto despues volvió á entrar con el rostro radiante de júbilo, y gritó á su ama:

— Señorita! ¡señorita! ¡buena noticia!

—¿Ha parecido el devocionario?

—Sí, señora.

—Alabado sea Dios!

La señorita de Liancourt se entregó á los transportes de una alegría no menos viva que lo habia sido su desesperacion.

—Os lo habíais dejado en la iglesia.

—No te lo decia yo? Ay, Marta! ¡qué rato he tenido!..... te aseguro que si se hubiese perdido mi devocionario, jamás me habria consolado.

—Ya lo creo! ¡un libro con tanto oro y tanta plata!.....

La camarista le dirigió á su doncella una mirada de soberano desprecio, y luego le preguntó:

—¿Pero en dónde está, á todo esto? Dámelo, dámelo.

—El que lo trae quiere entregároslo en vuestra mano.

—¿Y por qué no me has dicho eso desde luego? No he visto en mi vida persona mas calmosa, mas torpe que tú. Vamos, haz que entre ese sugeto, sea quien quiera.

Marta introdujo en la sala á un jóven campesino, bastante bien vestido á su manera, quien se adelantó con timidez, dando vueltas en las manos al sombrero y dirijiendo en torno suyo miradas de admiracion.

—¿Sois vos el que se ha encontrado mi devocionario? le preguntó la señorita de Liancourt, sin poder contener una sonrisa, pues la sorpresa del palurdo habia escitado su buen humor.

—Sí, señora, contestó el paleta, sonriendose tambien á su modo.

—Y dónde le teneis? porque no le veo.

—Ahora lo veréis, así que lo saque de la faltriquera. Aqui está.

—Me ha dicho mi doncella que solo á mi queriais entregarlo, y esta es una atencion, que merece os dé las gracias.

En seguida, volviéndose hácia la criada:

—Marta, dale de beber, y despues entrégale este bolsillo, como testimonio de mi agradecimiento.

El campesino hizo con la mano una señal

de negativa, y en seguida replicó:

—Señora, guardáos vuestro dinero, que á mi no me hace falta.

—Hola! exclamó la camarista, sorprendida, ¿parece que sois orgulloso? Pues os advierto que no quiero quedaros deudora.

—No, señora, no; por eso no hay que tener cuidado, pues yo vengo justamente á pedir un favor.

—Y cuál es?

—Es que..... yo..... lo que..... lo que yo.....

—Vamos, explicaos sin temor, y estad seguro de que deseo complaceros.

—Es que..... perdonad el atrevimiento, señora.....

El aldeano, bajando la voz y dirigiendo una mirada recelosa hácia Marta, añadió:

—Digo que perdoneis; pero si es que no os enfadais, yo quisiera hablar algunas cosas que no las oyese nadie mas que vos.

—Bueno.—Retirate, Marta.

La doncella salió con semblante nada risueño, pues apesar de que no era inocente á lo que allí pasaba, hubiera querido oír lo que iban á decirse.

La señorita de Liancourt se sentó, y pasaba las hojas de su devocionario, que no se cansaba de contemplar, mientras el campesino,

que habia cobrado algun ánimo, se acercó á ella y miraba en silencio esta operacion.

—No creais que le falta nada, dijo al cabo de un minuto: le traigo como le he encontrado.

—No lo dudo, buen hombre; y si le ecsamino, no es por desconfianza, sinó por el placer que me causa el haberle recobrado.

—Segun eso, ¿le tendreis en mucha estima?

—Oh! si por cierto; mas de lo que os podeis figurar.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Cómo! ¿vos teneis en estimacion mi devocionario?

—No señora, no; ¿para qué quiero yo el libro ese? A quien digo que amo mucho es á Petrilla.

—A Petrilla.

—Si, señora; á Petrilla la quiero yo tanto como vos á ese libro.

—No lo dudo, amigo. Pero no se trata de eso, sino de un favor que deseábais pedirme.

—Pues bueno, á eso voy, y yo biensé lo que me hablo. Digo que si os he traído lo que tanto amais, no hareis vos nada de mas en volverme á mí lo que tanto amo.

—¿Pues qué acaso sin saberlo retengo yo

algo que os pertenezca?

—Vos no, señora.

—Pues quién?

—Un señorito, conocido vuestro, y que me han afirmado que vos mandais en él.

—¿Que yo mando en él? ¿en quién? ¿cómo se llama?

—El vizconde de Candaille.

La camarista miró con admiracion al campesino, que se sonreia con malicia.

—¿Y quién os ha dicho, preguntó ella, que yo tengo dominio en ese caballero?

—Toma! todo el mundo.

—Ya!

—Y como tiene uno ojos en la cara.....

—Es verdad.

—¿Pues qué os parece que á nosotros los que vivimos en el campo no nos pasa lo mismo que á los señores? Cuando yo veo á un mozo dar vueltas al rededor de una moza, y que ella no pone mala cara; y que lo llevá detrás por todas partes; y ahora le manda una cosa, y luego otra, y luego otra; y le dice que haga esto, y aquello no, que venga por aquí y no vaya por allá, y que él obedece lo mismo que un corderito, luego digo para mí, pues no soy ningun tonto: esos dos están enamorados el uno del otro.

La señorita de Liancourt no sabia si

reírse ó enfadarse: su dignidad le impedía ceder al primero de estos dos movimientos y si no se entregó al segundo, fué porque la detuvo la curiosidad.

—Supuesto, repuso, que estais tan bien enterado, señor.. Señor qué?

—Jorge, para serviros, si es que en algo puedo séros útil, respondió el aldeano con una grotesca reverencia.

—Pues bien, señor Jorge, demos por sentado que no os equivocais en lo que habeis imaginado, y que tengo algun dominio sobre el señor vizconde de Candaille: ¿de qué utilidad puede seros este dominio?

—Caramba! ahora entra lo peor de la historia porque, ya se vé, vos estais tan interesada como yo en la cosa, y puede suceder que apenas suelte la primer palabra, os pongais como una furia, y...

—Basta de preámbulo, y vamos al hecho; dijo la camarista, que empezaba ya á perder la paciencia.

—Si no sé como arreglarme para explicaros... Vamos á ver; figuraos que un dia me pasa por la cabeza la idea de enamoraros....

—Señor Jorge!

—;Si esto no es mas que un suponer, señora!... Figuraos, digo, que me da ese avena-

te, lo que no tendria de particular, pues sois bastante guapa; ¿qué haria entonces el señor vizconde?

—Ordenar á sus criados que os diesén una paliza.

—Bueno. ¿Y si el vizconde no fuese mas que un labrador, y yo fuese vizconde?

—Confieso que en ese caso seria difícil resolver.

—Quía! no lo creais; yo voy á deciros lo que haria vuestro Mr. de Candeille: se iria á buscar á Petrilla, le contaria lo que pasaba, y le pediria que me enviase á paseo. Pues justamente eso mismo es lo que yo he venido á hacer aquí.

La señorita de Liancourt, que empezaba á comprender, levantóse con el rostro encendido y los ojos inflamados y gritó:

—¡Pensad en lo qué afirmáis, señor Jorge!...

—Toma! en ello pienso sin cesar desde ayer, y por eso, estando en la catedral, vi que dejásteis el libro encima del banco cuando os íbais, y en lugar de correr tras vos para advertiroslo, lo agarré y me lo metí en el bolsillo, para que me sirviese de pretesto, y poder lograr meterme en vuestra casa y hablar con vos.

Los dedos de la camarista se erispaban y

arrugaban sin piedad las hojas del devocionario. Dió algunos pasos con agitacion y luego se detuvo.

—Soy una loca, dijo, hablando consigo misma en alta voz, en dar oídos y fé á las visiones de este hombre.

—Visiones! exclamó Jorge con calma. Habiéis de saber, señora, que yo no soy de los que ven visiones, y que si afirmo una cosa, es porque la sé de seguro.

—Pruebas! dadme pruebas! gritó la jóven con voz trémula.

—No faltarán cuantas querrais, señora, respondió Jorge, cuya tranquilidad era cada momento mas insufrible para la dama; y os las daré de todas especies.

La señorita de la Liancourt se hallaba de pie enfrente del campesino, con el cuello tendido, las narices hinchadas y los ojos brotando fuego.

—Hablad, hablad! añadió con voz ahogada, y llegando al ultimo término su impaciencia.

—Hola! quereis pruebas! Bueno, se os dirá lo que hay, y si no basta, se os hará ver, porque él, maldito si se oculta, ni poco, ni mucho, y ella, la muy tunanta, no se toma siquiera el trabajo de hacerle creer que no le quiere; como lo pide la decencia. Figuraos que ayer

mañana, sin ir mas lejos...

—Ayer mañana estuve yo de servicio con la reina.

—Pues lo que es vuestro vizconde hacia otro servicio: desde muy tempranito daba vueltas al rededor de la granja de Petrilla.

—¿Le habeis visto vos?

—Nada mas que con los ojos que tengo en la cara, asi como tambien vi que Petrilla le hacia señas desde su ventana, y que luego se fué con él por la vereda de los avellanos.

—Se paseaban juntos!

—Sí, señora, contestó el palurdo, empezando á animarse; se paseaban juntitos, y se miraban con una ternura... Así... Tambien se decian muchas cosas, que yo no oia; pero debian ser muy agradables, porque Petrilla le miraba con ojos de miel, y el señor vizconde le tomaba la mano á ella y se la apretaba.

—Qué infamia!

—¡Ya se vé que es una infamia, una picardía!... Pero peor fué cuando se iban á separar: debiais haber visto como se arrimaron uno al otro, muy pegaditos, muy pegaditos... asi... luego le pasó el brazo por la cintura... asi... luego la apretó contra el pecho... asi... y luego fué tan atrevido, que

le dió un beso en la boca... así.

—Insolente! exclamó la camarista, saltando hácia atrás.

Jorge, dejándose arrastrar por la situación, habia unido la pantomima á la palabra; mas vuelto en si con la exclamacion de la jóven, balbuceó una disculpa, y permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el sombrero, mientras que ella le dirigia furibundas miradas.

—Salid! le grito con altivez.

—Es que todavia no he acabado de hablar, replicó Jorge con sencillez.

Indignada contra el aldeano, irritada contra el vizconde, la señorita de Liancourt se hallaba en un estado de ecsasperacion difícil de describir; tan pronto se ponía pálida como encendida; lágrimas de rabia corrían por sus mejillas; todo su cuerpo temblaba, y veíase á sus pies el devocionario, del cual quince ó veinte hojas, desgarradas y lanzadas al viento, se habian esparcido por la sala. Habria querido golpear, matar á alguien, y sus ojos despedían rayos, que hubiera deseado tuviesen el poder de aniquilar al miserable que acababa de faltarle tan audazmente al respeto; él, á falta del vizconde, debia ser la victima de su furor; pero no lo habia dicho todo, y ella lo queria saber to-

do. Los celos fueron mas fuertes que el orgullo ofendido: así es que exclamó:

—¡Acabad, acabad de una vez lo que tengais que contarme!

Jorge, que habia recobrado su aplomo y su actitud tranquila, contestó:

—Las pruebas que me pediais hace poco, os las puedo dar, os puedo hacer ver lo mismo que yo he visto.

—Mi dinero, mis alhajas, cuanto poseo es vuestro, si no me engañais.

—Yo no pido mas que una cosa, y es el que el señor vizconde deje en paz á Petrilla, y escoja otro lado para irse á pasear.

—Eso corre de mi cuenta.

—Ya! pero es menester que tengais calma, porque he notado que sois muy viva de genio, y como de seguida no os puedo enseñar lo que he dicho, vendrá aquí ese señorito, empezareis á predicarle, y entonces todo se lo llevó la trampa.

Una sonrisa extraña apareció en el rostro de la jóven, que repuso:

—Conoceis mal á las mujeres, señor Jorge: un mes, un año entero soy capaz de disimular, á fin de sorprenderle, y vengarme.

—No es preciso tanto tiempo, pues ayer, al separarse, oí que se dijeron: Hasta el sá-

bado á las nueve de la noche, en la fuente de S. Jaime.

—El sábado!

—Y como hoy es miércoles, dentro de cuatro dias podemos dar el golpe, si es que quereis.

—Si, ¡dentro de cuatro dias quedará satisfecha mi venganza! gritó la camarista. Ahora, añadió, dirigiendo al campesino una mirada de desprecio, retiraos. Merced al servicio que acabais de hacerme, consiento en no mandar que castiguen vuestra insolencia.

Jorge salió de la sala andando de espaldas y haciendo cortesías hasta la puerta, ya con la pierna derecha, ya con la izquierda, y sosteniendo el sombrero con ambas manos.

¿Y qué hacia Marta entretanto? Estaba en su cuarto, probándose en todos los dedos el magnífico brillante que Buckingham le habia dado en cambio del devocionario, del cual acababa de servirse como medio de introduccion.

XII.

Una camarista ganada por hambre.

La señorita de Grancey era jóven, linda, de poca estatura, algun tanto gruesa, de cabellos castaños, de colores algo subidos, de labios un poco mas abultados de lo comun; dejando entrever cuando se reia dos hileras de perlas sólidamente engastadas, y prometiendo no condenar á una larga soledad la barba con hoyuelo que terminaba graciosamente el óvalo casi circular de su fresco rostro. Aunque algo abultada de carnes, como acabamos de decir, no por eso su cuerpo carecia de donosura, y era encantador el pliegue que separaba su torneado brazo de su blanca mano, en cada dedo de la cual se reproducia el agradable hoyuelo de la barba.

Aunque con frecuencia se equivocan en sus inducciones los fisonomistas, que pretenden hallar en las facciones y en las costumbres del cuerpo la indicación exacta de los afectos, de las calidades y de las inclinaciones del alma, con la señorita de Grancey hubiesen acertado, pues no hacia mentir á ninguna de las señales características de su fisonomía; y si Lavater hubiese vivido en su tiempo, no habría faltado á la verdad al afirmar que era apasionada á los placeres de la mesa.

Así es que su pasión dominante fué la que la guió en la elección de domicilio: la fonda en que se estableció no tenía buenas habitaciones, ni adornadas con lujo, y tampoco se hallaba situada en ninguno de los mejores barrios de la ciudad; pero su dueño gozaba fama de ser el mejor cocinero de Amiens, no teniendo rival, sobre todo, en el arte de guisar las chochas, aves que prefería la señorita de Grancey á todos los demás manjares.

El nombre del señor Andrés, que así se llamaba el precioso artista en salsas y asados, no brillaba en letras de oro en una magnífica muestra; pero se hallaba escrito con caracteres indelebles en la memoria de muchos estómagos agradecidos, los que creían un deber el difundir su fama y reclutar en su beneficio una escogida parroquia de gastrónomos cono-

cedores.

El señor Andrés sabia bien que la humilde violeta no tiene menos mérito por encontrarse oculta entre la yerba, y por lo tanto no queria meterse en gastos de aparato exterior, y aun llegaba su economía, unida á su experiencia, al extremo de no hacer jamás mas provisiones que las precisas, para que no se le pudiesen echar á perder, y á no emplear la inesperienza comprometedora, ó la ciencia dudosa de un ejército de marmitones y ayudantes; por lo cual se reducía á tratar con un cortonúmero de parroquianos. Sus tres axiomas favoritos eran estos: que en cuanto á cocina, la cantidad escluye la calidad, que nada puede reemplazar al ojo y á la mano del amo, y que vale mas recoger los aplausos de cuatro personas, que los silbidos de veinte.

Todas las mañanas se presentaba á sus huéspedes, y discutia con ellos los platos que habian de componer la comida, empleando en esto tanta gravedad como un consejo de ministros que discute los artículos de un tratado de paz; y así que acababan de comer, se repetia la misma ceremonia, para tratar de la cena.

Aunque se habian aposentado en su casa gran número de estómagos del mas alto mérito, el señor Andrés convenia en que el de

la señorita de Grancey era superior á todos ellos por la estension de sus conocimientos, la seguridad de su evaluacion y la esquisita delicadeza de su gusto: así es que con ella, su visita acostumbrada se convertia en una larga y formal conferencia, en la cual no se habría sabido qué admirar mas, si la profunda erudicion del cerebro facultativo, ó el genio inventivo del estómago aficionado. Mas de una vez se quedó absorto el fondista de la prodigiosa imaginacion de la jóven, y con frecuencia confesó despues, con esa noble franqueza, que es propia de los talentos superiores, que debia á los consejos de tan eminente dama un gran número de preciosas recetas para el modo de guisar ciertos manjares y mejorar la distribucion de las entradas en las mesas.

El mismo dia en que Buckingham albagando el orgullo de la señorita de la Rochenfocauld é introduciendo en el corazon de la señorita de Liancourt el dardo de los celos, acababa de triunfar con tanta dicha de las primeras dificultades de su programa, sucedió que la señorita de Grancey esperó en vano la visita de su huésped para tratar de la importante materia de la cena. Olvido era este inesplicable en el señor Andrés, cuya regularidad y esactitud se habian hecho proverbiales. La camarista experimentó al principio

una de esas inquietudes vagas, que son como el presentimiento de una desgracia, y fijó los ojos en el reloj de sobre mesa, veía con ansiedad siempre creciente pasar los minutos, los cuartos de hora, las medias horas y aun las horas. Cediendo al fin á una impaciencia muy excusable, llamó á su doncella y le mandó que buscara al fondista en la casa, en la poblacion, ó donde quiera que estuviese, en inteligencia que no habia de volver sin él.

La criada no tuvo necesidad de ir muy lejos, pues á los dos minutos escasos introducía ya al confuso culpable á la presencia de su bastante irritado juez.

—Os creía muerto, ó enfermo por lo menos, dijo la señorita de Grancey con tono severo, y quisiera saber la causa de una tardanza tan extraordinaria y que tan perjudicial puede ser para mi cena de hoy.

—¿Pues qué cenais en casa esta noche? preguntó el fondista muy admirado.

—¿Y por qué no he de cenar? No creo haberos dicho nada en contra.

El señor Andrés daba vueltas entre sus dedos á su gorro de percal blanco, visiblemente aturdido.

—Ay, Dios mío! exclamó; preciso es, señorita que haya yo soñado, que haya perdido

el juicio... Estaba persuadido de que estanoche la pasábais en palacio... hubiera jurado que me lo habíais prevenido... y sin embargo, según lo que acabo de oír, es evidente que me equivoco. ¡Jamás me consolaré de mi torpeza, de mí!...

— Vamos, vamos, no os aflijais, repuso la camarista, deponiendo su enfado, pues consiento en olvidar un descuido, que es la primera vez que le teneis conmigo. Por otra parte, el mal no es irreparable, y espero que estimulado por mi indulgencia, me ofrecereis una reparacion digna de vos, redoblando vuestros esfuerzos para distinguíros esta noche.

El huésped, consternado, solo contestó con un suspiro.

— Ea! añadió la señorita de Grancey, ¿no habeis oído que os perdono? Dejemos á un lado, yo el mal humor, y vos las muestras de arrepentimiento, y dediquemos nuestros sentidos todos á la preparacion de la cena.

— Ah, señorita! ¡soy un miserable, indigno de perdón! ¡mi falta es mayor de lo que os figurais!.....

— ¿Pues qué habeis hecho? Explicaos, hablad..... me llenais de inquietud.

— Ay! os contaré con franqueza lo que me ha sucedido.

El fondista, para representar bien su papel, hacia los mas inauditos esfuerzos, á fin de no faltar á la naturalidad.

—Sepamos, sepamos que es, dijo la jóven.

—Habrá unas dos horas que se apeó en la puerta de esta fonda un forastero, un extranjero creo.....

—¿Y qué relacion ecsiste entre ese extranjero y mi cena?

—Una mucho mayor de lo que yo quisiera, y vos tambien, señorita, pues es él quien se comerá dicha cena.

—Señor Andrés!

—Qué quereis, señorita! Es un aficionado, un escelente conocedor en la materia, que solo ha venido á Amiens, segun me ha afirmado, para asegurarse de si soy digno de la fama que gozo; me ha adulado, ha picado mi amor propio, y como yo me hallaba persuadido de que esta noche os tocaba el servicio en palacio, contaba con lo necesario para disponer una escelente cena, y he aceptado el desafío.

—Del cual saldréis con honor, estoy segura de ello; pero no sé que tenga nada que ver la cena de ese caballero con la mia.

—¡Es que no me quedan provisiones, señorita!

—Las buscareis.

—Imposible, pues solo hay mercado por las mañanas.

—¿Y no se encuentran tiendas en Amiens?

—Si, señora; ¿mas qué hallaré en ellas? Carne curada y pescado salado de Saint-Valery, tan detestable lo uno como lo otro, y capaces ambas cosas de revolver estómagos mucho menos ilustrados que el vuestro.

—Recurrid entonces á cualquier compañero.

—Yo no tengo compañeros, señorita; solo tengo envidiosos enemigos, que aun cuando me viesen espirar en medio de la calle, no tenderian una mano para socorrerme.

—Pues componeos como querais, ó como pedais.

—Pero, señorita!.....

—No creo que entre en vuestro cálculo dejarme sin cenar.

—Yo no quisiera; pero no tengo otro recurso...

—Cómo se entiende! ¿creeis que se juega conmigo impunemente?

—Señorita!...

—Habeis cometido una torpeza, y á vos os toca buscar medio de repararla.

—Pero cómo?

—Eso no es cuenta mia.

—¡Qué apuro, Dios mio! ¡qué apuro tan terrible!

El señor Andrés se puso á rascarse la barba y á mirar al techo, como para buscar en él un espediente, y á poco exclamó:

—Ya tengo una idea! ¡una idea escelente! Voy á buscar al viagero.

—Es lo mejor que podeis hacer.

—Le contaré con ingenuidad lo que pasa.

—Y le recordareis aquel precepto del Evangelio, que dice: dad al César lo que es del César.

—Y si se opone?

—Si es un caballero, no puede oponerse, sobre todo cuando sepa que en esta ocasion César es una dama.

—Lo que es la justicia, no hay duda en que está de parte vuestra, y por lo tanto voy á intentar la aventura.

La camarista esperó con bastante tranquilidad el resultado de este paso, pues le parecia imposible que el extranjero no accediese, aun cuando no fuese mas que por galanteria.

El fondista volvió al cabo de un cuarto de hora; pero su fisionomia no anunciaba un buen éxito.

—Qué tenemos? le preguntó la jóven.

—Me he valido con el viagero en cuestion de todos los argumentos imaginables, á fin de hacer valer vuestros derechos...

—¿Que se habrá apresurado á reconocer?

—Todo al contrario: se ha negado del modo mas terminante.

—¿Qué proceder tan poco galante! ¿Qué especie de hombre es ese viajero?

—A juzgar por la distincion de sus facciones, por la elegancia de su trage, por la finura de sus maneras y por la largueza de sus propinas, debe ser muy caballero y muy rico.

—Pues no lo prueba así la conducta que observa conmigo.

La señorita de Grancey empezaba á estar con cuidado, empezaba á temer que la cena, que era la comida que mas preferia, se le escapase. El estado de turbacion y agitacion en que la ponía tan desoladora perspectiva, le hacia adivinar que una perspectiva semejante debia ejercer en la imaginacion del extranjero una influencia igual, y hacerle intratable. Este era el primer paso dado en una via reconciliadora, y arrastrada muy pronto por la fuerza de la lógica, llegó á decirse á sí misma que ecisigirlo todo es con frecuencia el modo de no obtener nada, y que hay circunstancias

en la vida en que es preciso sacrificar la mitad de nuestras pretensiones, á fin de salvar la otra mitad. Resignándose, pues, á seguir los consejos de la prudencia, tomó el acertado partido de condescender con una transacción, y en su consecuencia le dijo al huésped, que en cuanto la vió abrir la beca, se sonrió con malicia, aunque disimuladamente:

—Señor Andrés, vais á volver á hablar al viagero, y le manifestaréis de mi parte que como mi justa reclamacion no tenia por objeto hacerle victima de vuestra torpeza, le ofrezco partir con él la cena que motiva nuestra discusion.

El fondista se apresuró á obedecer, y cuando volvió, la espresion de su semblante anunciaba que esta vez la embajada habia tenido resultado mas satisfactorio.

—Señorita, dijo, he participado al extranjero vuestra proposicion, y la acepta.

—Sea enhorabuena.

—Pero pone una condicion.

—Una condicion! exclamó la camarista, cuyo rostro, despues de haberse regocijado, volvió á entristecerse á la sola apariencia de una nueva dificultad. ¿Y qué condicion es esa?

—Nuestro viagero consiente con placer en

partir la cena con vos; mas desea que os la comais juntos, es decir, en la misma mesa.

—Qué impertinencia! gritó la señorita de Grancey, encendida por la indignacion. ¿Supongo que no habreis pronunciado ni una sola palabra que pueda ser causa de que me suponga capáz de acceder á una proposicion tan fuera de lugar?

—Pues yo creo que nada hay mas natural.

—Callad! Hoy no haceis, ni decis mas que disparates.

Esta vez se quedó el señor Andres verdaderamente consternado.

Por lo que hace á la jóven, aunque no prorumpia en violentas exclamaciones, se dejaba conocer por los movimientos precipitados de su pecho y por la palidez y el sonrosado que alternativamente aparecia en sus mejillas, que era presa de las fluctuaciones de una lucha interior bastante viva. Por una parte se hallaba resentido su natural orgullo, por otra se veia amenazado su estómago de una horrible privacion; no habia término medio: era preciso sacrificar el bien parecer, ó el apetito; faltar al mundo, ó faltarse á sí misma; y si uno de estos extremos repugnaba á su razon, el otro era superior á sus fuerzas. Se hacia,

pues, imposible que semejante situación no terminase por una capitulación de conciencia.

—¿No me habeis dicho, señor Andres, le preguntó á este, que el extranjero parece ser hombre de clase elevada?

—Cierto, señorita.

—Cómo se llama?

—Su apellido es aleman, inglés, ú holandés, y tan difícil de retener en la memoria, que me es imposible acordarme.

—Qué edad tendrá?

—Unos treinta años.

—¡Si siquiera fuese un anciano, exclamó la camarista con un suspiro, ya era otra cosa!

Guardó silencio durante algunos minutos, suspiró otra vez, y añadió en seguida con voz que daba á conocer el agotamiento de sus fuerzas morales:

—¿Piensa permanecer mucho tiempo en esta ciudad?

—Bien poco, pues me ha prevenido que partirá mañana al amanecer.

—Ah!

Este ah! fué ecsalado de una manera, que hacia adivinar que las últimas palabras del fondista aliviaban el pecho de la jóven de un peso enorme.

—Consentis, señorita? se apresuró á pre-

guntar el huésped.

—Esperad un momento. ¿Le habeis dicho quién soy yo?

—No me hubiera atrevido sin recibir vuestras órdenes.

—Está bien. Pues os recomiendo en ese punto la mayor reserva.

—¿Conque le anuncio que aceptais?

—Es preciso, y me resigno. Sin embargo, tambien yo pongo una condicion.

El señor Andrés hizo un gesto de disgusto.

—Escuchad con atencion esto, prosiguió diciendo ella con el aire de dignidad de un vencido que trata de realzarsu papel: yo soy la que, compadecida del apuro en que os veis, y no queriendo esponer á un viajero á los tormentos del hambre, ofrezco generosamente ejercer con él los deberes de la hospitalidad; yo soy, en una palabra, la que le invita á partir conmigo mi cena, y ecsijo en consecuencia que esta tenga lugar en mi habitacion.

El fondista, mensajero de este *ultimatum*, que nada tenia de terrible, volvió muy en breve á anunciar que el extranjero no habia tenido que poner reparo alguno, y que por lo tanto la negociacion estaba felizmente terminada á satisfaccion de ambas partes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LOS SIETE BESOS DE BUCKINGHAM.



LOS SIETE BESOS DE BUCKINGHAM,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

Mr. Emmanuel Gonzalez,

y traducida al castellano

POR

D. Antonio Benigno Cabrera.

TOMO II.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

A MI BUEN AMIGO

el Sr. D. Francisco de Paula Salado.

EL TRADUCTOR.

LOS SIETE BESOS DE BUCKINGHAM.

I.

Una camarista ganada por hambre.

La cena de la señorita de Grancey no era ya un problema, y por este lado se habían desvanecido sus inquietudes; mas por lo mismo se aumentaron respecto á otro punto. El pacto en que acababa de consentir se le representaba como una enormidad: ¡qué vergüenza

para ella! ¡qué ridículo papel iba á hacer, si llegaba en palaeio á saberse alguna cosa! En vano se decia á sí misma que su nombre quedaria ignorado para el viagero, que este acababa de llegar y se ausentaria dentro de pocas horas; nada de esto la tranquilizaba, pues por mas que procuraba desecharlo, un enfadoso presentimiento no se apartaba de su imaginacion: ya oia las bromas, las burlas, los equívocos de cuantos la conocian, y hasta las canciones relativas á su aventura, pues á la sazón sobre todo lo que tenia algo de ridículo se componian canciones.

Pasó el resto de la tarde en una singular perplejidad, porque sumente, tan pronto complaciente como severa, se recreaba en tenerla fluctuando entre los argumentos del temor y los de la confianza. Sin embargo, debemos manifestar que los últimos cobraban mas fuerza y los primeros se iban debilitando á medida que la hora de la cena se acercaba, y aun habia recuperado todo su valor, y su fisonomía respiraba una dulce tranquilidad cuando el señor Andrés se presentó para poner la mesa. Mas todavia: terminada esta operacion, hasta llegó á volver la cabeza con impaciencia hácia la puerta por dos ó tres veces, alarmada sin duda de la posibilidad de una tardanza, y pronta á irritarse de la poca prisa

que se daba su convidado.

Por fin pareció este, y la camarista quiso levantarse para recibirle; mas volvió á caer en la silla con la mirada fija y la boca abierta.

La cabeza de Medusa acababa de petrificarla.

La cabeza de Medusa era enaquel momento su gracia el duque de Buckingham, que llamaba en su ayuda á todos los recursos de la diplomácia, á fin de no destruir con una estrepitosa carcajada el efecto eminentemente dramático de su entrada en la sala.

Sin embargo, como esta situación, por mas pintoresca que fuese, no podia prolongarse hasta lo infinito, el embajador iba á hablar ya, cuando el señor Andrés se presentó con una servilleta bajo el brazo y sosteniendo con ambas manos una sopera de plata, la que exalaba un olorcillo capáz de resucitar el apetito de un cadáver.

Al notar la actitud de nuestros dos personajes, el huésped se detuvo con los brazos y la sopera adelantados, el cuerpo echado hácia atrás y los ojos y la boca muy abiertos; lo que visto por Buckingham, no pudiendo contenerse por mas tiempo, soltó el trapo á reir con toda su alma; risa que segundó primero el fondista, y despues la señorita de Grancey,

tan poderoso es el contagio de ese mal nervioso, que llaman algunos risa loca. Los tres se reian á carcajadas; pero con esta diferencia: el inglés sintiendo faltar al respeto á la dama que se hallaba presente, la camarista con rábia y lágrimas de despecho en los ojos, y el señor Andrés con todas las veras de su corazon, aunque en completa ignorancia del motivo de su hilaridad: se reia al poner la sopa en la mesa, se reia al bajar la escalera, se reia ya de vuelta en la cocina; y cuando su muger le preguntó la causa de su estrepitosa alegría, se detuvo, muy sorprendido de no saber qué contestar.

Con la salida del huésped se restableció la tranquilidad, y acercándose el embajador á la jóven, preguntó con tono suplicante:

—¿La señorita de Grancey querrá comprometer la reputacion que tiene de indulgente y bondadosa, guardándome rencor por mi conducta?

—Ah, señor duque! esclamó ella, bajando los ojos á causa de la confusion que sentia, ¿qué traicion!

En lugar de entrar en una esplicacion, que de rigor habria versado sobre el motivo comun y siempre engorroso del amor, Buckingham juzgó que obraria con mas destreza, y sobre todo que le seria mas cómodo dejar á la

imaginacion de la camarista que se perdiese en el vasto campo de las suposiciones.

—Ah! ¡soy un aturdido! exclamó de pronto, como si saliese de una distraccion; me olvidaba de que la sopa os espera, y que puede enfriarse.

Habia tocado la cuerda sensible, pues la amenaza de comer una sopa fria decidió á levantarse á la jóven; el inglés la llevó á su sitio, y en seguida se fué á sentar enfrente de ella, dejándola buscar, con la sonrisa del amor propio satisfecho en los lábios, la traduccion del beso que acababa de recibir en su blanca y preciosa mano.

Mientras duró la cena, la señorita de Grancey estuvo tanto mas complacida, cuanto que delante de una mesa cubierta de manjares, un solo pensamiento tenia el poder de absorber sus facultades, las cuales parecian entonces reconcentrarse en su paladar; en su semblante solo aparecia la espresion del placer que gozaba; y en esta ocasion era mas que placer, era entusiasmo, era éstasis, que crecia á cada nuevo plato, porque verdaderamente el señor Andrés jamás habia dado pruebas tan convincentes de su alto saber en el arte de complacer á los gastrónomos.

El duque, que no se habia formado la idea de que la pasion á comer bien pudiese llegar

á aquel extremo, no se cansaba de admirar á la camarista, y aun esto fué causa de que por dos ó tres veces dejase los manjares intactos en su plato, no sin grande escándalo por parte del fondista, que al servirle meneaba la cabeza, como si dijera:

—Me he equivocado respecto á este caballero; le habia colocado en mi estimacion mucho mas alto de lo que merece.

Luego que el huésped se llevó los restos del banquete, Buckingham creyó llegado el momento de mostrarse amable; pero á las primeras palabras que pronunció, la jóven, hasta entonces entregada con alma y vida al importante acto que desempeñaba, hizo un movimiento como el de una persona que despierta con sobresalto. Hubiérase podido decir que se la hacia descender con violencia del cielo á la tierra.

Esto mismo nos sucede á todos: la pasion nos arrastra, nos domina; toda consideracion calla á la voz del deseo; nos abandonamos á los goces con embriguez; pero la saciedad nos vuelve la razon, y con la razon viene el pesar, el temor y la vergüenza.

La señorita de Grancey, que se encontraba en este caso, pronunció algunas palabras incoherentes; pero sin embargo dedujo de ellas el inglés que lo que mas la preocupaba era

el miedo de que se supiese lo que acababa de suceder, de que se hiciese pública su indiscrecion, cuyo descubrimiento era precioso para él, pues tenia andado mucho camino para llegar al fin que se proponia.

—Jamás, señorita, le dijo, jamás saldrá de mi boca una sola palabra relativa á esta noche; os empeño mi palabra de caballero de que guardaré silencio. Sin embargo, permitid que os pida un favor en cambio.

—Cuál? preguntó la camarista, mirando al embajador con inquietud.

—El domingo regreso á Bolonia, y desearia que el sábado en la noche me permitiéseis tener el honor de pagaros vuestro convite.

—¡Señor duque, ecsigir que vaya á vuestra casa!.....

—No á mi casa, sinó á un jardin que posee el señor Andrés á pocas varas de una de las puertas de Amiens.

—Aunque ese jardin puede pasar por un pais neutro, un paso semejante por parte mia,....

—Encargaré al fondista, dijo Buckingham, interrumpiéndola, que si es posible nos trate mejor todavia que está noche.

La jóven no pudo menos de sonreirse, y en seguida contestó bajando los ojos:

—Consiento.

II.

De qué manera la señorita de Ville-
aux-Clersle cortó los cabellos á un ahor-
cado y fué besada por una sombra.

Buckingham se despidió de la señorita de Grancey á las nueve y media; pero en lugar de dirigirse á su casa, se retiró al aposento que habia tomado en la del señor Andres, aunque sin duda no era su ánimo pasar en él la noche, puesto que no se despojó de su espada, ni de su capa, y se puso á pasear

con la agitacion de un hombre que espera á un cómplice.

Algunas veces se detenia y se sonreia con complacencia, y era porque reasumia lo que habia hecho durante el dia, y se congratulaba de las victorias obtenidas; y otras se arrugaba su entrecejo y sus miradas eran inquietas, lo cual probaba que pensaba con terror en que le faltaban aun tres batallas que dar, y que solo podia contar con el dia siguiente.

No tuvo que egercitar la paciencia largo rato, pues al cabo de un cuarto de hora entró en la habitacion con rostro triunfante su ayuda de cámara, Patricio O' Reilly.

El astuto bribon tenia la conciencia tan tranquila como el emperador Tito, porque no habia perdido el dia.

—Qué tenemos? le preguntó su amo. ¿Has estado en casa del diamantista de la reina madre?

—Por eso he empezado, señor.

—¿Y qué te ha dicho el honrado Samuel?

—Que el aderezo pedido para la señorita de Themines habia llegado hoy de Paris, y que, segun las órdenes que tenia de la reina madre, se lo enviaria mañana á la avara camarista con una cuenta de veinte mil francos.

—Veinte mil francos..... Bien. A qué hora?

—A las doce.

—Pues necesito estar á las diez en casa de Samuel. ¿Has visto al dueño de la en que se hospeda la señorita de Hautefort?

—Sí, señor.

—Consiente?

—En todo lo que vuestra gracia tenga á bien mandarle.

—¿De modo que mi proyecto es practicable?

—Y mucho, pues solo se trata de hacer movable un tabique, y como la señorita de Hautefort está de servicio en palacio esta noche, un par de hombres ejecutarán fácilmente la operacion.

—Tendré, pues, libre una gran parte del dia de mañana para emplearme en el resto de mis preparativos. ¿Qué noticias me traes de la señorita de Ville-aux-Clers?

—Ah, señor! ¡qué tesoro! exclamó Patricio, apareciendo en su rostro una espresion de séráfica beatitud. Diez y siete años! ¡una cintura que se abarca con una mano! ¡una cara tan linda, tan seductora! Vamos, es manjar digno de un ayuda de cámara.

—Tunante! gritó Buckingham, riéndose á su pesar del entusiasmo de su criado, ¿cómo

osas hablar en esos términos de la señorita de Ville-aux-Clers, de una persona de clase tan elevada?

—Si yo no me refiero á ella, ¡Dios me libre de tal cosa! repuso Patricio con bastante desden. La señorita de Ville-aux-Clers es alta, pálida, delgada, roja.... ¡Quitad allá! La preciosa niña á quien he elogiado es su doncella Mariquita, con quien he charlado mas de dos horas, y de quien me he separado dejándola enamorada de mí.

—Presuntoso bribon, no tienes necesidad de referirme tus conquistas de antesala; lo que quiero saber sin demora es lo que conviene á mis proyectos con relacion á esa dama.

El ayuda de cámara se acercó entonces al duque, y le habló algunos minutos en voz baja; y este último, despues de escucharle con atencion, se puso á pasear por el cuarto, meditando en el modo de sacar el mejor partido posible de lo que acababa de saber.

De pronto se echó el sombrero á los ojos, se embozó en la capa, y le dijo á Patricio:

—Sigueme.

—Volvemos á casa?

—No ahora, pues tenemos que pasar al raso una parte de la noche.

El criado hizo un gesto de terror, y repuso:

—Señor! señor! vuestra gracia no sabe sin duda que va á empezar una tormenta terrible, pues el calor es inaguantable y el cielo está mas oscuro que boca de lobo. Aun ahora, al entrar, me ha deslumbrado un relámpago y he sentido que me caian en el sombrero gruesas gotas de agua.

—No tienes capa? ¿qué nos importa la tempestad?

—Pero, señor...!

—Silencio! Sígueme.

Segun Patricio lo habia afirmado, el aire era pesado y caliente, multiplicados relámpagos cruzaban la oscuridad, y sordos rumores de siniestro augurio resonaban lejanos: la tormenta amenazaba estallar con gran violencia.

El embajador y su ayuda de cámara atravesaron en silencio varias calles de la ciudad, todas desiertas, entraron en una sucia callejuela, cuyas casas amenazaban ruina en su mayor parte, y penetraron por fin en el largo, estrecho, húmedo y sombrío portal de una casucha todavía mas deteriorada exterior é interiormente que las otras.

Permanecieron allí cosa de una hora, al cabo de cuyo tiempo salieron acompañados de

una persona, con la que se dirigieron hacia donde luego sabremos, pues ahora necesitamos abandonarlos, para trasladarnos á una casita inmediata á la catedral, la cual ha cedido su propietario á la señorita de Ville-aux-Clers por todo el tiempo que permanezca la corte en Amiens.

Dicha señorita de Ville-aux-Clers es bastante parecida al retrato que Patricio hizo de ella; sin embargo, sus facciones no carecen de nobleza ni de regularidad y tal vez seria hermosa, si la envidia, ese manantial impuro y fétido de todos los sentimientos rencorosos; esa pasión vergonzosa, que marchita, roe y devora el corazón, no hubiera impreso ya en sus descarnadas mejillas su lívida máscara y profundizado en su frente los surcos de una vejez prematura.

Esta noche, mas que nunca, su palidez es espantosa, y casi podría decirse que cesalan relámpagos sus pupilas de color leonado, profundamente sepultadas en las órbitas. Habla sola, y su voz es breve y amarga, como sus movimientos convulsivos; se sienta, se levanta, se vuelve á sentar, se levanta otra vez, y repite esta operación sin cesar. No recuerda sin duda que es llegada la hora de la cena, antes al contrario se apresura á vestirse en traje de calle, traje de color negro,

que armoniza perfectamente con los pensamientos que refleja su mirada feroz.

Por fin el reloj de la catedral deja oír doce acompasadas campanadas, y la señorita de Ville-aux-Clers se lleva la mano á su ardorosa frente, duda un instante, pero en seguida se lanza á la escalera, la baja con resolución, atraviesa el umbral de la puerta de la calle, y corriendo, cual si fuese perseguida, ó cual si estuviese loca, llega en pocos minutos á la plaza del Mercado. Allí se detiene y pasea sus miradas en todas direcciones, para descubrir á la persona que viene á buscar; pero la obscuridad es tan densa, que á diez pasos de distancia nada divisa, y no osa llamar, por temor de que la oiga algún vecino desvelado.

De pronto un relámpago desgarrá las tinieblas, y á su rápida y amarillenta claridad entrevé en el aire varias formas humanas, que balancea el viento y que producen un rumor sordo al chocar entre sí.

—No hay duda, se dijo temblando la camarista, aquí es donde esperan.

En este instante un horroroso trueno se deja escuchar; la nube se desgarrá y de su seno se escapa un torrente de granizos, que se estrella con violencia en el empedrado y las paredes, y á cuyo seco ruido se mezclan los

mujidos plañideros del viento y el rumor sordo de aquellos cuerpos, que alumbrados de tiempo en tiempo por el fuego del cielo, se asemejan á espectros que se revuelven en un baile infernal.

La señorita de Ville-aux-Clers sintió debilitarse su valor: sus rodillas se doblan, las palpitaciones de su corazón la ahogan, va á caer en tierra; pero de pronto se endereza mas fuerte, mas grande, mas enérgica.

—No! esclama, ¡mi cobardía no dará el triunfo á mi rival! ¡no, no tengo miedo! ¡llegaré al fin que me he propuesto!

La luz, aun pálida y azulada, de un brasero que acaban de encender en el centro de la plaza, le sirve de faro; camina con paso firme y resuelto, y pronto se halla delante de una vieja, que sopla un monton de carbones encendidos al pie de la horca, donde cuatro malhechores han dado la víspera el alma al Creador.

Estraña figura era la de aquella muger, alumbrada por los reflejos rojizos de las ascuas, que empezaban á chispear, apesar de la lluvia. Su descarnado rostro dejaba ver dos promitentes juanetes bajo un amarillo y arrugado pergamino; sus ojos, pequeños y redondos, como los de un mochuelo, rodeados de círculos encarnados, que hacian

las veces de párpados, desaparecían casi, ocultos por las largas, blancuzcas y cerdosas cejas; su frente era saliente y estrecha; entre su barba, partida, y su nariz, en forma de báculo episcopal, se advertía una raya entrante, en rededor de la cual la casitolal carencia de dientes habia reunido una multitud inmensa de arrugas pequeñas. Esta repugnante cabeza terminaba en su parte superior por una especie de turbante sucio y roto, del que se escapaban por detrás algunos escasos mechones de cabellos grises. Una espalda arqueada, dos brazos de desmesurada longitud é hiperbólica delgadez, manos huesosas, y un vestido, en fin, hecho con tapices viejos de figuras, completaban el conjunto de esta criatura repugnante.

La granizada habia cesado, y los truenos resonaban muy á lo lejos; mas el cielo se mantenía negro como tinta.

—Ya veis mi esactitud, dijo á la vieja la señorita de Ville-aux-Ciers, pues todos los elementos desencadenados no han podido detenerme.

La muger del turbante cesó de soplar, levantó la cabeza y contestó:

—Tres cosas necesita la criatura humana para hacer esclavo suyo al Espíritu: la fuerza de voluntad, la fé y la perseverancia.

La camarista se sonrió con altivez al replicar lo siguiente:

—No dudeis de mi fuerza de voluntad; estoy aquí, y esto os prueba que no carezco de ella; si no tuviese fe, tampoco habría venido á buscaros; y en cuanto á la perseverancia, aun cuando tuviese que emplear diez años de mi vida en conseguir lo que me propongo, no dudaría un instante en firmar el pacto con mi sangre. Apresuraos á invocar al Espíritu y á ponerme en relaciones con él.

—Pensad antes, repuso la vieja con voz solemne, en que vais á someteros á pruebas terribles, y en que cuando hayais dado el primer paso, no os será ya posible retroceder.

—¡No seais vos la que retroceda! exclamó la jóven, dirijiendo una mirada de desconfianza á la gitana. Tantas dudas me hacen dudar á mí de vuestro poder; pero temblad si me habeis engañado.

La vieja se levantó al punto, como si la hubiese picado una víbora, y de sus ojillos de buho salieron rayos de furor.

—¿Es oro lo que esperais? le preguntó con tranquilidad la camarista. Aquí leteneis. Empezad.

Así diciendo, arrojó al suelo un bolsillo, cuyo sonido resonó para la gitana mas agra-

dablemente que la música mas armoniosa. Sin embargo, manifestó la mayor indiferencia, y ni aun se bajó para recoger las monedas, sino que despues de barbotar algunas palabras ininteligibles, estendió la mano hacia el pie de la horca, luego hacia su parte superior, y gritó en fin:

—Hija de los hombres, arrimad al caldoso esa escalera que veis ahí, y lo mas cerca posible del último ahorcado.

La señorita de Ville-aux-Clers obedeció, levantando la escalera con tanta facilidad como si hubiese sido de cuerda, tal era la ec-saltacion febril que estaba apoderada de ella.

—¿Qué he de hacer ahora? preguntó en seguida.

—Tomad esto, respondió la gitana con voz lúgubre.

La jóven empuñó unas tijeras muy largas, que hubieran podido reemplazar con ventaja a una daga en caso de haberse de batir con ellas.

—Subid, añadió la vieja, hasta llegar á esa pobre criatura de Dios, que aun vivia ayer alegre y festiva, y que la mano del verdugo ha lanzado á la eternidad.

La camarista ascendió con lentitud, pareciéndole que voces lamentables gemian á sus

oidos, que alas de cuervos rozaban su rostro y que sus pies, mal asegurados, se deslizaban por los húmedos peldaños. Esto no obstante, logró sacudir su terror, y al cabo de algun tiempo le pudo gritar con bastante alteracion á la gitana:

—He llegado, y puedo tocar con el dedo al ajusticiado; ¿qué mas tengo que hacer? Apresuráos á hablar, porque, será una locura, pero me parece que veo abrirse los opacos ojos de este cadáver y fijarse en mí con espresion amenazadora.

—No seais ahora niña. Muy poco os falta.

—Y qué es?

—Cortad algunos cabellos al ahorcado, y bajadlos, dijo la vieja con voz estridente, que se asemejaba á una carcajada diabólica.

La señorita de Ville-aux-Clers miró con fija atencion á la hechicera, y sintió que se le iba la cabeza, por lo que se agarró con fuerza á la escalera, mientras que un temblor general ajitaba todo su cuerpo y hacia castañear á sus dientes.

—No me atrevo, balbuceó

—Cómo! exclamó la vieja, ¿os deteneis antes de dar el primer paso? Ah! ¡ya lo esperaba yo! ¡sois de las que se desmayan al ver que corre un raton!

—¿Pero no es un sacrilegio tocar á los cabellos de un ajusticiado?

—¡Alejaos, alma débil y pusilánime, que no se han creado nuestros tenebrosos misterios para voluntades tan frágiles como la vuestra!

—¿Y no es posible que me dispenseis de ejecutar una operacion tan horrorosa?

—No.

—¿Y yo misma he de ser?...

—Si no hay cabellos, no puede haber hechizo, y el hechizo no tendrá poder si no los corta vuestra mano.

Durante esta discucion habia bajado algunos escalones la jóven, y no sin nuevo terror se decidió á subirlos otra vez, cerrando los ojos y haciendo esfuerzos inauditos para obligar á sus miembros á obedecer á su voluntad, pues sentia que sus rodillas se doblaban bajo el peso de su cuerpo, como sucede á los que sueñan que les persiguen y que no pueden huir. A medida que se elevaba, un vértigo le hacia creer que bailaban en torno suyo las casas de la plaza, y de pronto se estremeció y arrojó un grito penetrante, porque su mano acababa de tocar el helado hombro del cadáver. La escalera vaciló, y la pobre iba á venir al suelo cuando haciendo el último y mayor esfuerzo, se aferró á este hombro y ascen-

dió un peldaño mas, que por dicha suya era el postrero. Entonces, en medio de una especie de frenesi convulsivo, subió la mano por la nuca del ajusticiado hasta la parte superior de su cabeza, tomó entre dos dedos un mechón de cabellos, le cortó, se dejó escurrir mas bien que bajó por la escalera, y cayó sin conocimiento al pié de la misma.

La gitana le arrojó algunas gotas de agua fria á la cara para que volviese en sí, y despues de conseguirlo, se apoderó de los cabellos del ahorcado, los colocó con una mezela de diversos polvos sobre las ascuas, de las que se elevó al punto una columna de humo rojizo, espeso y sofocante, en torno de la cual se agitaba la vieja como inspirada, trazando en el aire con una barita de sicomoro círculos mágicos, y salmodiando una especie de cántico, cuyas palabras, articuladas de una manera estrordinaria, no formaban sentido para la camarista.

Despues de algunos minutos calló la hechicera, pues la invocacion estaba terminada, y se siguió un instante de silencio, durante el cual la señorita de Ville-aux-Clers no pudo menos de estremecerse, esperando algun acontecimiento estrordinario.

De pronto una voz sepulcral dejó oír estas palabras:

—¿Qué me quieres, tú que has osado evocarme en este lugar maldito?

Esta voz partía al parecer del pie de la horca.

El primer movimiento de la jóven fué ceder á un acceso de terror instintivo, y huir; pero el segundo fué juntar las manos en señal de alegría, pensando que todos sus deseos iban á quedar cumplidos. Sin embargo, no se atrevía á contestar.

—El encanto ha producido su natural efecto, dijo la gitana. Consultad al Espíritu, que os responderá.

—¿Debo repetir ahora la confianza que ayer os hice? le preguntó la jóven con alguna vergüenza á la hechicera.

—Es inútil, gritó el Espíritu con voz formidable, pues el que puede leer en tu pensamiento, no necesita tus palabras. Escúchame, y dime, si es que te atreves, que me equivoque yo.

La camarista, con el rostro vuelto hácia la parte de donde salía la voz, respiraba apenas.

—En tu corazón, añadió el Espíritu, se encierran dos pasiones, que le roen y consumen noche y día, sin concederte tregua ni reposo: estas dos pasiones son la envidia y el deseo.

La señorita de Ville-aux-Clers se ocultó el rostro con las manos, avergonzada, como si los ojos de toda la corte hubiesen podido fijarse en ella en aquel momento.

—Sí, aborreces y amas, prosiguió diciendo el Espiritu; aborreces con furor y amas con delirio; aborreces á una muger, porque es mas hermosa, mas amable, mas poderosa que tú.

Un sollozo se escapó de los contraídos lábios de la jóven.

—Amas á un hombre, que lo ignora, y que nunca ha fijado la vista en tí.

Dos gruesas lágrimas corrieron por las pálidas y descarnadas mejillas de la camarista.

—Ese hombre á quien amas, continuó la implacable voz, ha puesto su corazon, su vida y su honor á los pies de la muger que aborreces, y si me has llamado, es porque cuentas con mi ayuda para vengarte y hacer que seas correspondida. No es esto cierto?

—Lo es, respondió ella muy bajo.

—¿Quieres que pronuncie nombres?

—Sí, contestó la envidiosa con voz trémula.

—Pues bien, la muger que aborreces es la mas grande señora del mundo, es la reina de Francia; y el hombre á quien amas, el duque

Jorge Villiers de Buckingham. Osarás negarlo?

A esta pregunta, la señorita de Ville-aux-Clers recobró toda su altivez arrogante.

—¿Por qué he de negar la verdad, y lo que tú sabes tan bien? replicó.

—Escucha, añadió la voz: el rey de los Espíritus infernales me ha mandado obedecerte, y durante el espacio de tres días estaré sujeto á tu voluntad; habia por lo tanto sin temor, y cualesquiera que sean tus deseos, se verán cumplidos.

—Ay! ¿tendrás poder para ello?

El Espíritu no respondió.

—¿Qué habeis dicho, desgraciada? exclamó la gitana. Otra duda como esa destruiria el encanto, el Espíritu guardaria tenaz silencio, y toda mi ciencia seria vana para evocarle otra vez. A fin de que no volvais á cometer semejante falta, quiero que ahora mismo recibais una prueba irrecusable de la estension del poder de ese que os ha afirmado será por tres días vuestro esclavo.

La vieja trazó un nuevo círculo mágico con su barita de sicomoro, y despues de arrojar al fuego otro puñado de polvos, gritó con tono de sibila:

—¡Hijo de las tinieblas, yo te ordeno que hagas aparecer á los ojos de esta muger increí-

dula la imagen del hombre que en este momento ocupa su pensamiento!

Una nube de humo se elevó al punto en forma de cortina, se estendió, adelgazándose, luego se disipó del todo y dejó ver de pie á un ser humano al lado del brasero, que esparcía una luz bastante viva.

La joven se acercó precipitadamente, y contempló la vision: no habia duda en que aquellas eran las facciones del duque de Buckingham. Perdida, jadeante, atraída por un iman irresistible, tendió los brazos para enlazar á esta sombra adorada, y... ¡oh prodigio! le pareció que estrechaba contra su pecho un cuerpo verdadero y que un beso de fuego respondia á su abrazo.

Sorprendida, aterrada, avergonzada, se ocultó por segunda vez la cara entre las manos, y cuando levantó la cabeza, la vision habia desaparecido y la voz del Espíritu resonaba diciendole:

—¿Crees ahora que puedo satisfacer todos tus deseos?

—Creo que tu poder no tiene límites, contestó con humildad la señorita de Ville-aux-Clers, y de rodillas imploro tu asistencia.

—¿No te he hecho ya conocer la voluntad soberana de mi amo? A tí te toca ordenar, y á mí obedecer.

—Pues bien; te ordeno que arrebatas á la reina esa gracia, que seduce; ese talento, que encanta; esa belleza, que subyuga. y que en lugar de todo esto le des mi palidez, mis secas mejillas, y esta fiebre que enciende mi sangre y desfigura mi rostro, haz que se apoderen de su corazon todos los celos que torturan el mio; en una palabra, que ella repugne y yo seduzca; que ella ame á su vez sin esperanza, y muera de dolor, de despecho y de impotente envidia al ver á mis pies á su ídolo, á ese hombre encantador, cuyos ojos no han de distinguir sus lágrimas, cuyos oídos no han de escuchar sus suspiros.

—¿Es eso todo lo que quieres? preguntó la voz con risa sardónica.

—¿Qué mas puedo apetecer que la humillacion de la reina y el amor de Buckingham?

—Quedarás satisfecha, si ejecutas con puntualidad lo que voy á prescribirte.

—Haré cuanto sea posible que haga un ser terrestre.

—Oye, pues, con atencion mis palabras. El sábado, á la duodécima campanada de las doce de la noche espira el poder que sobre mí te han concedido, y tres horas antes de este término, que es improrrogable, te hallarás en esta misma plaza con un talego de mijo,

que derramarás grano á grano hasta que oigas las once; entonces me llamarás; pero cuida de no verter dos granos á un tiempo, porque si tal sucediese, me fuera imposible contestarte. Cuando hallas pronunciado tres veces mi nombre, que es Belfegor, te responderé: ¿qué me quieres? y al punto verás á tus pies á tu rival dormida, á quien le tocarás la frente con un dedo, retirándote acto continuo á tu casa sin volver la cara atrás. A media noche habrá tenido lugar la metamorfosis.

En el momento en que la voz acababa de hablar, resonó un fuerte trueno, y la lluvia empezó á caer de nuevo.

—Nada tenemos ya que hacer aquí, dijo la gitana. Retiremonos.

La señorita de Ville-aux-Clers la siguió, á la vez dichosa y aterrada con el acto de atrevimiento para que habia tenido fuerzas.

Apenas las dos mugeres salieron de la plaza del Mercado, un silbido partió del pie de la horca, y á esta señal, un hombre que permanecía inmóvil en un rincon, corrió á juntarse con otro que estaba recostado en uno de los pilares del cadalso; los dos se encasquetaron los sombreros, se embozaron perfectamente, y empezaron á caminar de prisa en direccion al edificio que ocupaba la embajada de Inglaterra; el amo riéndose como un

bienaventurado, y el ayuda de cámara Patricio O' Reilly renegando como un endemoniado.



III.

En donde se verá que es económico lucir aderezos de diamantes, con tal que el diamantista sea tan político que nunca pase la cuenta.

En una habitación bastante modesta encontramos á una jóven alta y delgada, que sin duda pasaria por hermosa, á no ser porque su fisonomía tiene un no sé qué, que destruye la armonía y la gracia. Esta persona, que se halla vestida casi pobremente, es sin em-

bargo una señorita de la alta nobleza, es una rica heredera, una camarista de la reina de Francia, es la señorita de Themines, que se habia tomado tanta molestia para encontrar un alojamiento sin lujo y poco costoso, como sus compañeras en buscarlos magníficos y elegantes.

La señorita de Themines, naturalmente meditabunda y recelosa, lo estaba este dia mas que de costumbre, porque le habian dicho que se preparaba una gran reunion en palacio, y no queria esponerse á una segunda afrenta de la reina madre, Maria de Médicis. Grande era por lo tanto su perplejidad, y desde el momento en que se despertó aquella mañana, no habia cesado ni un momento de meditar en un asunto que le era tan desagradable. La lucha fué viva entre su amor propio y su avaricia, pues por una y otra parte se alegaban razones sólidas y concluyentes; pero al fin la balanza se inclinó por un momento hácia el lado del amor propio.

La camarista llamó á una robusta muchacha, que era su única criada, y luego que se halló en su presencia, le dijo:

— Maria Juana, necesito que me aconsejes.

— Señorita, ya sabeis que estoy en vuestra casa para hacer todo lo que me mandeis.

—Vamos á ver: ¿qué piensas de mi trage de corte?

—Pensaré lo que querrais.

—¿No le encuentras algo viejo, algo ajado, y no crees oportuno que me hagan otro?

—Si es eso lo que os parece á vos, á mí me parece lo mismo.

—Qué gasto! ¡cuánto dinero es necesario emplear!..... exclamó la señorita de Themines, suspirando.

—Seguramente que cuesta mucho vestirse de nuevo de pies á cabeza, dijo Maria Juana, imitando el suspiro de su señora.

—En fin, es preciso resignarse, añadió esta.

—Teneis razon, señorita: es preciso prestar paciencia.

—Sin embargo, antes de tomar un partido decisivo, ve á traerme ese vestido, que me valió tantas miradas burlonas en el último baile, y le ecsaminaré con atencion.

Maria Juana estendió con cuidado sobre una silla un vestido de tafetan azul de aguas con pabellones de raso blanco.

—A la verdad, gritó la camarista, despues de media hora de muda contemplacion, que mientras mas le considero, mas motivos tengo para creer que lo que ha causado es envi-

dia, y no otra cosa.

—Muy bien puede ser eso.

—Vamos, vamos, dejémonos de pesares inútiles, y decidámonos á reemplazarle.

Al pronunciar estas palabras la señorita de Themines, su voz y su ademan fueron tan resueltos, que la sirvienta, por no quedarse atrás, con voz no menos decidida y gesto no menos heroico, exclamó:

—Reemplacémosle!

—Sí; me mandaré hacer uno de tafetan de color de hoja seca.

—Estoy por ese color.

—Yo le prefiero porque es muy permanente.

—Es verdad; la permanencia sobre todo.

—Pero estoy pensando en que los adornos de este vestido pueden servir para el nuevo.

—¿Y quién duda eso, señorita? No solo para el nuevo pueden servir, sinó tambien para el que le siga.

—No, Maria Juana, no; se me ocurre una idea mejor.

—Pues demos de lado á la primera.

—Ecsamina con detencion este tafetan. ¿No es cierto que el azul nada ha perdido?

—Cómo perder? ¡pues si tiene el mismo

brillo que cuando salió de la fábrica!.....
Yo me veo la cara en él.

—Entonces queda resuelto: conservo el vestido, y le hago poner pabellones de raso color de rosa en lugar de los blancos.

—Ay! ¡qué bonito estará de ese modo!

—¡Se necesita tan poca cosa para que un traje usado parezca nuevo!...

—Toma! basta con mudarle cualquier friolera.

—Por eso no sé si será indispensable cambiarle los pabellones...

—No, señorita, no es preciso.

—O solo con variarle los lazos de cinta...

—Eso bastará para que crean que es nuevo, enteramente nuevo.

—¿No es verdad que sí?

—Sin la menor duda.

—Pues bien, no quiero ser testaruda, sino que tomo tu consejo: se le mudarán los lazos; es preciso hacer algún sacrificio para imponer silencio á los maldicientes.

Notando Maria Juana que á consecuencia de esta enérgica resolución tomaba el semblante de su ama una espresion menos recelosa, juzgó el momento favorable para recordarle que el diamantista Samuel debía presentarse aquella mañana con el aderezo pedido por la reina madre; pero apenas lo

hubo dicho, se arrugó la frente de la camarista, y preguntó con ansia:

—Hoy? ¿estás segura de que es hoy cuando ha de venir?

—Tan segura, que no hace mucho he recibido un recado suyo, rogandoos que no saliéseis, porque necesita probaros el collar y los brazaletes.

—Válgame Dios! ¿es posible que tenga que recibir á ese hombre, que ponerle buena cara y que pagarle?

—Señorita, lo mejor que podeis hacer es manifestarle que no os agrada el aderezo.

—Ay! ¡estoy cierta de que será del mejor gusto!.. Además, iria en seguida con el cuento á la reina madre, y sabe Dios lo que me pasaria. Ah! ¡no tendria yo que sufrir estas mortificaciones si me hubiese hallado en el Louvre cuando la presentacion del duque de Buckingham! ¡Qué hombre ese, Maria Juana!

—Es una maravilla, si se ha de creer todo lo que de él cuentan por ahí. ¿Le conoceis, señorita?

—Bailó un rigodon frente á mí en el último baile de palacio, antes de ausentarse la reina de Inglaterra, y hace unos dias le ví tambien en el cuarto de la reina madre.

—Estoy segura de que no es tan buen mozo como quieren suponer.

—Oh! mil veces mas, Maria Juana; y luego viste con tanto gusto, con tal magnificencia... El dia de su presentacion, á que desgraciadamente no asisti por hallarme indispueta, me han dicho que llevaba un justillo de raso blanco bordado de oro, y un ferreruelo de terciopelo color de ceniza, cuajado de perlas finas, las que estaban mal cosidas á voluntad, á fin de que se cayesen algunas al suelo á cada paso que daba. Se apresuraron á recogerlas y á presentárselas; pero ¿querrás creer que no las quiso tomar?

—Jesus, señorita! ¿eso sí que es lujo! Ay! ¿quién hubiera ido detrás de él!

—Me han asegurado que con estas perlas se hizo su magnifico aderezo la señorita de Fontrailles; y tal vez, á nor se por mi indisposicion, hubieran caido en mis manos, y no estaria aguardando en este momento la desagradable visita de Samuel...

La camarista fué interrumpida por un golpecito que sonó en la puerta; corrió á ella la criada, la abrió, y se dejó ver un hombre de buena presencia, aunque vestido con la mayor sencillez, que se apresuró á decir:

—Señorita, yo soy el oficial mayor del diamantista de palacio, que vengo á traeros este aderezo, el cual esperábais sin duda con impaciencia.

La señorita de Themines se mordió los labios.

—Pero os suplico que disimuleis la tardanza, añadió el recién llegado, tardanza que es muy disculpable, porque un día habria bastado seguramente, tratándose de un aderezo comun; mas como deseábais brillantes y perlas de los mas superiores, no era cosa de darlos á montar á un artifice cualquiera, sinó que se necesitaba un verdadero artista. En fin, me atrevo á afirmar que lejos de merecer reconvenciones el maestro, es digno de elogios por la prisa que se ha dado á servirlos.

—Sí, sí, no hay duda en que se ha dado mucha prisa, contestó la jóven con sonrisa amarga, maldiciendo en su interior la eficacia de Samuel, y asustada con la alabanza del mérito de las perlas y diamantes y del artista que los habia engarzado. Quedo agradecida á vuestro principal.

La certeza que tenia de que sus palabras, sus gestos y sus menores movimientos serian puestos en noticia de la reina madre, la hacia conocer que era indispensable disimularse; pero por mas esfuerzos que hacia para lograrlo, no lo conseguia: así es que no osaba mirar al que tenia delante, y con los ojos siempre bajos le mandó dejar el estuche so-

bre la mesa y entregarle la cuenta.

—La cuenta, señorita! exclamó el oficial de diamantista, fingiendo grande sorpresa. No traigo ninguna, y segun tengo entendido, no sois vos quien ha de pagar el aderezo.

El corazon de la camarista latió apresuradamente de placer á estas palabras, y sus oidos se dilataron para escucharlas. ¡Conque era aquel un regalo de María de Medicis? ¡Qué magnífica reparacion de la humillacion sufrida! A tal precio, estaba dispuesta á ser humillada todos los dias, todas las horas.

—Solo me han encargado, prosiguió diciendole el hombre, que tengais la bondad de permitir que os pruebe el collar y los brazaletes, para ver si os están bien.

—Con mucho gusto, respondió la señorita de Themines con los ojos brillantes de júbilo y la mas amable sonrisa; estoy pronta.

La metamorfosis era completa.

Cuando su mirada, intérprete de sentimientos que no podian ya comprometerla, se fijó en el enviado del maestro Samuel, la vista de este prodnjo en ella una impresion tan viva, que Maria Juana se quedó admirada de la esclamacion que dejó escapar.

El diamantista se apresuró entonces á abrir el estuche, y para esplicar á la criada el motivo de esta esclamacion, dijo:

—Ya yo sabia que una reunion semejante de piedras tan preciosas, no podia menos de escitar vuestra sorpresa.

La jóven no cesaba de examinar al oficial.

—No, no, pensaba, es imposible que me engañe, es imposible que no sea él.

Mientras mas convencida iba estando de que no se equivocaba, mayor era su confusion; y aunque no podemos manifestar con certeza la naturaleza del sentimiento que tanto la turbaba, estamos sin embago en el caso de asegurar que nada tenia de desagradable.

—Tened la bondad de poneros el collar, dijo el hombre.

La camarista se situó delante de un espejo, y se colocó el collar, que le estaba perfectamente.

—En cuanto á los brazaletes, permitidme que yo os los cierre.

La señorita de Themines presentó su brazo derecho sin el menor reparo. Este brazo terminaba en una mano muy blanca y nada fea, y el oficial de diamantista dió prueba de ser inteligente con poner en ella sus lábios.

—Qué haceis? le preguntó la dama con acento de reconvencion, que nada tenia sin embar-

go de terrible.

—Perdonad, señorita; pero el resorte estaba un poco fuerte, y como nosotros solemos valernos de los dientes, á falta de herramienta, la costumbre me ha arrastrado.

—Pues no vayais á hacerme daño, repuso la jóven; es fácil que me mordais.

Así diciendo, alargó el otro brazo, y sucedió que el resorte del segundo brazalete no estaba mas flojo que el primero.

La camarista se encontraba en una situación de espíritu imposible de describir.

—¿Quedais contenta con el aderezo, señorita? le preguntó el artesano.

—No fuera justa si no lo quedase, pues es verdaderamente una obra maestra; y dudo que á no ser la reina, nadie posea en la corte otro tan admirable, tanto por la riqueza de las piedras, como por la perfección del trabajo. Así es, añadió, bajando los ojos, que no desperdiciaré ocasión alguna de adornarme con unas joyas que me son muy apreciab'es bajo muchos conceptos.

Gracias á tener la vista fija en el suelo mientras pronunció estas palabras con voz algo mas conmovida de lo que al parecer pedian las circunstancias, no notó la sonrisa, un si es no es burlona que apareció en el rostro del oficial del maestro Samuel.

Al tratar de quitarse el collar, exhaló un grito, pues el broche, que era de grande valor, se desprendió y cayó al suelo; pero el diamantista, que se apresuró á recogerlo y examinarlo, dijo con tono propio para tranquilizarla:

—No es nada, no es nada.

—Ay! pues he creído que lo habia hecho mil pedazos.

—No, señora, no; únicamente se ha desprendido. Permitidme que vea el collar.

—Aquí le teneis. ¡Jesus, qué torpe he estado!

—El torpe lo es el artífice, pues este ari-
llo, que debiera cerrar con solidez, ni siquiera está soldado. Me llevaré el collar y el broche, y pasado mañana quedará en vuestro poder.

—Pasado mañana? preguntó la jóven con un suspiro, que demostraba le parecia demasiada la tardanza.

—Es imposible que antes quede corriente.

—Pues entonces no tengo mas remedio que esperar hasta cuando decis.

—Si no teneis inconveniente, yo mismo os le traeré.

--Bueno..... como..... gustéis, contestó la camarista, balbuceando.

—Me tendreis aquí á las.....

—No, aquí no, porque mañana me voy á vivir á palacio.

—Ah!

La señorita de Themines descubrió en el semblante del artesano la espresion de un tal disgusto, que añadió en seguida:

—Sin embargo, ahora pienso que no me bastará un dia para arreglarlo todo y que siempre tendré que dar por aquí una vuelta pasado mañana; por consiguiente, venid á esta casa.

—No haré falta á las nueve de la noche.

—De la noche!

—No estará antes concluida la compos--tura.

—Bien, venid á esa hora; pero no respondiendo de que me encontréis á mí.

—¿Y si no os hallo cómo os lo he de probar?

—Sea, pues, como quereis: á las nueve de la noche de pasado mañana me encontraréis aquí.

Buckingham, á quien sin duda el lector ha conocido tan bien como la señorita de Themines, se retiró satisfecho de su nuevo triunfo, y ella, no menos satisfecha, le dijo á Maria Juana:

—¿No es verdad que con semejante aderezo venceré á todas mis compañeras?

— Ya lo creo! ¡como que á vuestro lado van á parecer unas fregonas!

— Por lo tanto es un gasto inútil el cambiar los lazos: nada, mi vestido de corte se quedará como se halla.



IV.

De qué manera un sifio amoroso le propuso á la señorita de Hautefort que se dejase robar y convertir en sílfide.

Eran las nueve de la noche, y la señorita de Hautefort, sola en su alcoba, suspiraba, lánguidamente recostada en un sitial; sus húmedos ojos recorrían con tristeza los diversos objetos que la rodeaban, y se despedía de ellos con dolor, pues al día siguiente, para obedecer á un capricho del cardenal, iba á abandonar aquella deliciosa morada, aquel verdadero paraíso terrestre, tan propio para los dul-

ces éstasis y fantásticas meditaciones de un corazón voluptuoso. Nada tan agradable á la vista como aquellas blandas alfombras, euajadas de flores, cual una verde pradera; como aquellas transparentes y ligeras colgaduras de gasa blanca, entrelazadas con tiras de tafetan azul celeste, y que estaban sostenidas por clavos dorados, cuyas cabezas figuraban vasos llenos de ramilletes artificiales; como aquellos sillones de elegante y caprichosa forma; como aquella cama imperial, tan fresca y graciosa al par que espléndida; como aquellos cuatro espejos de Venecia, que artísticamente dispuestos, multiplicaban y extendían á lo infinito las flores, la gasa, la seda, los asientos y el lecho.

Aquella parecía ser la mansion de las gracias y los amores, y sin embargo la persona que adornó tan hechicero lugar se curaba poco de los jugueteros hijos de la blanca diosa, pues dedicaba casi todos sus pensamientos á los ángeles, que nada tienen que envidiar á los amores en punto á frescos rostros y rizadas alas: la propietaria de tantos primores era una devota muy rica, parienta de la señorita de Hautefort, que aunque vivía en una de sus haciendas en las cercanías de Amiens, tenía en la ciudad aquel oratorio, donde pasaba la cuaresma y las principales fiestas del

año, á fin de no perder ningun sermón, ni función de iglesia notable. La piadosa señora, poco inclinada á las mundanales pompas, habia consentido sin repugnancia en ceder temporalmente su paraíso á la camarista, que le convertia en templo algun tanto pagano, y se entregaba á sus profanas reflexiones entre los mismos objetos que inspiraban ideas místicas á la beata.

Repetimos que la señorita de Hautefort era presa de melancólicos pensamientos: no se apartaba de ella la idea de que iba á volver á la vida monótona que se llevaba en palacio, vida sin duda menos severa que la de las que habitan un convento; pero cuya sugestión le seria ya insoportable, después de la libertad que gozaba desde que la corte permanecía en Amiens. Sin embargo, ¿qué uso habia hecho de esta libertad? No habia pasado un solo dia, una sola hora, sin que hubiese sorprendido algun suspiro, entrevisto alguna tierna mirada, ú oido alguna amorosa declaración; mas ¿qué impresión, qué recuerdo habia dejado en su alma aquella galantería, sembrada por donde quiera que colocaba sus pies? Ninguno. ¿Uno siquiera de aquellos tributos rendidos á su belleza habia lisonjeado dulcemente su corazón, ó halagado su amor propio? Ay! no por cierto Ninguno de los mil

esclavos que se agrupaban sumisos en torno de ella, ninguno habia logrado que sus facciones se presentasen como una grata memoria á la mente de la linda camarista. Pues bien, esto, que en otra muger pudiera atribuirse á insensibilidad, ¿cómo calificarlo en la que poseia un corazon que ansiaba amar? Vamos á decirlo. Todos sus adoradores no eran por desgracia mas que simples mortales, y preocupada ella por infinitos pensamientos de ambicion, de gloria, de intriga, mortal alguno podia ofrecerle el amor que su alma anhelaba, porque lo que apetecia era un corazon desprendido de todos los cuidados terrestres, un corazon, cuya llama no se estinguiese sinó despues de una consuncion absoluta.

Vamos á referir una conversacion, que explicará mejor que nada el carácter y la creencia de la señorita de Hautefort.

Durante una tarde en la que se hallaban reunidos en los jardines del palacio de Amiens la reina de Francia, la de Inglaterra, sus respectivas camaristas y algunos cortesanos, entre los que se contaba el duque de Buckingham, se suscitó una discucion metafisica sobre el amor, y quisieron determinar el lugar que le correspondia ocupar en el cuerpo humano. Unos le colocaban en el corazon,

otros en la cabeza, y la señorita de Haute-
fort, despues de escuchar los diversos pare-
ceres, dijo:

—Pues yo no creo que se le daba fijar en
la cabeza, ni tampoco en el corazon.

—Y por qué señorita? le preguntó Buc-
kingham.

—Porque el amor debe llenar el cuerpo y
el alma del que le experimenta.

—En ese caso, repuso la reina de Ingla-
terra, loco fuera quien le buscasse en la
tierra.

—Por esa razon, añadió la camarista, yo
no espero encontrarle sinó allá arriba.

—En la region de las sílfides? dijo Buc-
kingham, riéndose.

—En la region de las sílfides, tal vez, se-
ñor duque; y no os riais, porque yo creo en
ellas.

—Oh! pues yo no.

—Esa es consecuencia natural de la insu-
ficiencia y del orgullo de los hombres: noso-
tras os encontramos tan poco perfectos, que
deseamos otra cosa mejor; y vosotros sois
demasiado vanos para querer que ecsistan sé-
res que os sean superiores.

Esta profesion de fé de la señorita de Hau-
tefort, tan poco lisonjera para el embajador
inglés, inspiró á este el deseo de vengarse,

si alguna vez se le presentaba ocasion para ello.

Volvamos ahora á la noche que nos ocupa.

Merced á la dulce claridad de cuatro perfumadas bugias, la camarista veia reflejarse en los espejos su lindo rostro, sus blancas espaldas, sus preciosas manos y sus sedosos y ondulantes cabellos rubios; y la contemplacion de semejantes tesoros la hizo pensar en que de modo alguno debian ser presa de un indigno mortal: de suerte que, separándose poco á poco de sus tristes ideas, no tardó en olvidar á la reina y á Richelieu, á la grata mansion que tenia que dejar y al fastidioso palacio en que se iba á encerrar; su imaginacion habia abandonado la tierra para viajar en los espacios aéreos; sus ojos parecian mirar, y nada veian; su respiracion era precipitada y su seno se alzaba y bajaba, movido por desiguales palpitaciones. Aquello fué un verdadero éstasis, del cual salió quebrantada, abatida, rendida de cansancio y sueño. Entonces se desnudó, apagó las luces, se metió en la cama, y quedóse dormida muy en breve, continuando el ensueño que habia empezado despierta.

Habria cosa de una hora que descansaba en brazos de Morfeo, cuando cierto ruido, que

sonó inmediato al lecho, la despertó á medias; pero sumergida en ese estado de entorpecimiento físico y moral, que no es ya dormir, aunque tampoco estar despierto, no pudo darse cuenta de qué era lo que habia interrumpido su sueño, y no hubiera tardado en volver á una completa insensibilidad, si de pronto no hubiesen llegado á sus oídos los acordes de una música tan dulce como armoniosa, que muy lejanos y confusos al principio, se fueron acercando al parecer y haciéndose mas distintos.

La señorita de Hautefort acabó de despertarse, y apoyando un codo en la almohada, levantó la cabeza y abrió los ojos; pero ¡oh prodigio! una voluptuosa media luz ilumina la pieza; el tabique del fondo de la alcoba ha desaparecido, y su mirada penetra en una sala colgada de ricas telas, adornada con flores odoríferas, y que á su cesaltada mente le parece un templo inmenso; esencias de Oriente arden aquí y allá en pebeteros de oro, y mezclan sus perfumes al de las flores; no descubre las bujías de donde parte la luz, y los globos de alabastro que las encierran, temperan su esplendor, cambiándolo en una claridad dulce y uniforme.

Esta música celestial, estos embriagadores perfumes, esta dudosa luz obran podero-

samente en la señorita de Hautefort, introduciendo al propio tiempo la exaltación en sus sentidos y la turbación en su corazón.

—¿En dónde estoy? preguntó en alta voz. ¿Quién me ha conducido á este delicioso parage?

—No has salido de tu cuarto, respondió á su oído una voz tan dulce, que le pareció á la camarista que era imposible partiese de una boca humana.

Inesplicable turbación se apoderó de ella. ¿Era alegría, era terror lo que experimentaba? No hubiera podido decirlo. Permanecía inmóvil en la postura que había tomado, guardando silencio y osando apenas respirar, pues tal vez no era aquello mas que una ilusión, y temía hacerla desvanecer con un movimiento, con una palabra, con un soplo, por ligero que fuese.

La música volvió á debilitar sus sonidos, pareciendo alejarse, y la voz añadió con mayor dulzura todavía.

—¿He tenido la desgracia de disgustarte con hablar? Ay! hubiera debido contentarme con el placer de contemplar tus facciones, amable hija de los hombres, y no esponerme á tu cólera con la indiscreción que te ha descubierto mi presencia.

—Vuestra presencia? Pues aunque os ci-

go, en vano os buscan mis ojos, y casi creo que soy juguete de un sueño.

—No, no alucina un sueño tus sentidos, sinó que estos perfumes, estas flores, esta música, todo es real.

—Pero quién sois? ¿cómo es que estais aquí? ¿por qué no os veo? Todo lo que me rodea es prodigioso, y persisto en creer que hasta vuestra voz es una ilusion.

—¡Oh la mas hermosa y la mas amable de las mortales! ¿no has oido nunca hablar de los séres que son mas que los hombres y menos que Dios, que viven entre la tierra y el cielo, que tienen una pasion comun con la criatura humana, que es el amor, un privilegio de la divinidad, que es la inmortalidad, y cuyo amor es inmortal, como su existencia?

—Los silfios! exclamó la jóven.

—Sí, soy un silfio un hijo del aire, y mi poder y mi naturaleza te esplican como he podido introducirme hasta cerca de tí y por qué tus ojos no pueden verme. Si ahora quieres saber qué objeto me trae, te diré que es el amor.

—El amor!

—Ay! sí. Un dia que con algunos compañeros me ocupaba en nuestros juegos ordinarios en las regiones superiores, volé con gran

rapidez para escapar á la persecucion de uno de ellos, y vine á tocar en la tierra, á la que jamás me habia acercado. Halléme en un magnifico jardin con infinitas flores, que me recordaron por sus brillantes colores el arco iris, al mismo tiempo que me embriagaban las gratas emanaciones con que embalsamaban el aire. Revoloteando de rama en rama, de cáliz en cáliz por aquel lugar encantador, del que no podia resolverme á apartarme, llegué á una fuente, cerca de la cual habia sentadas varias hijas de la tierra, todas bellas; pero entre las que descollaba una, como la rosa entre las demás flores, y para contemplarla me olvidé del hermoso jardín, de las frescas sombras, de los suaves perfumes; me olvidé de mi celeste mansion y de mis hermanos; me olvidé de todo, pues verla fué amarla.

—¿Vos, hijo del aire, amar á una hija de la tierra? ¿no es ese un amor insensato, que no puede existir?

—Cuando se consulta con la prudencia, ya el amor ha tomado posesion de nosotros, y por lo tanto es demasiado tarde. Por otra parte, nuestras leyes no son implacables, sino que nos permiten hablar á los hijos de la tierra, y aun nos proporcionan medios de ballar la dicha en nuestra pasion, haciendo que seamos correspondidos. Para adquirir el dere-

cho de manifestarnos al objeto que nos ha seducido, nos basta suscribir á una condicion.

—A cuál?

—Despues de haber abierto nuestro corazon á la belleza que nos ha cautivado, si admite nuestro rendimiento, debemos hacerle dos proposiciones, y de su eleccion depende irrevocablemente nuestra suerte.

—Mucho escitais mi curiosidad. ¿Qué proposiciones son esas?

—Amaros sin solicitar vernos, exigir que nos presentemos bajo una forma visible antes de quedar obligadas á darnos su cariño.

—Pues si yo tuviese que hacer esa eleccion, es seguro que querría ver antes de obligarme.

—Y entonces el pobre sillio se manifestaria bajo una forma humana, que habria de conservar, perdiendo el poder y la inmortalidad.

—Ah! en ese caso no haria tal eleccion, se apresuró á añadir la señorita de Hautefort, porque no querría pagar tan fino amor con tan negra ingratitud. Pero sepamos qué sucede si se consiente en amar sin ver.

—Si consiente en eso la hija de la tierra, su cuerpo muere, y su alma, llevada en alas del sillio al reino de los génios, se transforma

en sílside, para abandonarse por siempre jamás á los trasportes de un amor inmortal, como ella.

—Pues no hay duda en que si el sílfio es dichoso de ese modo, no lo es menos la hija de la tierra. Ah! si ha habido mugeressometidas á esa prueba, estoy segura de que se habrán resuelto sin vacilar á ofrecer su cariño á ciegas.

—Todas han querido ver antes de amar.

—Pues yo juro que... ¿Pero qué iba á decir? ¿á qué hacer un juramento, que nunca se me presentará ocasion de cumplir?

—¿A qué crees entonces que he venido? preguntó la voz con ternisimo acento. Sí, encantadora hija de la tierra, tú eres la que me ha hecho olvidar mi celestial morada; tú la que has encendido en mi pecho una llama, que no puede ya apagarse; sin ti el poder me es inútil y la inmortalidad me abruma, y contigo hallaré placer en padecer y morir. Habla ¡oh amada mia! sácame de la mas cruel perplejidad; acepta sobre todo mi amor, y luego condéname si quieres á la triste condicion de los hombres; ¡qué me importa, con tal que me vea una hora siquiera amado de ti!

—Oh! ¡no, por cierto! exclamó la camarista, sin poder contenerse; mi cuerpo será el que muera.

—Qué escucho! ¿será cierto?

—Te lo juro.

La música continuaba; mas solo se oían algunos acordes debilísimos y muy dulces, como acentos que venían del cielo. De pronto se apagaron las luces, la señorita de Haute-fort se encontró rodeada de tinieblas, al mismo tiempo sintió que un ligero soplo acariciaba su rostro, después, que dos labios tocaban á los suyos, y después no oyó ni sintió nada más.

—Querido silfio, dijo, pasados algunos instantes de espera, ¿por qué este silencio? ¿por qué esta obscuridad? ¿me] has abandonado ya?

—No me he apartado del lado tuyo, le contestó la voz.

—Pues bien, ¿á qué esperas para llevarme? ¿no has recibido mi juramento? Ah! ¿no sabes cuánto ansio abandonar esta tierra, donde el amor es una mentira!

—Tu deseo quedará muy pronto satisfecho, pues voy á dejarte para ir á dar conocimiento de tu eleccion al rey de los genios, y pasado mañana estaré de vuelta, puesto que debo dejarte dos dias para reflexionar. Sí; pasado mañana debes hallarte aquí luego que el sol se ponga, y cuando sean las nueve, me llamarás una vez, recapacitando en seguida to-

dos los pesares que han afligido tu existencia terrestre; á las diez me llamarás dos veces, y acto continuo meditarás en cuantos instantes de felicidad han embellecido tu tránsito por la tierra; á las once me llamarás tres veces, y comparando los goces con los tormentos, decidirás si has de sostener ó romper tu promesa; á las doce te acostarás, y yo vendré á devolverte tu palabra, ó á llevarte á las regiones del éter, segun sea tu decision. Ahora debo advertirte que si faltas en lo mas mínimo á cuanto acabo de prescribirte, á media noche, te encuentres, donde te encuentres la muerte hará presa de tí, y tú y yo seremos sumergidos por toda la eternidad en las tinieblas de las profundidades de la tierra, porque asi lo quiere el todopoderoso rey de los genios.

La voz calló, y esta vez fué para no dejarse oír mas, á pesar de que la joven trató de prolongar una conversacion, que tan de su agrado era; pero los mas deliciosos pensamientos cruzaron por su mente hasta el momento en que el sueño volvió á cerrar sus párpados.

Al dia siguiente se despertó muy tarde, y al pronto no recordó sinó de una manera muy vaga y confusa lo que le habia sucedido durante la noche; pero sus ideas se fueron aclarando poco á poco y se iban presentando una

á una á su imaginacion todas las circunstancias de su conversacion con el sílfio: el encanto de su voz, que vibraba todavia en sus oídos, el perfume de las flores, la suave música, cuyas deliciosas melodías creia escuchar aun, la declaracion amorosa que le habia hecho el hijo del aire y el juramento que ella le prestó.

—Mas ¿cómo podia creer en tales prodigios, mácsime cuando no habia quedado rastro alguno de ellos? La habitacion se ballaba en el mismo ser y estado que la vispera, sin la mas pequeña diferencia; por consiguiente era un sueño el que habia tenido, sueño bien hechicero, que debia olvidar. No sin lágrimas en los ojos se resolvia ya á perder toda esperanza, cuando descubrió una rosa al pie de la cama, una enorme rosa contrahecha, pero tan bien imitada, que la creyó natural hasta el punto de que quiso llevársela á la nariz para aspirar su perfume; mas apenas la hubo tocado, abriéronse los pétalos y dejaron ver en el corazon de la flor estas palabras, escritas con polvo de diamante en fondo de oro: «Hija de la tierra, no olvides la hora de la cita.»

Al punto la alegria brilló en sus ojos, abatidos un momento antes, y sus pálidas mejillas se coloraron de un encendido carmin.

—¿Conque no ha sido un sueño? se preguntó á sí misma, loca de júbilo. Ah! ¡bendita seas, rosa divina!

Despues de besar repetidas veces los caractéres trazados en el seno de la flor, añadió:

—¡Olvidar la hora de la cita! ¿es acaso posible, cuando se trata de un amor que no tendrá término?



V.

Preparativos.

Ya sabemos que Buckingham habia quedado enteramente victorioso, y como á la señorita de Angennes no le ocultó ninguna de sus estratagemas, la reina tampoco tardó en conocer las aventuras de seis de sus camaristas, de las cuales se riyó mucho con la séptima.

El dia fijado para la entrevista habia llegado al fin, y no era de temer que ninguna

de las lindas espías del cardenal pudiese estorbarla, pues á la hora prescripta todas debían estar fuera de palacio; pero tambien los criados inferiores se hallaban alerta, y si estos no podían penetrar en las habitaciones interiores, nadie ponía el pie en ellas sin sufrir antes su ecsámen, tanto mas temible, quanto que eran adictos á Richelieu, al que debían sus empleos.

Entre todos los servidores de la reina, solo podia esta contar con dos que le fuesen adictos: el gefe del guarda-ropa, Laporte, que á la sazón estaba en Bolonia, y el ayuda de su cámara, Bertin, que es á quien se dirigió la señorita de Angennes.

—Señor Bertin, le dijo con voz melosa y dulce sonrisa cuando halló ocasion de hablarle á solas, sois el único á quien puedo hacer ciertas preguntas que me interesan, y aunque no se os escapará el objeto á que se encaminan, es demasiado conocido vuestro afecto á quien me envia para que tema una indiscrecion. No se duda que se puede tener en vos ciega confianza; pero como hay secretos que es peligroso poseerlos, y acciones que comprometen mas todavia, no quiero haceros tomar parte por sorpresa en un negocio que podrá tener consecuencias terribles, y ante todas cosas os prevengo que al responderme

y al servirme en lo que tal vez ecsigiré de vos, correreis riesgos inmensos. Ahora bien, sinó os resolveis lo primero á pasar por ellos, no añadiré ni una sola palabra mas.

—Señorita, respondió Bertin con tranquilidad, sospecho por vuestras palabras que se trata de servir á una persona por la cual verteria con gusto hasta la última gota de mi sangre. Hablad, pues, sin temor, y no hagais para nada mérito de esos peligros, los cuales me proporcionarán el acrisolar mi lealtad y afecto sin límites.

—Bien! empiezo en ese caso mi interrogatorio. ¿De qué medio os valdriais para introducir en palacio á cierta persona sin ser vista de nadie?

—Si esa persona ha de penetrar hasta las habitaciones interiores, la cosa es imposible.

—Y en el jardin?

—Es mas practicable, aunque tambien muy difícil.

—¿No se podrían escalar las tapias?

—Tienen demasiada elevacion.

—¿No teneis la llave de la verja grande?

—La tengo; mas no puedo hacer uso de ella á la vista del portero, cancerbero intratable, que aunque tuerto como un ciclope, ecsamina minuciosamente cuanto entra y sale,

personas y efectos.

—Entonces no sé porqué habeis dicho que era posible, aunque difícil, penetrar en el jardin sin ser visto...

—Es que vos no teneis noticia, y yo sí, de cierta puertecilla verde, oculta tras un grupo de avellanos, y situada al fin de una calle de árboles húmeda y solitaria, que llaman la alameda de las Víboras.

—Ah! ¡gracias, gracias, señor Bertin! ¡me volveis el alma al cuerpo! ¿Y sois vos quién guarda la llave de esa preciosa puertecilla?

—Desgraciadamente no, señorita, la tiene el portero.

—¡Pues entonces estamos perdidos, exclamó la camarista, pues decís que es incorruptible!

—Como que es un cõllon, que sabe que el cardenal le mandaria aborcar si faltase á la consigna.

—¿Y no se le podria quitar? Ya veis, bien puede perderla, y nosotros, favorecidos por la casualidad, encontrarla.

—¿Con cuánto tiempo contamos?

—De aquí á la noche.

—Bien poco es para que la casualidad se nos muestre favorable.

—¿Os habeis propuesto desesperarme, señor Bertin?

—Pero mas que suficiente, añadió el ayuda de cámara, para que un artífice hábil haga otra llave, llevándole el ojo de la cerradura en cera, lo cual tendrá la ventaja de no despertar sospechas, como indudablemente las daria la desaparicion de la que conserva en su poder el tuerto.

—Ay! eso es hablar en regla, amigo, y no puedo menos de confesar que sois un cómplice maravilloso. ¿Y quién ha de sacar la marca?

—Bah! cualquiera posee un pedazo de cera.

—¿Y quién ha de buscar el cerragero?

—Yo me encargo de ello, apesar de que no es fácil encontrar uno desocupado, pues desde que la corte está en Amiens, no les bastan manos para trabajar, en razon de que todas las damas de la real comitiva están de continuo mandándoles componer cerraduras y hacer llaves nuevas.

—Os perdono el epigrama en gracia á vuestra fidelidad, señor Bertin. Solo una cosa me resta preveniros, y es que á las nueve en punto se ha de abrir la puertecilla.

—Seré esacto, señorita.

Al propio tiempo que tenia lugar el precedente diálogo entre Catalina de Angennes y el ayuda de cámara de la reina, otra conver-

sacion se sostenia en el cuarto del portero de la verja del jardin, que coincidia de un modo singular con aquella.

El conde de Rochefort, calzado de botas y espuelas y empolvado de pies á cabeza, cual un hombre que se apea de un caballo despues de un largo viage, habia entrado en la habitacion del portero, y llamándole á parte, le decia:

—Señor Guillermo, se os recomienda la mas rigurosa esactitud en el cumplimiento de las órdenes que voy á daros de parte de su eminencia, á la que habeis de mezclar la discrecion.

—Señor conde, soy mudo como un veneno, y obediente como un criado de verdugo, contestó con humildad el portero

—Esta noche no abandonareis vuestro puesto ni un solo minuto.

—Nunca le abandono, señor conde; pero lo que es esta noche, aun cuando vea robar á mi muger á diez pasos de mí, seguro está que me mueva para darle socorro.

—Además se os previene que esteis solo en la verja.

—Solo? repitió Guillermo con alguna perplejidad.

—Dudais? le preguntó con sorpresa Rochefort.

—No, señor conde; pero quisiera saber si no puede acompañarme mi gato Nené, del que nunca me separo, pues es mi mas fiel compañero.

—Bueno, dijo Rochefort, riéndose, puedes conservar al gato en tus brazos con tal que no maulle.

—Pues estad seguro de que me pegaré á la verja al anochecer, y no dejaré el puesto hasta que amanezca.

—No tendrás que esperar tanto.

—He de armarme?

—Es inútil. Dos caballeros envueltos en sus capas y con el sombrero echado á la cara, se presentarán á la puerta, y les pediréis en voz baja la contraseña, señor Guillermo.

—Corriente, y así que me la den...

—No pronunciarán ni una sola palabra.

El portero se quedó admirado y con la boca abierta.

—Pero uno de ellos, añadió Rochefort, se llevará á la boca el dedo índice...

—De qué mano, señor? ¿el de la derecha, ó el de la izquierda?

—Cualquiera de los dos. Amigo, esa pregunta me hace conocer que habeis nacido para ser portero.

—Muchas gracias, señor conde, contestó Guillermo, muy satisfecho.

—Oh! eso se conoce solo con miraros á la cara. Pero sigamos las instrucciones. Cuando uno de los dos caballeros haya hecho la seña de que os hablo, abrireis la verja, y les dejareis entrar; mas guardaos de pronunciar ni una sola palabra, ni de querer conocerlos.

—¿Y qué hago luego que estén dentro?

—Lo que os parezca, siempre que no os apartéis de la puerta, pues cuando se presenten de nuevo, se la habeis de abrir para que salgan sin esperar á que os lo manden.

—¿Aun cuándo no repitan lá señal del índice?

—Sin duda no la repetirán. ¿Creeis acaso que son farsantes, que no tienen otra cosa que hacer que el divertiros con pantomimas? No olvidéis que no han de hablar, ni dejarse ver el rostro, puesto que no quieren sepais quienes son.

—Oh! muy bien podrian fiarse de mi reserva.

—Se fian, buen Guillermo, y aun para que no les quede la mas mínima duda en este punto, quieren ponerlos en la imposibilidad de faltar á ella.

El portero no comprendió muy bien este razonamiento maquiavélico; pero le tomó por un elogio, y replicó:

—Señor conde, quedarán contentos de mí.

—Ea! pues ahí teneis una gratificacion de diez duros por vuestra velada de esta noche, y mañana recibireis doble cantidad por vuestro silencio.

Dicho esto, el conde volvió á montar á caballo, le metió espuelas, y desapareció.

A la caída de la tarde, la reina, despues de dar un paseo por el parque, se habia sentado en un parterre que se hallaba al pie del palacio, y de pronto manifestó que se sentia indispuesta, sin duda á causa del calor, que era con efecto sufocante. A esta declaracion, las camaristas, que estaban agrupadas en torno suyo, palidieron todas, pues se imaginaron que S. M. iba á csigirles que la acompañasen largo rato, ó quizás toda la noche, y ya sabemos que esto no entraba en el cálculo, ni tampoco en el deseo de ninguna de ellas: asi es que, aunque cada una ignoraba el pensamiento de las demás, todas hicieron el mismo gesto de disgusto, escepto, como supondrá el lector, la señorita de Angennes, y este gesto fue tan lastimero y visible, que la reina y su confidente, únicas de las presentes que estuviesen en el secreto de aquel maravilloso conjunto de dolor, tuvieron que violentarse mucho para no soltar la carcajada; pero Ana de Austria disimuló lo mejor que pudo, y exclamó con voz quejumbrosa:

—Válgame Dios! ¿qué será esto que siento? ¡Me parece que mi alma se desprende del cuerpo, y que me están destrozando todos los miembros!

—Pues sin embargo, señora, repuso la primera la señorita de Ville-aux-Clers, nunca he visto á V. M. con mejor semblante que en este momento.

—Oh! las apariencias son casi siempre engañosas, contestó Catalina de Angennes.

—¡Es terrible cosa, dijo la señorita de la Rochefoucauld, que una reina ha de estar mala y sufrir, lo mismo que una cualquiera!

—Tal vez S. M. habrá comido hoy demasiado parcamente, añadió la señorita de Grancey, pues como es día de vigilia y no ha venido pescado, habrá tenido que contentarse, como todas nosotras, con legumbres y fruta. Por esta razón yo tampoco me siento buena..... me dan unos mareos.....

—Etais delicada, hija mia, respondió la reina con una sonrisa casi imperceptible: sentaos, que os lo permito.

La señorita de Liancourt no podía contener su impaciencia, y sus piesecitos golpeaban con rabia la tierra, al mismo tiempo que sus sonrosadas uñas arañaban el vestido que llevaba puesto.

—Si S. M. quiere seguir mi consejo, dijo,

lo que debe hacer es meterse en la cama y quedarse sola, pues el silencio y el descanso es el mejor remedio para lo que padece. Veo muy pálida á S. M., y esto me prueba que lo que la ha dañado es la electricidad de que está cargada la atmósfera: estoy segura de que tendremos esta noche una tempestad horrorosa; dígalo sinó el horizonte, que ya se cubre de nubes negras. Si fatigamos á S. M. con nuestra conversacion, no hay duda en que va á pasar muy mala noche.

—Oh! sí: el descanso es el mejor remedio, repuso la señorita de Hautefort, el descanso con dulces ensueños, en medio de suaves olores; y aun puede decirse que es la felicidad suprema.

La reina tuvo piedad de las pobres jóvenes, y no quiso prolongar su angustia por mas tiempo: así es que dijo:

—Sí, sí, teneis razon; el aire y el ruido me fatigan; me molesta hablar, y aun oir hablar.

Seis sonrisas de satisfaccion aparecieron en los rostros de las seis camaristas. Ana de Austria añadió:

—Voy á retirarme á mi cuarto, y os ruego que me dejéis sola con Catalina, cuyos cuidados me bastarán.

Estas palabras produgeron un efecto má-

gico. La señorita de Ville-aux-Clers se despidió de su augusta ama algún tanto compadecida de su sufrimiento; la señorita de Grancey, tan alegre como si hubiese comido cuatro veces aquel día, se retiró la primera, sin que la señorita de la Rochefoucauld pensase en refunfuñar porque no la había cedido el paso; la tierna señorita de Hautefort, muy distraída con la idea de su próxima dicha celestial, le pisó el vestido á la señorita de Liancourt, sin que esta se incomodase por tal cosa, y hasta la señorita de Themines se dejó olvidados en el parterre, tal fué la prisa que se dió á marcharse, sus guantes perfumados con botones de oro cincelados, y unas pulseras de amatistas, regalo misterioso y reciente, que se había quitado para que las admirase su compañera la envidiosa señorita de Ville-aux-Clers.

Todas estas jóvenes se apresuraron á ganar sus cuartos, y en seguida, con el disfráz que á cada una le pareció mejor, se dirigieron con ligeros pasos, palpitándoles el corazón de esperanza y procurando no ser vistas, al sitio que tenía designado cada cual.

VI.

El rey y el cardenal.

Al mismo tiempo que las seis camaristas se alejaban en diversas direcciones de palacio, dos caballeros se encaminaban á él, tomando no menos precauciones que ellas tomaron para no ser conocidos: embozados en sus capas y con los sombreros echados á la cara, elegían las calles menos frecuentadas, y hablaban en voz baja.

—Señor cardenal, decía uno de ellos, me haceis viajar de una manera estraña, y momentos hay en que no puedo menos de avergonzarme.

—Porqué causa, señor? preguntó el otro.

—Porque tanto en el fin que nos proponemos, como en los medios de que nos valemos, todo con arreglo á vuestros consejos, hallo que nuestra dignidad tiene motivos para resentirse.

—Señor, semejantes principios no convienen sinó á los débiles y tímidos, que gustan ver flotar siempre entre ellos y la verdad el velo de la ilusion.

—Esa frase, señor cardenal, parece robada á Mr. de Chapelain, replicó con alguna ironia el disfrazado rey de Francia, y quisiera que descendiéseis de las cumbres líricas, porque lo que es yo no he sabido nunca alinear versos, como mis abuelos Carlos IX y Francisco I. ° Hablemos, pues, en prosa francesa. Decidme: ¿no es portarse como un zapatero el acechar uno á su esposa para sorprenderla en fragante delito?

—Si los zapateros se sirven de medios conducentes, repuso Richelieu con ese acento breve, absoluto y rígido, que tanto imperio tenia sobre el monarca, no sé porqué razon los reyes no han de imitarlos.

—Sin duda..... sin duda..... Sin embargo, creo que hubiera hecho mejor en resistir á vuestras instigaciones.....

—A mis instigaciones? exclamó con aspe-

reza el cardenal. Ah! ¡al fin lo habeis dicho! Teneis razon, señor: los reyes se hallan dominados por otras ideas que los artesanos, pues los primeros se quejan de que les insten á defender su honor, al paso que los segundos matarian al que quisiese impedirles que tomasen venganza de la infamia que les arrojan al rostro. Un rey es tan glorioso, tan poderoso, está tan elevado, que no debe ver á los enanos que le desafian, que le escarnecen, que le insultan á cara descubierta; un rey es una estatua de bronce, á quien el escultor celeste ha juzgado inútil dar un corazon, y cuya espada no sabe castigar una ofensa. Yo soy sacerdote, señor, y sin embargo he sabido llevar la coraza sobre la sotana, y sacar el acero en servicio vuestro. ¡Soy mas feliz que un rey!

—Vuestra eminencia es belicoso, no hay duda, contestó Luis XIII, conmovido y turbado con aquel llamamiento hecho á su valor; pero no creo que hayais visto nunca al rey de Francia ocultarse detrás de vos cuando ha sido necesario que cargue al enemigo á la cabeza de sus denodados mosqueteros.

—Señor, mi celo por vuestros intereses me ha llevado demasiado lejos, dijo con gravedad Richelieu, satisfecho del efecto producido por sus palabras: todo el reino conoce vuestro

valor caballeresco; pero no he sido dueño de mí cuando os he visto dudar en hallar un culpable en ese insolente Buckingham, en ese maton jactancioso, enchido de arrogancia y vanagloria, amante del brillo y del escándalo, deshonra personificada de todas las mugeres, maniquí de oropel, que no guarda una idea política en su vacía cabeza, y que cree atemorizaros á vos, al mas grande rey del universo.

—Atemorizarme á mí! exclamó el soberano, estremeciéndose y sintiendo que un sudor frio bañaba su frente.

—Tal es su esperanza, señor.

—Vamos mas de prisa, dijo el rey, uniendo la accion á la palabra. Sin embargo, señor cardenal, ¿estais bien cierto de lo que me habeis afirmado? ¿no hubiera sido mejor esperar á una ocasion mas favorable?

—Esperar! esperar siempre! replicó Richelieu con voz amarga, dominado por su odio á Buckingham y su ardiente deseo de vengarse de los desprecios de la reina. Mientras que V. M. espere, las conspiraciones se prepararán á placer; las alianzas con el estrangero se terminarán ocultamente; crecerá el número de los descontentos; ganarán hasta á vuestros servidores; harán llegar un ejército español hasta las mismas puertas de

París; en fin, el rey de Francia tendrá que pasar por la vergüenza de ver que la Inglaterra y la España le imponen la ley. Sí, señor, porque no se trata solo de atacar vuestro honor de marido, hay por medio nada menos que una traición de estado.

—Señor cardenal, replicó el rey, cada vez mas aterrado con la siniestra perspectiva que le presentaba á la vista su ministro, no mezclemos la política con los negocios de mi familia; no añadamos el fastidio al ridículo que me preparan vuestras sospechas, que tal vez carecen de fundamento.

El que en este momento hubiese podido ver el rostro de Richelieu, se habria admirado de la espresion implacable y burlona que apareció en él.

—¿Quién os ha insinuado que mis sospechas son erróneas, señor? preguntó con imperio.

Sorprendido Luis XIII, en vano buscó una respuesta evasiva; se sonrojó, como un colegial á quien pillan cometiendo una picardiguía, y acabó por contestar:

—La reina madre me llamó á parte, el otro dia, y me dijo que mi esposa no era cómplice de modo alguno en las locuras del duque; pero que aun cuando hubiera deseado faltar á lo que á mí me debe, habia estado siempre

demasiado guardada para haber podido obrar mal.

—Y V. M. habrá encontrado esas palabras muy alhagüenas y muy propias para tranquilizar al marido: ¿no es cierto, señor?

—Yo hallo muy fundada la opinion de la reina madre, porque el embajador de Inglaterra no creo que se halla encontrado nunca á solas con la reina. ¿Sabeis algo en contra de esto?

Richelieu acortó el paso y guardó silencio.

—Ya veis como vos mismo convenís en ello, añadió el rey, mastranquilo y frotándose las manos una con otra.

—Señor, dijo de pronto el cardenal, deteniéndose del todo, no hay duda en que fué espléndida y magnífica la fiesta que en vuestro obsequio tuvo en su casa la condestable madama de Chevreuse, esa señora de tanto talento, atrevida é intrigante como un demonio, aunque bella como un ángel.

—¿Y á qué viene eso ahora? preguntó el rey admirado.

—Para mudar de conversacion, señor, puesto que la anterior no era de vuestro agrado. Me acuerdo que en dicho baile os ví con grande placer aplaudir á cierto máscara, que tomaba parte en una danza de diablos,

cuya música habia compuesto V. M., y que ejecutó un solo con admirable ligereza y precision. Señor, vos sois tan buen músico como yo mal poeta: así es que aun cuando las muestras de aprobacion de la reina se unieron á las vuestras, sin duda era la música la que aplaudia S. M.

—Con efecto, llamó mi atencion ese mascar, que bailó con infinita gracia.

—¿Y no preguntó V. M. quién era á madama de Chevreuse?

—No soy tan curioso como vos, señor cardenal, y desde luego supuse que seria uno de de nuestros diez y siete peligrosos. ¿Vais vos á nombrármele ahora?

—Yo no quito las caretas, señor. Seguramente que aquella noche caminó la reina de sorpresa en sorpresa: se apartó de V. M. para dar un paseo por el jardin, agarrada del brazo de la condestable, y apenas habia andado veinte pasos, cuando un jóven y apuesto jardinero fué á presentarle con una mano una cesta de fruta y con la otra un ramo de flores; S. M. tomó este último, no sin que su mano tocase la del jardinero, que le dijo algunas palabras al oido. Entonces vuestra augusta esposa, segun me ha referido la señorita de Ville-aux-Clers, que tambien la acompañaba, hizo un gesto de sorpresa, se

sonrojó y se alejó con apresuramiento.

—¿Y cómo no mandó prender á aquel hombre y castigar su insolencia? preguntó Luis XIII con voz alterada.

—Sin duda S. M. tuvo esa intencion; pero el jardinero desapareció tan pronto, que no hubo lugar para ello. Vuestra esposa, señor, se hallaba cinco minutos despues á la entrada de una gruta habitada por un mágico, y ligera é impresionable, como lo son todas las mugeres, ya habia olvidado al jardinero y solo pensaba en que le dijese la buenaventura el adivino. Este la tomó la mano, inspeccionó sus rayas, y... ¿lo creereis, señor? tales cosas la predijo, que la reina, turbada, trémula, desatinada, estuvo á punto de desmayarse, y se dejó caer en los brazos de la señorita de Hautefort. Entonces madama de Chevreuse le hizo señas al mágico para que se retirase, y este obedeció.

—¡Es singular lo que me contais! exclamó el rey, echando á andar maquinalmente y arrugando el entrecejo.

—Pero lo mejor de la funcion, prosiguió Richelieu, fué la escena del gran mogol.

—Lo que es en eso no hay misterio alguno, dijo el monarca con satisfaccion, pues los incas, los sofis y los kanes de Oriente que iban á rendirme homenaje, eran los prínci-

pes de las casas soberanas de Francia que yo habia designado, y puedo nombrarlos: eran los duque de Lorena, de Rohan, de Chabot, de Bouillon y de la Tremouille.

—¿Pero podrá V. M. nombrar tambien al personage de la corte que se encargó del papel de gran-mogol?

—Lo sabeis tan bien como yo, contestó el rey á quien hacia sonreir el semblante adusto que ponía el cardenal; fué el estravante que ha muerto al baron de Luz y á su hijo, el brillante caballero de Guisa, hermano menor del duque de Chevreuse. Me acuerdo muy bien de que se presentó con mas piedras preciosas en su traje que si hubiese robado las joyas de media docena de coronas, que hizo una entrada triunfal, que bailó y cumplimentó con tanta galantería á la reina, que cuando nos sentamos á la mesa para cenar y despues que mandé quitarse las caretas, no pude menos de felicitarle por lo mucho que se habia lucido.

—Pues el caballero de Guisa hizo mal en admitir las felicitaciones de V. M., replicó con frial ad Richelieu, porque os engañaba, señor, porque no era él quien habia bailado y cumplimentado á la reina con el disfraz de gran mogol.

Luis XIII se estremeció.

—Dadme pruebas de eso! gritó; ¡pruebas quiero, señor cardenal, para tomar la mas ejemplar venganza!... ¿Quién osó burlarse de mí, favorecido por Mr. de Guisa?

—Un sugeto que le habia prestado tres mil duros para hacerle su cómplice. Lo sé por la señorita de Liancourt, á quien el vizconde de Candeille, íntimo amigo del caballero de Guisa, se lo confió. Este último solo fué gran mogol durante la cena; ¡pero qué quiere V. M.! es un jugador endiablado y hombre con mas deudas que cabellos, y como la suerte le habia sido fatal en aquéllos dias, no sabia como procurarse dinero y un traje digno de su papel, cuando un personage desconocido le llevó un talego con tres mil duros y la pedrería que tanto deslumbró á V. M.

—Oh! ¡yo sabré arrancarle á Mr. de Guisa el nombre de ese desconocido, aun cuando tenga que mandarle dar tormento!

—Pues no fué ese el solo incidente digno de llamar la atencion en la tal fiesta, añadió Richelieu: tuvo quinto acto...

—Como vuestra tragedia *Mirama*, repuso el soberano, que gustaba de lanzar epigramas á su ministro sobre sus pretenciones poéticas; no es verdad, señor versificador?

Richelieu, ofendido de que se hiriese su amor propio de autor, se mordió los labios;

mas su rostro conservo una espresion altiva y severa.

—Oh! mi imaginacion es demasiado pobre, repuso, para que pueda crear una escena tan dramática y pasmosa como la que voy á contaros, señor.

—Pues os oigo, dijo el rey, turbado sobre manera por un presentimiento instintivo.

—Recordareis, señor, que no regresásteis en la carroza de la reina, y que tuvisteis la bondad de ofrecerme un asiento en la vuestra.

—Sí; me retiré á las cuatro, y hago memoria de que la reina no me hizo instancia alguna para permanecer mas tiempo en el baile.

—El baile estaba terminado desde el momento en que los incas, los sofis, los shahs, los kanes, y sobre todo el gran mogol, habian desaparecido, llevándose con ellos el brillo y la alegría de la funcion.

—¿Pero y vuestro quinto acto? preguntó el monarca, procurando disfrazar su secreto terror.

El cardenal se detuvo, é irguiendo su alto cuerpo, respondió con lentitud:

—La reina se dirigió á su carruage, y al llegar á él, vió que un lacayo con la librea de la condesable estaba situado junto á una

de las portezuelas, que tenía abierta, y que al descubrirla, en lugar de bajar el estribo, puso una rodilla en tierra y presentó la mano desnuda para recibir el pie de S. M.

—Eso sería sin duda una galantería de la duquesa de Chevreuse, barbotó Luis XIII con voz casi ininteligible.

—Sea casualidad, sea emoción, sea fuerza de celo, añadió con vigor el cardenal, ello es que la mano del lacayo apretó de tal modo el pie de la reina, que S. M. le miró, echó un grito de sorpresa ó de terror, y á la luz de los hachones pudo ver la condesa de Lanoy que se puso encendida como la grana.

—¿Y no rodeaban á la reina sus oficiales? preguntó el soberano, pálido como un cadáver.

—Acudieron al grito, señor; pero ya estaba S. M. sentada en el carruaje, en compañía de la condesa y de madama de Vernet. Vamos, ¿no tuve razón al afirmar á V. M. que la escena esta era superior á todo lo que yo podía inventar, y aun cualquier otro autor trágico, incluso Tristan el Hermitaño y Garnier?

—Y ese lacayo? dijo el rey con voz sorda y trémula de cólera.

—Ese lacayo, señor, había sido aquella noche jardinero, mágico, demonio y gran

mogol.

—¿Quién es? gritó Luis XIII con el semblante descompuesto y los ojos encendidos. ¡Decidme quién es, si no quereis merecer toda mi indignacion!

Al hablar así, se tuvo que arrimar á una pared, pues temblaba de tal manera todo su cuerpo, que las piernas se negaban á sostenerle.

—Obedezco, señor, contestó con frialdad Richelieu. A madama de Lannoy le pareció que el lacayo arrodillado delante de la reina era su gracia el duque de Buckingham.

—El! siempre él! exclamó el monarca, pasándose por la cabeza sus delgados dedos. El duque es un mal caballero, un traidor... pero la reina... la reina... nada prueba que haya sido su cómplice... ha temido el escándalo... ha oido sus insolentes declaraciones de amor; pues no le ha respondido con una sonrisa, con un gesto favorable... nunca se ha encontrado á solas con ese hombre... él solo es culpable.

—Señor, añadió el implacable ministro, Buckingham ha colocado el retrato de vuestra esposa en su despacho, bajo un dosel de terciopelo azul con plumas blancas y encarnadas.

—¿Y teneis alguna prueba de que haya

recibido ese retrato de manos de la reina? preguntó el rey, procurando desechar la idea de su deshónra.

—La última acusacion, señor, respondió el cardenal, que queria dar el postrer, é irresistible golpe á su desgraciado amo, va á trocar en certeza vuestras dudas. Una antigua tradicion asegura que una fantasma se aparece en ciertas ocasiones en vuestro palacio del Louvre, y que lo fué tambien de vuestros abuelos.

—Querreis hablar de la Dama Blanca, dijo á media voz el supersticioso soberano, santiguándose. Sí, hará cosa de un mes que los criados la han descubierto en los corredores, cosa que produjo grande terror en palacio. Hareis mal en dudar de las tales apariciones, señor cardenal.

—Si fuesen verdaderas apariciones, replicó Richelieu, sonriéndose, no las temeria, porque yo, como sacerdote, tengo poder para esorcizarlas y ahuyentar á los demonios; pero debo revelaros lo que he sabido sobre el particular ganando por medio de Bois-Robert á Patricio O'Reilly, ayuda de cámara de Buckingham.

—¿Qué conecion tiene la Dama Blanca con el duque?

—Aconsejado por la duquesa de Cheureu-

se, el embajador de Inglaterra ha querido jugar á las fantasmas, y disfrazado de Dama Blanca ha permanecido un cuarto de hora en el oratorio de la reina, á solas con ella.

—A solas! repitió Luis XIII con acento indecible de cólera.

—Y no estuvo mas que un cuarto de hora, porque al cabo de este tiempo pasó V. M. por delante del cuarto de vuestra esposa, para ir á Saint Germain en-Laye, donde debíais dormir aquella noche, á fin de salir á cazar al siguiente dia, y como madama de Chevreuse, que estaba en acecho, creyó que ibais á entrar, se precipitó en el oratorio, gritando:— El rey! ¿el rey!

—Solo con ella! volvió á esclamar el monarca, aterrado con esta horrible revelacion; solo con ella!

Cogió al cardenal por un brazo al cabo de un instante, y sin añadir ni una palabra mas, se le llevó con furiosa precipitacion hasta la verja del jardin de palacio.

—Si mis planes se frustran, le dijo Richelieu poco antes de llegar, saldremos sin ser conocidos, que es como vamos á entrar, pues están bien tomadas mis precauciones, y nos ausentaremos de Amiens sin que nadie sepa que hemos estado en él.

Luis XIII guardó feroz silencio, pues un

solo pensamiento quemaba su cerebro y hacia latir su corazon.

—La contraseña, señores, dijo á media voz Guillermo, que estaba en el puesto que le designó el conde de Rochefort.

Richelieu se llevó á los lábios el dedo índice de su mano derecha; la verja se abrió, y los dos embozados penetraron en el jardín.

Poco tiempo antes, la reina Ana de Austria, cubierta con un gran pañuelo y el rostro tapado con una careta de terciopelo negro, bajaba las gradas del palacio, agarrada del brazo de Catalina de Angennes.

En el otro extremo del jardin, á lo último de la alamedade las Vivoras, se abrió una puertecilla, y el ayuda de cámara Bertin introdujo al duque de Buckingham.



VIII.

La alameda de las Vivoras.

Ana de Austria se encontró con Buckingham hacia el medio de la solitaria calle de árboles, y así que el duque estuvo á su lado, se arrojó á sus pies y empezó á besar la parte inferior de su vestido con tales y tan violentos extremos, que la reina se quedó confusa y cortada, y la camarista no pudo menos de decir con dulzura al enamorado inglés:

—Señor duque, os olvidais de en presencia de quien estais.

—Me prosterno como un criado, como un esclavo, respondió el embajador, ante la

mas adorable divinidad que pisó jamás la tierra.

—Pero no se acostumbra en Francia, replicó la linda Catalina, conducirse de ese modo con las reinas.

—Yo no soy francés, repuso él con impaciencia, sin apartar sus ardientes miradas de los turbados ojos de Ana de Austria, y las costumbres de Francia nada tienen que ver conmigo; soy el embajador de Inglaterra, y como tal, represento á una cabeza coronada: por consiguiente solo hay aqui una persona que pueda darme órdenes, y esta persona es la reina.

En seguida, tomando la mano de esta, añadió:

—Señora, espero de rodillas que me hagais conocer vuestra voluntad, y obedeceré sin tardanza, siempre que no me mandeis que cese de amaros, pues en esto me fuera imposible cumplir vuestro deseo.

La española no sabia que contestar, y en vano queria que sus ojos espresasen la severidad.

—Puedo morir por vos, si tal lo deseais, prosiguió diciendo Buckingham; puedo emprender lo mas difícil, lo mas absurdo; mas solo terminará la pasión que me habeis inspirado el dia que no sea sinò un cadáver.

S. M. dejó el brazo de la camarista, la que se apartó á poca distancia.

—Oidme, milord, dijo al fin Ana de Austria con voz conmovida: debiera tal vez no haber consentido en esta entrevista; pero no he tenido valor para ello, pues vuestro amor me parece sincero, y es muy cruel para mi corazon hacer padecer al único hombre que no ha visto en mí únicamente á una reina. Sin embargo, tambien debo manifestaros que me ha movido á acceder á vuestro deseo el proporcionarme la ocasion de ecsigir de vos que partais para no volver mas, de daros un eterno adios...

—Oh, señora! ¡vos no podeis saber lo que yo os amo, puesto que vos no amais! exclamó Ruckingham, interrumpiéndola. Si así no fuese, ¿podríais hablar de separacion, y de separacion eterna? Yo cifraria mi ventura en vivir cerca de vos, aun cuando para ello tuviese que descender á la clase mas ínfima y mas miserable de la sociedad. Ay! ¡sí! envidia á los que tienen la suprema dicha de oir á vuestra voz dar una orden, de ver la huella de vuestros diminutos pies impresa en la arena, de ensillar el caballo que va á llevaros á pascos, feliz con tan preciosa carga! ¡envidia á los que aspiran el perfume de vuestros cabellos, oyen el crugir de vuestra ro-

pa, y ven á vuestros distraídos ojos seguir las nubes que se encaminan hácia España, vuestra patria! ¡envidio la suerte del último de vuestros criados, porque al fin habita bajo el mismo techo que vos! Oh! dejadme que durante un minuto olvide á vuestros pies que ecsiste otra cosa en el mundo que esta alameda solitaria en que nos hallamos! ¡dejadme que vea el paraíso en vuestro rostro! ¡Dejadme que escuche los latidos de nuestros corazones y el soplo de nuestros suspiros, que ahoga el ruido de las hojas que se mueven á dos pasos de nosotros! Oh! si supiéseis qué valor me infunde mi pasión!... ¡Me parece que el mundo entero me pesaría poco en la mano, y que si vos lo deseáis, confesaría públicamente el amor que me inspirais, pues tan sincero, tan leal es, de tal manera me afirma mi corazón que no hay poder divino ó humano que pueda impedirme que os adore!

—Pero, desgraciado, respondió la española, enternecida y sintiendo que algunas lágrimas brotaban de sus ojos y se deslizaban por sus mejillas, ¿quereis hacerme morir de dolor, despreciando vos la cólera de mi señor y dueño?

—¡Y qué es para mí su cólera! exclamó el duque, levantándose. Por grande que sea su

fama de buen cazador, Luis el Justo no logrará acorralar como á un ciervo á Jorge Villiers.

—Pero teneis otro enemigo aun mas terrible, que no perdona jamás y que siempre sabe alcanzar á quien mal quiere, repuso la reina mas aterrada que tranquilizada con la confianza de Buckingham en su buena suerte.

—Otro enemigo! replicó. Quereis decir mi rival, señora, un rival con trage encarnado. Ya sé la suerte que me reserva, pues he recibido sobre el particular avisos oficiales, y él mismo me ha hecho saber por segunda mano que el aire de Francia podia ser para mí mas malsano que las nieblas del Támesis; pero no he querido comprender, y me he quedado.

—Os fiais milord en el carácter de que estais revestido; pero haceis mal, porque pueden respetar al embajador...

—Y degollar en una encrucijada al galanteador nocturno, como hicieron con Saint-Megrin y Busy de Amboise, culpables de crímenes no tan grandes; ¿no esto, señora, lo que ibais á decir? A fé que el cardenal es hombre bastante sutil y profundo para saber hacer esa diferencia, y aun estoy en el caso de afirmar que tengo dos motivos

para creerlo.

—¿Os han tendido ya algun lazo? preguntó temblando Ana de Austria.

—Señora, los minutos que el destino me permite pasar á vuestro lado son demasiado preciosos para que los pierda en contaros las miserables emboscadas que me ha preparado la eminencia roja, y mucho mas cuando, segun veis, he atravesado las tales telas de araña sin dejar en ellas ni un solo cabello, ni una sola gota de sangre.

—No importa, quiero saberlo, repuso la reina.

—Obedezco entonces, señora. Por dos veces, disfrazado de marinero, he surcado en una lancha las aguas del Somma, costeano estos jardines, á fin de que la casualidad quisiera proporcionarme la dicha de descubrir vuestro vestido entre los árboles. Entregado á la meditacion la primera vez, olvidaba al mundo para pensar en vos, y me parecia que vuestra imágen se presentaba á mi vista y me dirigia una sonrisa, cuando un choque violento y repentino me hizo caer al agua, pues otra lancha habia encontrado la mia, y siendo de mayor tamaño, la hizo zozobrar. Cuando salí á la superficie, los que tripulaban la barca agresora, y que figuraban ser pescadores, con pretesto de

se corríame agitaban los remos; pero no pude dudar que su objeto era abrirme el cráneo con ellos, lo cual habrían conseguido á no ser yo tan buen nadador.

—Dios mío! ¡y por mí habeis corrido tan grave peligro! exclamó la reina, cuyos ojos brillaron con repentino fuego.

—Por vos, señora, contestó el inglés, imprimiendo un beso en la mano de la española, y por vos volví al día siguiente á remar en el Somma.

—Imprudente! barbotó ella.

—Era de noche, el cielo estaba sereno, las estrellas me parecían los ojos de oro de mis ángeles protectores, que se sonreían al verme tan entregado á mi amor. Ninguna otra lancha que la mía se deslizaba por el río, estaba solo, y sentía mi corazón inundado de júbilo, pues me acercaba á la orilla, que costea el jardín y esperaba poderme ocultar sin ser visto detrás de alguna enramada, desde donde era muy posible os viera y os oyera. Con efecto, atraqué á tierra; pero apenas la lancha tocó á esta, cuando las tablas del fondo se abrieron. El señor cardenal acababa de renovar conmigo y en pequeño la anécdota de Agripina.

—Qué horror! gritó Ana de Austria, ¡qué vileza!

—No, señora, no; nada de vileza: política al estilo de los emperadores romanos, lo cual prueba que el primer ministro conoce la historia antigua, y que por consiguiente ha hecho excelentes estudios.

La augusta dama miraba con admiracion al galan caballero que con tanta indiferencia se burlaba de los terribles riesgos que su audaz pasion le acarreaba.

—¿Y cómo pudisteis libraros? le preguntó á poco.

—Confieso que permanecí un minuto ó dos aturdido en el fondo del rio, y luego que volví en mí procuré ganar la orilla; pero ví relumbrar armas y hachones en las calles del jardin, y tuve que renunciar á salvarme por este lado. El cardenal lo habia previsto todo. El parage mas prócsimo en que podia tomar tierra, era un islote, que se une á la ciudad por medio de un puente de tablas sin parapeto de ninguna especie. No sin gran trabajo llegué á este islote, pues estaba mi cuerpo quebrantado y sentia agudos dolores; mas no quise sin embargo permanecer allí, pues temia que me sorprendiesen con mi disfraz de marinero, y me decidí á atravesar el puente; pero apenas habia llegado á la mitad de él, un hombre pasó por mi lado, me empujó con fuerza, y me hizo vacilar; mas por dicha con-

servé bastante presencia de espíritu para asirme á él, y ambos caímos sobre las carcomidas tablas, que cedían al peso de nuestros cuerpos. Ni uno ni otro pronunciamos una sola palabra, sinó que enlazados y casi suspendidos sobre el remolino que hay en aquel parage, luchamos como dos serpientes. Tan rendido me hallaba yo, que es probable hubiese sucumbido si no hubiera pensado en vos; mas á medida que vuestra imágen se presentaba á mi mente, que os invocaba y me decia á mí mismo que no era posible muriese sin haberos vuelto á ver, sin haber oído salir de vuestros lábios una dulce palabra, sentía crecer mi vigor. En fin, durante un momento, en el que mi adversario apretaba convulsivamente en su mano, para no caer, la cadena de oro de donde pende vuestro retrato, sentí de pronto que se rompía, y ví al miserable sumergirse blasfemando en el agua.

— Ah, milord! dijo la reina con voz ahogada, ¿y apesar de esos peligros que se multiplican en torno vuestro, y de que yo soy la causa, persistís en permanecer en un país donde todos son enemigos vuestros y donde yo no puedo protegeros? ¿Quereis condenarme á vivir en una angustia perpétua, rogando á Dios sin cesar que os defienda, y temiendo de continuo que ese insensato amor

sea causa de vuestra muerte? Oh! ¿por qué no quereis partir?

—Porque os amo, señora, contestó el duque. Para mí es una dicha luchar á vuestra vista, y vivir en medio del peligro, como la salamandra en el fuego: si vuestro pensamiento me signe, si vuestro corazon no se me cierra.

—Pero en Inglaterra, milord, no estaríais espuesto á las miserias de la vida aventurera que llevais aqui, sinó que libre, poderoso, favorecido con el afecto de un rey, empuñando en una mano las llaves del tesoro de un reino y en la otra la espada soberana, modelo de caballeros, nada tendríais que desear, nada que envidiar, y vuestra existencia seria la mas brillante y feliz que nunca concedió Dios á ningun ser humano.

—En Inglaterra, señora, moriría, replicó el embajador con acento doloroso.

—Moriríais? preguntó la reina, estremeciéndose.

—Sí, respondió él con voz lúgubre; no porque tema al veneno ó al puñal, pues una cota de malla y un contraveneno me librarían de uno y otro; pero no solo el puñal y el veneno quitan la vida á los mortales. En medio de esos fastuosos goces de que hablais, me perseguirá sin descanso un recuerdo ine-

folle: no podré olvidaros: y mi amor estéril, sin objeto, sin esperanza, sin luchas, me consumirá poco á poco. Además, ¿para qué quiero la vida lejos de vos? ¿para qué me me servirán esos tesoros, cuya llave posea, si no tienen el poder de acercarme á vos? ¿qué haré con esa espada, si no me es dado esgrimiria contra vuestros enemigos? Ay! ¿creeis, señora, que estare tranquilo, que podré ser dichoso, sabiendo que estais presa, numillada, avasallada, en esta sombría corte, de etiqueta sospechosa y ultrajada, esclava de ese sacerdote, que sabe incrustar sus propias pasiones en el corazon de vuestro débil marido? ¿os parece esto posible, cuando yo, que deseara ver los reinos á vuestros pies, yo, hombre de gran poder, no tendria ni aun la facultad de poner mi mano en el hombro de ese orgulloso cardenal y hacerle arrastrarse á los pies de su reina, como una serpiente domada? Ah! ¡no habéis de felicidad, señora, porque solo una ecsiste para mí en el mundo!

La voz de Buckingham tomó un acento desgarrador al pronunciar estas últimas palabras.

—Pero esa felicidad es un crimen, milord, replicó Ana de Austria toda temblando.

—Un crimen! repitió él con ironia y cóle-

ra al propio tiempo. ¿Seria un crimen el amar al hombre que vuestra hermosura, vuestro talento y vuestro magnifico corazon han tenido poder para enloquecer hasta el punto de osar confesaros su amor? ¿seria un crimen el amar al que daria su poder por una sonrisa vuestra, el apellido de sus padres por una mirada tierna, y su honor por una palabra de esperanza? seria un crimen amar al que os sacrificó su vida desde el momento en que os vió por primera vez? ¡Amad entonces á ese esposo, que guarda su ternura para sus lebreles y sus balcones, que os olvida y os desprecia, á vos, tan hermosa; que hasta llega á insultaros, á vos, tan noble y tan altiva; á vos, hija de reyes, para obedecer al odio de su ministro, para castigaros sin duda por haber despreciado el vergonzoso amor de ese sacerdote! Ah, señora, ¿por qué no sois realmente soberana de este bello reino? ¡Entonces si que yo seria venturoso, pudiéndooos dedicar mi vida entera, ser vuestro con-jero, vuestro amigo, vuestro general, vuestro servidor, en fin! ¡cuánta seria mi dicha cuando al regresar, despues de obtenida una victoria, me diéseis á besar vuestra mano, ó cuando despues de haber firmado un tratado de gloriosa paz, oyera gritar á la nobleza y al pueblo: ¡Ana de Austria es una gran

reina!

Nos fuera imposible describir la radiosa expresion del rostro de Buckingham al pronunciar estas orgullosas palabras, que produjeron en la española una impresion irresistible. Ninguna muger de su época era mas sensible que esta bella princesa á las ideas que alhagaban su ambicion y su altivez: así es que un amante tímido, que se hubiese contentado con suspiros y discursos melosos, solo habria logrado atraerse su desprecio, pues su naturaleza nada tenia de idilica ni elegiaca, y únicamente lo que heria su imaginacion podia tener ascendiente sobre ella. Las palabras, pues, del duque hallaron eco en su corazon, y agitada, conmovida, trémula, sentia que un poder irresistible la arrastraba hacia el hermoso y atrevido lord, que habia adivinado sus dolores secretos y que aspiraba á vengarla de sus enemigos, con riesgo de su vida y de su honor.

—Señora, añadió el duque, los deberes de mi cargo me fuerzan á ausentarme; ¿me permitís que intente volver?

—Os lo permito.

—¿Puedo esperar que no seré olvidado?

—¿Quién podrá hacer que os olvide?

Esta respuesta era una confesion; por consiguiente Bnckingham experimentó tal con-

emocion al oirla, que todos sus miembros temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La reina, por su parte, se llevó el pañuelo á los labios, á fin de ahogar los sollozos, que ya no le era dado contener.

Tal vez iban á darse un adios eterno.

Un brillo desusado apareció en las pupilas del inglés, que no podia resolverse á apartarse de la princesa y exclamó de pronto:

—Me ama! ¡me ama! ¡me ama!

Al decir esto casi delirante, se acercó tanto á la reina, que su aliento quemaba el rostro de la augusta dama.

—Milord, ya es tiempo de que os retireis, le dijo ella.

—Pero no lo haré sin llevarme un recuerdo de esta hora, replicó el embajador, aun cuando deba alzarse entre nosotros un muro de fuego.

Al hablar de este modo, rodeó con sus brazos á Ana de Austria y la apretó contra su pecho; pero ella echó un grito ahogado, se desprendió con violencia y le dirigió una mirada severa. El orgullo la defendió de la debilidad de su corazón.

Como ambos guardaron un instante de silencio, oyeron en la espesura un ruido de hojas ó ramas secas. La reina se estremeció; pero Buckingham permaneció tranquilo y como

absorto en una especie de éstasis.

—Habeis oido? le preguntó ella.

—No es nada. Tal vez la señorita de Angennes:..

—No puede ser, porque la veo sentada en ese banco inmediato, que ilumina la luna, y...

—Tranquilizaos, señora, añadió él muy bajo, pues ya nada se escucha...

—Oh! tengo miedo, y hasta el silencio me asusta. ¡Si de pronto cien hachones iluminasen el jardín y me dejasen ver de toda la corte, que se burlaria de mí!....

—¡No os dejaria insultar, señora, ni aun cuando fuese por el rey mismo! exclamó el duque.

—Callad, callad, imprudente! repuso ella, poniéndose con apresuramiento la careta de terciopelo negro con una mano y colocando la otra sobre los labios de Buckingham.

—¿Quereis que penetre en esa espesura y vea si nos espian? preguntó el inglés, compadecido del sobresalto de Ana de Austria.

Esta, recostándose en el tronco de un árbol con el mayor terror, le agarró un brazo con la mano izquierda, y estendiendo la derecha hácia un punto del jardín, dijo:

—Mirad! mirad! ¿no veis dos bultos que atraviesan la alameda con rapidez?...

—Teneis razon....

—¿Y que se dirigen hácia el pa'acio?

—Voy á alcanzarlos.

El duque se iba á lanzar en pos de los bultos; mas estos desaparecieron entre los árboles, y al mismo tiempo la señorita de Angenes se acercaba con grande turbacion y seguida de Bertin.

—Huid, milord! le gritó á Buckingham, que habia sacado la espada.

—Jamás! contestó él; ¡Jorge Villiers no huye de los espías!

—Huid! repitió la jóven, sin oirle; ¡el rey y el cardenal están aquí!

—El rey! repitió Ana de Austria, mas muerta que viva.

—¿Estais segura de lo que decís, señorita? preguntó el embajador apresuradamente.

—Mr. Bertin le responderá á vuestra gracia.

—Hablad! gritó el inglés con impaciencia, dirigiéndose al ayuda de cámara.

—Despues que introduje á vuestra gracia, contestó este, hablando muy de prisa, me dirigia hácia la verja, cuando ví venir hácia mí á dos embozados...

—Sí, serán los que acabamos de ver. Continuad.

—Sorprendido yo de tal encuentro, me escondi detrás de un árbol, y al pasar junto á

mi, oí que decia uno de ellos.—Esta noche recibirá el gran mogol lo que merece del rey de Francia. Conoci la voz del cardenal, y escuché que el otro, que no me quedó duda era el rey, le respondia:—Veremos cual de las dos magestades infunde miedo á la otra.

A estas palabras de Bertin se siguió un momento de silencio pavoroso. La reina estaba aterrada: con los ojos desencajados, pálida, inmóvil, se asemejaba á una estatua; y por lo que hace al duque, no sabia qué partido tomar: poco le importaba esponer la vida; pero si sorprendian á la reina con él en el jardin, quedaba públicamente deshonorada, seria él la causa de esta deshonra, y sin duda le cobraria odio. ¡Cobrarle odio la divina española! Este pensamiento horrible le hacia perder su acostumbrada serenidad en los momentos de peligro, y semejante á un nadador que se ahoga, sentia que iba siendo presa de un vértigo.

Ana de Austria fué la primera que halló un poco de presencia de espiritu:

—El rey y el cardenal, dijo, han estado en esa espesura inmediata, y si han oido vuestras palabras, estoy perdida sin remedio, milord.

—Tratemos de salvar á la reina, gritó la camarista. Yo me voy con S. M. á palacio,

y vos, Mr. Bertin, llevaos á su gracia y hacédle salir por la puertecilla, que debe estar aun libre.

—Volver á palacio, replico Ana de Austria, es entregarme yo misma, pues sin duda el rey y el cardenal me esperan en la graderia, para interrogarme como jueces.

—¿Y no le es permitido á la reina de Francia, repuso Catalina, pasearse de noche por sus jardines con una de sus camaristas?

—Loca! exclamó S. M. siempre pálida y con los ojos sin espresion, el rey ha estado ahí hace un momento, el rey, mi amo y mi juez... ha visto al duque cerca... muy cerca de mí... ha oido tal vez palabras... que el lord no hubiera debido pronunciar..... palabras que, segun el rey y el cardenal, es un crimen en mí el haberlas escuchado...

—Pero gracias á la careta que os oculta el rostro y al pañuelo que os cubre y desfigura, se apresuró á decir Buckingham, no pueden haberos conocido.

—¿Y qué gano yo con eso? Mi sola presencia en los jardines basta para que sea condenada, aun cuando ahora me vean en otro traje.

—Oh, señora! exclamó la fiel señorita de Angennes, ¿es imposible que yo os vea caer en un precipicio sin intentar nada para sal-

varos!

—¿Y qué has de hacer, infeliz niña, contra esos hombres implacables, que me han cogido en un lazo? le preguntó la reina con bondad. Sé tú feliz, hija mía, y deja que se cumpla mi destino, deja que mis jueces me hallen sola, y que tú no tengas, pobre inocente, que pagar culpas ajenas.

Abundantes lágrimas brotaban de los ojos de la camarista; mas de pronto, inspirada por las últimas palabras de su ama, exclamó con indecible alegría:

—No! ¡yo sola seré juzgada y condenada!

—Qué quieres decir? le preguntó la española con admiración.

—Que es muy probable que V. M. se haya salvado. Venid, señora, entremos las dos solas en esta espesura.—Vos, Mr. Bertin, cuidad con el duque de que no seamos sorprendidas.

Ana de Austria, aunque creyó que había perdido el juicio, la siguió al parage que acababa de designar.

IX.

Una por otra.

Los que tenían interés en sorprender á Ana de Austria, se hallaban en aquel momento ocupados en deliberar sobre la conducta que habian de observar en tal circunstancia, que á la verdad era cuestion espinosa, pues se trataba de una reina, y su cómplice era el embajador de un poderoso monarca.

Las pruebas suficientes para determinar la conviccion de un marido, aunque Luis XIII y

el cardenal solo habian oido algunas vagas palabras de amor en la boca de Buckingham, se reducian para los indiferentes á un paseo por el jardin, que era fácil colorar con un pretesto político. Se sabia la poca simpatía que tenia la Inglaterra á Richelieu, y la enemistad que mediaba entre este y la reina: el paseo á aquella hora comprometedor no seria, pues, mas que una conferencia secreta, rodeada de todas las precauciones que se toman en casos semejantes; y como no se estaba en el caso de romper con la Inglaterra, un escándalo acompañado de tal esplicacion, solo daria por resultado la confusion del ministro.

Por estas razones fué el cardenal el primero á disuadir al rey de dar publicidad alguna al asunto; pero quiso, para arruinar para siempre la influencia de Ana de Austria, que no le quedase duda alguna á su amo de la traicion de su esposa, y que la reina supiese por su parte que su marido lo sabia todo. No se trataba, pues, sinó de sorprender al duque y á la española en el momento en que entrasen en palacio, y conducirles á la presencia de S. M., que les esperaba en la habitacion de la condesa de Lannoy, ausente á la sazón, como ya sabemos.

Richelieu reflexionó sin embargo en que la reina debia tener algunos fieles espías en el

jardin, y que muy pronto, advertida del movimiento desacostumbrado que se notaba en palacio, podria hacer evadir al duque; por cuya razon dió encargo al conde de Rochefort de que evitase este caso, y el fiel ejecutor de las voluntades de su eminencia colocó algunos guardias en la verja, para que diesen auxilio á Guillermo, caso de necesitarle. En seguida le preguntó á este si tenia alguna otra salida el jardin, y habiéndole dado conocimiento el portero de la puertecilla de la alameda de las Viboras, corrió á ella con media docena de guardias del cardenal; pero por mucha prisa que se dió, antes de que llegaran habia ya servido para evadirse por ella el ayuda de cámara Bertin y otra persona, que por su trage parecia ser Catalina de Angennes.

El conde dejó alli los seis hombres, estableció un cordon de mosqueteros delante de toda la fachada del palacio que daba al jardin, y se colocó en seguida á la entrada del vestibulo, donde el ministro se paseaba en todas direcciones, esperando á su presa con una impaciencia mal contenida, y saboreando con anticipacion las acres delicias de la venganza.

Hacia cerca de un cuarto de hora que todos estos preparativos de guerra estaban terminados, cuando aparecieron al pie de la gra-

deria exterior un caballero y una señora, cubierto el rostro de esta última con una careta de terciopelo negro, y su cuerpo con un inmenso pañolón.

Richelieu, que se habia asomado á la puerta, fijando en esta pareja una mirada de cruel alegría, le dijo á Rochefort:

—Ellos son, señor conde; id á recibirlos, según lo ecsige su clase.

Mientras bajaba Rochefort la graderia, el caballero tomó la mano que le presentaba la dama en la que imprimió respetuosamente sus labios, y se disponia á alejarse por el jardín, mientras ella ponía el pie en el primer escalón, cuando el conde llegó á ellos.

—Perdonad, señor mío, dijo, si me tomo la libertad de advertiros que en vano buscais para retiraros otra salida.

—Caballero, replicó el desconocido con altivez, no soy ningún malhechor, para que trate de huir de vos.

—¿Qué haceis en este jardín?

—Me paseo y tomo el aire, respondió con ironía el interpelado.

—Pero no supongo, repuso el conde, también con acento burlón, que tengais intencion de prolongar el paseo hasta mañana.

—No sería vuestra compañía la que me infundiese deseos de hacerlo así.

— Ya adivino que os será mas grata la de esta señora.

La pobre dama temblaba durante este trueque de sarcasmos, y el caballero, que lo notó, le preguntó con rabia á Rochefort:

— ¿Y quién sois vos, que osais cortarme el camino é interrogarme?

— Un hombre que puede con una palabra hacer que os rodeen veinte mosqueteros, que en este momento se ocultan en la obscuridad á lo largo de esa fachada.

El desconocido dirigió una mirada al sitio que le designaban, y se convenció de que le habian dicho verdad.

— Qué me importa! exclamó; ninguno de esos caballeros osará tocarme cuando les haya manifestado quien soy.

— ¿Y osareis hacerlo á esta hora en el jardin de la reina, caballero?

La dama de la careta tembló mas fuerte á estas palabras, y apretó el brazo de su acompañante, al cual habia enlazado el suyo, como para suplicarle que no resistiese: Rochefort, que lo notó, dijo:

— Caballero, espero que no me obligaréis á usar de violencia.

— De violencia! gritó el desconocido. La violencia no ha aprovechado nunca á los que la han empleado conmigo.

—Nadie duda de vuestro valor; pero ¿en lugar de batiros con veinte mosqueteros, no seria mas conveniente que me siguiéseis, a fin de tener en el vestibulo algunas palabras de esplicacion con el que me envia, sin que pueda oirlas ningun enfadoso testigo?

La tapada hizo un gesto de terror y dió algunos pasos atrás, mirando en torno suyo. Rochefort se sonrió.

—Su eminencia no se ha equivocado, dijo para sí, y luego añadió en voz alta, notando la irresolucion en que permanecia el caballero: si hablo así, estomando en consideracion el interés de la dama que os acompaña, pues ya sé que el vuestro podria poco con vos.

El desconocido se volvió hácia la señora, y le preguntó:

—Qué deseais que haga? No dudeis que estoy pronto á derramar hasta la última gota de sangre para detener á los mosqueteros el mayor tiempo que pueda, á fin de que intentéis huir.

—Todas las salidas están tomadas, milord, replicó el conde en voz baja.

—Ah! ¡me conoceis! exclamó el caballero. Vamos!

La dama, que habia guardado profundo silencio, interrumpido tan solo por sollozos,

volvió á tomar el brazo del duque, ambos subieron con lentitud los escalones, seguidos de Rochefort, y luego que llegaron al vestíbulo, que estaba muy alumbrado, se encontraron en presencia de Richelieu, cuyo largo, delgado y descolorido rostro denotaba impasibilidad.

A una señal del conde, varios mosqueteros de los que estaban situados en la parte de afuera, corrieron á guardar la puerta.

—Esto es una traicion! exclamó Buckingham.

—Una precaucion nada mas, señor duque, replicó el cardenal con voz tranquila.

—Supuesto que vuestra eminencia toma tales medidas contra mí, repuso el embajador, esijo que se me manifieste lo que esto significa, pues no comprendo lo que veo. ¡Me parece que se me trata como á un reo de estado! ¡se me prende! ¡se me insulta!..... Casi estoy admirado de que Mr. de Rochefort no me haya pedido la espada. Verdad es que si hubiese tenido tal audacia, se la habria dado, sí; pero no por la empuñadura, sinó clavándosela en el pecho.

El conde se puso pálido y quiso replicar; mas como el ministro le mandase callar con una seña imperiosa, se contentó con dirigirle al inglés una mirada siniestra.

—En fin, ¿de qué se me acusa? preguntó el impetuoso Buckingham.

El cardenal fijó en él los ojos, y le respondió con irritante calma:

—El señor duque se olvida de que en el estado en que nos encontramos, solo por nuestra parte hay derecho para interrogar.

—¡Y vos os olvidais de quien soy yo, señor cardenal! replicó con altivez el embajador.

—Sé que tengo delante de mí á un muy galán caballero de la corte de S. M. Carlos I, rey de Inglaterra; á un caballero feliz en el juego, feliz en los duelos y mas feliz todavía en punto á amores.

A este sarcasmo terrible, todos los asistentes se estremecieron y miraron á la enmascarada, que no habia cesado de temblar, y á quien Buckingham sostenia con visible orgullo, y en seguida fijaron la vista en este último, cuya respuesta esperaron con ansiosa curiosidad.

El duque clavó los ojos en Richelieu con desprecio, se quitó con gracia el sombrero, echó con él aire á la tapada, y en seguida dijo con encantadora impertinencia:

—¡Hay en el mundo cobardes para quienes es una dicha ser sacerdotes!

Los cardenos y delgados lábios del minis-

tro se contrajeron, un furtivo carmin coloró los juanetes de su cara, y haciendo un grande esfuerzo, consiguió sonreirse; mas su sonrisa fue tan horrible como la de un condenado.

Se hubiera podido oír en el vestibulo el vuelo de una mosca.

Después de un instante de silencio se santiguó el cardenal y dijo en alta voz:

—Perdónanos, Señor, nuestras ofensas, así como perdonamos á nuestros ofensores!

—¡Hola! exclamó Buckingham, yo sabía ya que vuestro amo, Mr. de Rochefort, se ocupa mucho de tragedias; pero ignoraba que también sobresale en la comedia.

Nada respondió el conde, y al cabo de algunos segundos, Richelieu, que habia recobrado su calma terrible para luchar con su fogoso enemigo, repuso:

—Basta de insolencias é impiedades, señor duque, y preparaos á responder á un juez.

—No reconozco ningun juez para mí en el territorio francés, replicó orgullosamente Buckingham, porque en él represento á mi señor el rey de Inglaterra, cuyo embajador soy. No se trata ahora, Mr. de Richelieu, de ninguno de vuestros caballeros, que convertís en criados, espías y verdugos, y á los

cuales prohibís batirse en duelo; y aun diré que no os tengo por igual, puesto que vuestra casa es de muy pobre nobleza comparada con la mia, y el embajador de Carlos 4.^o no cede el paso al ministro de Luis XIII. Vos mi juez! Bah! desatinais!

El gran cardenal, al que los mismos principes de sangre real no osaban mirar cara á cara, que mandaba hasta en la voluntad de su amo, sintió vivamente este sarcasmo contra su nobleza, y su cólera fué mayor todavía por la defensa ligera, insolente y desdeñosa del culpable. Sin embargo, ni un solo músculo se agitó en su impasible semblante; pero se juró á sí mismo que Buckingham viviría poco.

Continuó el interrogatorio de la manera siguiente:

—No sabia yo, señor duque, que el rey de Inglaterra envia un embajador á esta hora de la noche á los jardines de la reina. No hagamos mérito para nada, si es que os place, de vuestro cargo.

—Cuidado, señor cardenal!cuidado! esclamó el inglés. Una palabra tan atrevida en boca tan prudente como la vuestra, debe encubrir algun designio extraño y tortuoso. Sois un gran político; mas guardaos de dirigir demasiado alta la visual, si es que quereis di-

rigirla bien.

—Gracias por el consejo, señor duque, contestó con ironía el ministro; pero cuando resuelvo alguna cosa, no acostumbro quedarme á la mitad del camino. Vamos á ver: ¿consentís en responder á mis palabras?

—Nunca! gritó Buckingham; antes al contrario, en presencia de estos caballeros reclamo mi libertad inmediata y la de la dama que protejo.

—Imposible, milord.

—Ecsijo tambien que se me dé satisfaccion cumplida por la violencia con que me han tratado vuestros agentes, señor cardenal.

—Os chanceais sin duda, milord.

—Pues bien, si persistis en vuestra odiosa conducta, tomo á Dios y á los que nos rodean por testigos de la violacion del derecho de gentes que cometeis en mi persona, cardenal de Richelieu, y os pido cuenta de ella en nombre del rey Carlos I.^o de Inglaterra mi amo.

—Podré discutir sobre eso con vos, milord duque, luego que nos hayais hecho conocer á la señora que teneis la inapreciable dicha de acompañar y defender.

—¡Os creia caballero, Mr. de Richelieu! exclamó con indignacion el inglés.

—Vos habeis afirmado que es pobre mi nobleza milord; pero yo sabré hacerla grande.

—Pues si sois noble, debeis saber la respuesta que yo daria á vuestras palabras si me fuesen dirigidas por quien no hubiese recibido órdenes sagradas.

—Decid sin embargo qué respuesta le dariais.

—Le arrojaría el guante á la cara.

—¿Y al que desatase los cordones de la careta de esa señora?

—¡Le mataria, aun cuando fuese cardenal! gritó impetuosamente Buckingham.

Un murmullo de estupor resonó en el vestibulo.

—¿Y si fuese de clase mas elevada aunque un cardenal y que un principe de sangre real? volvió á preguntar Richelieu con satánica calma.

La dama enmascarada, no teniendo ya fuerzas para sostenerse de pie; aunque agarrada al brazo del embajador, se habia dejado caer en una silla, que Rochefort mandó traer; pero al oir esta pregunta páfida, se levantó de pronto y colocó su trémula mano en los labios del duque. Este conoció, gracias tal vez al mudo aviso de la señora, que el ministro queria sin duda hacerle cometer una imprudencia, pues su respuesta podia comprometer y denunciar á su cómplice.

—Jamás tocaria ni aun con la punta de un

dedo al ungido con el óleo santo, contestó, después de meditar un segundo; pero me mataría á mí mismo, después de haber convertido en cadáver á la que no había podido librar de la deshonra.

Un susurro de admiración acojió las heroicas palabras del noble inglés; pero el ministro se apresuró á reprimir con una mirada rígida esta muestra de simpatía, y repuso con voz clara y penetrante:

—Nada temais, milord, pues somos gente honrada, y solo un marido podría arrancar sin vergüenza la careta de una muger.

Estas últimas palabras encerraban una alusión tan terrible, que apesar de toda su temeridad cambió de color el duque de Buckingham.

—No os dirigiré ya mas preguntas, continuó diciendo Richelieu, pues solo ha sido mi objeto haceros ver que lo sé todo.

—Todo! ¿No es eso un nuevo lazo?

—Todo, hasta el nombre de esta señora.

Así diciendo, tendió la mano en dirección á la tapada, cuyo terror, que crecía cada vez mas, hubiera infundido lástima á cualquier otro acusador.

Buckingham, cansado de esta lucha dolorosa, quiso precipitar el resultado por una pro-

vocacion, y adelantándose hasta dos pasos de distancia del ministro, le gritó, al mismo tiempo que aparecia en su rostro una sonrisa insultante:

—¡Pronunciad ese nombre, que quema vuestros labios, señor cardenal!

Richelieu quedó pasmado de la audacia del favorito de Carlos I.^o, y no osó acusar directamente á la reina en presencia de los guardias. Procuró sonreirse, y repuso:

—Milord duque, confieso con humildad que soy mal juez en negocios de galantería y espada; pero tenemos en este palacio á uno, que no podreis recusar, al rey de Francia. ¿Os negareis á que vayamos á presentarnos á él?

—No por cierto, pues quiero pedirle justicia de la violencia que habeis usado conmigo.

El ministro no contestó, sinó que acercándose á la enmascarada y presentándole el brazo, le dijo:

—Señora, permitid que ahora sea yo el que os sirva de apoyo.

La dama aceptó, ó mas bien obedeció y los tres subieron solos la escalera principal, Buckingham conservando su inalterable ademan de arrogancia, la tapada sintiendo que sus rodillas se doblaban á cada paso y que su brazo

se estremecía sobre el del cardenal, y este con semblante radioso, pues se prometia un triunfo seguro.

Poco tardaron en llegar á la sala en que les esperaba Luis XIII, el cual estaba pálido, inquieto, agitado, y un brillo febril daba á sus ojos una espresion huraña.

—Por fin estais aquí, milord duque, se apresuró á decir, luego que descubrió á los recién llegados. Os aguardaba con impaciencia.

El inglés se descubrió é inclinó con respeto.

—Cuenta severa tengo que pedir de vuestras acciones, añadió el monarca, y os advierto que es inútil trateis de engañarme. Habeis hecho resonar mi corte con vuestros galanteos, y por consideraciones á mi hermano de Inglaterra no os he vituperado ni pública ni secretamente, yo, que tan enemigo soy del escándalo; os habeis batido en duelo apesar de mis edictos. y he aparentado ignorarlo; habeis hablado de mí con sobrada ligereza, y sabiéndolo yo, os he puesto sin embargo buen semblante; pero esto no os ha bastado, sinó que habeis elevado tanto vuestras locas pretensiones, que vuestras intrigas se han convertido en crímenes: mi indulgencia os ha alentado hasta el punto de haber osado aten-

tar al honor del rey, sabiendo bien que el rey debe su vida al pueblo que gobierna, y no puede jugarla contra la de un súbdito; mas la cólera de los reyes, aun cuando á veces sea lenta, milord, no por eso es menos terrible; estalla como el rayo, y como el rayo destruye cuanto encuentra al paso. Responded ahora: ¿podeis justificaros?

— Señor, contestó el duque con acento de profunda admiracion, no comprendo á V. M.

— No me comprendeis! exclamó Luis XIII con indignacion. Esplicadme entonces vuestra presencia á esta hora en los jardines de la reina. ¿Quién os ha citado en ellos?..... ¿Tambien me creéis ciego? Un rey, segun vos pensais, no ve mas que con los ojos de otro, no oye con sus propios oidos. Pues sabed, milord, que oculto entre los árboles de la alameda de las Vihoras, he sido testigo de vuestra galante entrevista, y solo al recordarlo me ruborizo.

El soberano se acercó con rabia convulsiva á la señora enmascarada, y asiéndola con fuerza por un brazo, añadió:

— ¡Esta muger, que tiembla como una prostituta inmunda, arrodillada en el fango de una callejuela á los pies de su anciano y deshonorado padre; esta muger, cuyos sollo-

zos escucho, hace poco estaba en vuestros brazos, os daba á besar su blanca mano, ella, tan altiva, tan casta, tan imperiosa en público!

La atrajo mas hácia él tanto que su aliento quemaba la careta, y le gritó:

—¿No es verdad, señora, que os ha sido grata vuestra traicion? ¿no es verdad que os enorgulleceis de vuestra seereta vergüenza? El secreto! ¡hé aquí la virtud de las mugeres!—¿Y creéis, milord, que no sé quien es esta dama encantadora?

—Señor, respondió Buckingham, las sospechas de vuestro ministro son infames.

—¡Os afirmo que sé quien es! gritó el rey con furor. ¡Veo su rostro pálido, cual si no lo ocultára cobardemente con esa máscara, y no es Marion de Lorme: como pudiera suponerse, la que dá citas nocturnas en el jardin de la reina al duque de Buckingham! ¿No os parece, milord, que sentaria bien una corona en esta frente que entreveo?

La pobre señora cayó arrodillada á los pies del monarca, cuya mano tiraba ya del manton.

—Oh! si la medida de las faltas de esta muger se ha colmado, añadió, si es adúltera, no respetare nada: ¡Correrá sangre, milord!

Buckingham sacó la espada, apoyó la hoja en la rodilla, y haciéndola pedazos, que arrojó lejos, exclamó, interponiéndose entre Luis XIII y la tapada:

— ¡Señor, no toqueis á esta dama!

— ¡Amenazais al rey de Francia, milord! gritó el cardenal.

— No, replicó el duque; lo que quiero es evitarle que cometa una acción indigna de un caballero. Esta señora va á descubrirse ella misma, pero antes solicito dos gracias de S. M.

— Hablad, dijo el rey con dureza.

— Reclamo justicia contra la violencia que me ha hecho el cardenal, y silencio respecto al paso dado esta noche por la que he jurado proteger.

Richelieu miró al embajador con sorpresa y desconfianza, pues su resignación le confundía.

— Si os debemos justicia, contestó el soberano, á quien costaba mucho contenerse, estad seguro de que la obtendreis cumplida; y en cuanto á la señora, le damos nuestra real palabra de guardar absoluto silencio sobre lo acaecido hoy, siempre que no corra sangre de reyes por sus venas.

— Obedeced á S. M. Cristianísima, señora, dijo entonces el duque con dulzura.

La dama se quitó la careta.

Luis XIII escuchó un grito de alegría, y Richelieu se quedó estupefacto. No era Ana de Austria, sino su linda camarista, la señorita Catalina de Angennes.

El rey lanzó al cardenal una mirada severa.

En este instante entró un page; pero se detuvo intimidado al ver los personajes que había en la sala.

—¿Qué ocurre, Mr. de Grancey? le preguntó el soberano.

—Señor, respondió el niño, no creía...

—Explicaos.

—Señor, S. M. la reina se siente indispuesta hace algunas horas, y se halla sola en sus aposentos; me ha mandado llamar á sus camaristas, y como no he encontrado á ninguna en sus habitaciones, venía aquí...

—Levantáos, le dijo con severidad Luis XIII á la señorita de Angennes, que continuaba prosternada, é id á ocupar un puesto que os hubiera valido mas no haber abandonado.

La jóven se levantó, saludó al rey con una cortesía, sin tener valor para pronunciar ni una sola palabra, y con los ojos bajos y la cabeza inclinada sobre el pecho siguió al page.

—Señor cardenal, dijo el monarca, despues

de la salida de la camarista, debeis pedir que os dispense el señor duque de Buckingham.

—El señor duque me perdonará, contestó Richelieu con falsa sonrisa, el haberle proporcionado la ocasion de probar de una manera irrecusable lo absurdo de las sordas calumnias que se han esparcido en perjuicio suyo, pues sabe que ni aun debe sospecharse de la esposa del César....

—Basta sobre ese asunto, repuso el rey, interrumpiendole.—Milord, mañana haréis presente á mi hermanua, en Bolonia, el cariño que le profeso, y espero que dentro de dos dias cumplimentareis en mi nombre á su angusto esposo.

—Señor, respondió Buckingham, seré fiel intérprete de los sentimientos de V. M.

Dicho esto, saludó al soberano con arreglo á la mas rigurosa etiqueta, y salió del aposento, teniendo el placer de pasar con la cabeza erguida por entre Rochefort y los mosqueteros, que continuaban en el vestibulo, y á cuyas cortesías correspondió con gracia.

Luego que el rey se quedó solo con Richelieu, le dijo con sequedad:

—Sois un servidor demasiado celoso en agradarme, señor cardenal.

El ministro iba á replicar; pero sin quererle oir, S: M. le volvió la espalda y fué á

recostarse en un sitial.

Ambos partieron al amanecer, sin que Luis XIII fuese á ver á la reina, pues temió no saber que esplicacion darle á su repentina é inesperada llegada á Amiens.



X.

Un fanático.

No engañó á Richelieu el grande sacrificio de la señorita de Angennes: ávido de conocer toda la verdad, y sorprendido de la ausencia de las seis camaristas, puso á Rochefort en campaña, y como en aquella época los fondistas y las criadas no eran mas indiferentes que en la actual el ruido del dinero, poco tardó en penetrar el misterio de la famosa noche del sábado.

Furioso el cardenal por haber sido el juguete de Buckingham y la española, resolvió vengarse; mas no pudiendo, por carecer de

pruebas, convencer á la reina de una falta de que él no dudaba, se dedicó á cambiar poco á poco en odio y antipatia la frialdad que hasta entonces habia manifestado Luis XIII á su esposa, para conseguir lo cual le sirvió de mucho la conspiracion de Chalais. En cuanto á Catalina de Angennes, esperó con la paciencia del tigre oculto entre los juncos que llegase la hora de destruir su felicidad y su honor.

Seis meses eran transcurridos de de las escenas del palacio de Amiens, que dejamos referidas, cuando en una hermosa mañana del mes de diciembre se notó grande animacion en las casas consistoriales de París. El escribano del ayuntamiento le entregó las llaves á un alférez de guardias de corps, escoltado de escuadras y archeros, que en nombre del rey tomaron todas las puertas y salidas, y en seguida la plaza de la Greve se cubrió de arcabuceros y guardias suizos, á las órdenes del conde de Charrost, capitan de guardias, y del duque de Montbazou, gobernador de París.

Habia estallado alguna revolucion? No, seguramente, porque las filas de los soldados se abrian con toda tranquilidad á los galopines de cocina, que llevaban en las cabezas grandes canastas atestadas de jamones, aves,

conejos etcétera, y delante de los cuales caminaban, dándose importancia, el señor Andrés, antiguo cocinero de la gastrónoma señorita de Grancey, y un alguacil del ayuntamiento.

En aquel día daban un suntuoso baile y banquete á SS. MM. los municipales de la buena ciudad de París.

A eso de las cinco, ya anochecido, una hilera de carrozas por un lado, y otra de literas por el otro, desembocaron por las dos calles contiguas á las casas consistoriales, y al punto un atronador alboroto se dejó escuchar, causado por los pages, lacayos y conductores de sillas de manos, que reñían con los ministeriales encargados de mantener el orden.

El gobernador recibía á los convidados en el vestibulo, el escribano los invitaba á subir la escalera, y los regidores y el corregidor los cumplimentaban ó eran cumplimentados por ellos en la entrada del salon principal.

Todas las señoras tomaron asiento en las gradas elevadas en forma de anfiteatro alrededor de este salon, que estaba aun sumergido en la obscuridad, y que se asemejaba al purgatorio poblándose de sombras errantes; pero de pronto el corregidor golpeó la puerta

con su vara, gritando: ¡el rey llega! y al punto un centenar de arañas de veinte bugias cada una bajaron del techo ya encendidas é hicieron resplandecer los diamantes, los rubís, los bordados de oro y plata, los terciopelos, los armiños, los tisús y las telas sembradas de perlas y piedras preciosas que adornaban la belleza de las damas.

Deslumbrador espectáculo era el que presentaba la pieza, rodeada de gradas en todo su largor, que la hacían parecer una inmensa herradura. En sus dos extremos había puertas con tapices, en los que se veían las armas de la ciudad. y se alzaban los tablados para los músicos, separados uno del otro por una cortina que ocultaba la segunda sala, en que debía servirse la cena.

Abrióse de par en par la puerta principal para dar entrada á SS. MM., á quienes habían ido á recibir el corregidor y los regidores al pie de la escalera, precedidos de diez hugueres, que sostenían cada uno dos hachas de ceras; y los veinte y cuatro violines del rey tocaron una marcha, que repetían fuera del edificio los tambores de los guardias y los de los suizos.

Luis XIII penetró en el salón dando la mano á Ana de Austria, que permaneció pálida y seria en medio de la alegría general que

estallaba en estrepitosos vivas.

Tal vez con objeto de traer á la mente de la reina un recuerdo doloroso vestia el rey el elegante trage que Buckingham habia puesto en moda aquel año entre los diez y siete peligrosos y los señores mas elegantes, y que consistia en capa corta á la española de terciopelo encarnado con bordados de oro, justillo azul celeste con listas de oro, mangas perdidas y follados de raso blanco, y botas de embudo de cuero blanco de Rusia, adornadas en la parte superior con riquísimos encages. Ana de Austria llevaba un vestido de raso verde, bordado de oro y plata, segun la moda castellana, cuyas mangas figuraban cerrar á lo largo de los brazos, como si fuesen botones, gruesos é inapreciables rubies; su gorguera, abierta, dejaba entrever su admirable garganta, y adornaba su cabeza un gorrito de terciopelo del color del vestido, en el que ondeaba una pluma de garza real. Sentábale tan bien este trage, apesar de su palidez y tristeza, que si el enamorado inglés la hubiese visto aquella noche, sin duda alguna se habria arrojado á sus pies en presencia de toda la corte.

Luis XIII, despues de saludar con galanteria á las damas allí presentes, dió la señal de empezar el baile tomando la mano de la

corregidora para ser su pareja, mientras que el esposo de esta le ofrecia la suya á la reina con igual objeto, y al punto dió principio la danza llamada el vaiven de las Hachas: un círculo grande de caballeros y señoras, entre las que se contaban las siete camaristas de S. M., empezó á girar con suma rapidez en el centro del salon, agitando cada cual de los que le componian una hacha encendida.

De pronto salió del corro un grito de terror, pues una pabesa habia caido en la ropa de una de las bailadoras, que no tardó en verse rodeada de fuego, y muy pronto se rompió la rueda, huyeron las damas, echando voces de miedo, y aun los hombres retrocedían indecisos. Entonces uno de los espectadores, disfrazado de armenio, que habia seguido los movimientos del círculo con miradas tristes y ávidas, se lanzó á la que ardía, la envolvió con su ancho ropon asiático, y procuró apagar las llamas con sus manos desnudas, sin temor á las quemaduras, lo que consiguió efectivamente al cabo de algunos segundos y antes que el fuego hubiese causado daño al rostro de la que socorria. Esta permanecia desmayada en sus brazos, y fijando él la vista en aquel semblante que acababa de salvar, dijo en voz baja, mas con acento apasionado:

—Catalina! Catalina!

Entretanto los bailadores, ya tranquilizados, se acercaban á él, después de haber apagado las hachas; pero el armenio levantó la cabeza y gritó:

—Paso, señores, paso! Es preciso sacar del salón á esta jóven, pues aquí no la dejará el calor volver en sí.

Así diciendo, corrió con su carga á una de las puertas, por la que salió antes que las compañeras de la señorita de Angennes, que era la que acababa de sufrir la desgracia, hubiesen podido llegar hasta ella y prestarle auxilios.

Este incidente fué tan rápido, que pronto quedó olvidado, y no tardaron en continuar las danzas, cual si nada hubiera sucedido.

El armenio llevó á la desmayada al despacho del corregidor, y como luego que esta volvió en sí y abrió los ojos, le vió arrodillado á sus pies, cubriéndole las manos de besos y lágrimas, sintió un movimiento de terror al encontrarse á solas con aquel hombre de trage singular, y cuya barba medio quemada y rostro ennegrecido por el humo y la ceniza, hacían repugnante; pero luego que le miró con mas detencion y le oyó preguntar con voz triste: ¿no me conocéis, Catalina? juntó las manos, se levantó enagenada por

el gozo, apesar de la debilidad que sentia, y exclamó:

—¿Vos aquí, Mr. de Fargy?..... Ah! ¡vos solo habeis tenido valor para salvarme!..... Dios mio! ¿cómo no lo he adivinado desde luego?

—¿Me amais aun, Catalina? volvió á preguntar el conde.

La camarista se sonrojó, y al mismo tiempo dejó ver en su semblante una dulce sonrisa; pero de pronto perdió el color que por un momento habia animado sus mejillas, y dijo con voz que el terror hacia temblona:

—¿Pero cómo habeis tenido la imprudencia de venir á este baile?

—Queria volveros á ver, Catalina.

—Y si os conocen?..... Oh! solo al pensarlo me estremezco..... ¡Por Dios, señor conde, no volvais á entrar en el salon!

—¡Tengo tantas cosas que deciros, Catalina, tantas cosas que se han aglomerado sobre mi corazon en los seis meses que estamos separados, en los seis meses que vivo en un infierno, pues esa brillante corte de Inglaterra, donde vos no estais, es para mí un infierno!.....

Al llegar aquí Mr. de Fargy, oyeron pasos que se acercaban á aquella pieza, y la señorita de Angennes se apresuró á agarrar á su

amante por un brazo y á esconderse con él detrás de las cortinas de un balcon.

Casi al mismo tiempo penetraron en el despacho el cardenal ministro y el corregidor.

—¿Conque opinais, dijo el primero, que el inglés que vuestros archeros acaban de prender en el acto de fijar en la fachada de este edificio un pasquin insultante para nuestro amigo y aliado el duque de Buckingham, es el mismo sugeto que nos ha denunciado ya milord Rich, encargado de negocios de Inglaterra?

—Seguramente, señor eminentísimo, contestó el corregidor, pues el pasquin que se encontró en la puerta de la embajada es de la misma letra.

—¡Es una insolencia que clama venganza! gritó Richelieu.

—El tunante merece que le corte el verdugo la mano derecha, añadió el magistrado.

El cardenal le miró con atencion, y luego dijo de pronto:

—Señor corregidor, tengo curiosidad de ver á ese hombre, que osa escribir tales cosas contra el ministro y favorito de su rey.

—Oh! ese miserable no es digno de comparecer ante vuestra eminencia.

—Sí, sí, quiero verle. Enviádmelo, é idos en seguida á bailar, pues deseo interrogarle sin testigos.

El corregidor se inclinó con respeto, y salió de la pieza andando de espaldas; el cardenal se sentó en un sillón, fijando los ojos en la puerta con impaciencia, como quien espera con ansia la llegada de alguno, y los dos amantes no osaban moverse ni respirar en su escondite.

Pasados algunos minutos se oyeron pasos de varias personas en la escalera, luego mas inmediatos, y al fin se presentaron en la entrada del despacho cuatro archeros, entre los cuales se veia al preso. El ministro hizo seña á los primeros de dejarle á solas con este, fué al punto obedecido, y el inglés, mirándole con sorpresa, le preguntó:

—¿Sois mi juez, y no temeis que os mate?

—No, respondió con tranquilidad Riche-lieu, porque odias á otro hombre.

El preso no bajó sus grandes ojos azules, que despedían fuego, apesar de que los del cardenal se fijaron en él, escrutadores.

—Voy á interrogarte, añadió el ministro, despues de medio minuto de silencio.

—Preguntad.

—Cómo te llamas?

—John Felton, contestó el inglés con una

especie de orgullo enfático, que coincidiaman con la obscuridad de este apellido; pero ante todas cosas debo advertir á vuestra eminencia que un hijo de Inglaterra no puede ser enjuiciado con arreglo á las leyes francesas.

—Pues bien, te enviaré á milord Rich, el embajador de tu nacion, y allá te compondrás con tu compatriota.

Una repentina palidez cubrió el rostro del inglés al oír nombrar al embajador, y se apresuró á replicar:

—No, no, señor eminentísimo: deseo ser juzgado por vos, mas bien que por ese publicano, á quien llamais lord Rich.

—En ese caso, debo decirte que no has hecho mala eleccion. Vamos á ver: ¿eres tú el que ha escrito este pasquin, y el que ha sido sorprendido al fijarle hace pocos minutos en la fachada del edificio en que nos hallamos?

Así diciendo, tomó un gran pergamino, que el corregidor habia dejado encima de la mesa, y leyó con voz sonora, en la que se descubria satisfaccion, lo siguiente:

—«¿Quién gobierna el reino de Inglaterra? El rey Carlos 1.^o ¿Quién gobierna al rey Carlos 1.^o? El duque de Buckingham. ¿Quién gobierna al duque de Buckingham? El diablo

Satanás.»

Mr. de Fargy miraba al juez y al reo por entre las cortinas, y vió que el juez se sonreia al leer y el reo se sonreia al escuchar.

—Oh! exclamó este último, ¿por qué no está aquí ese Nabucodonosor, que se tapa las orejas para no oir los lloros de las viudas y de los huérfanos y el rechinar de dientes de los hombres?

—¿Conque confiesas tu crimen?

El inglés se acercó á Richelieu con ademán feroz, inspirado y huraño al propio tiempo y asiéndole por un brazo, gritó:

—Ah! ¿por qué no eres tú Buckingham? ¿por qué no eres tú esa piedra de escándalo y abominacion? ¿por qué no eres tú el soberbio que arroja en el foso de los leones á los niños y las mugeres, y que destierra á las hijas de Sion á las márgenes del rio de Babilonia?

Un sudor frio corria por la frente del inglés, y lanzaba miradas feroces y estraviadas al ministro; pero este, sin tratar de desasir su brazo, de separar al enérgumeno, ó de alejarse de él, continuó en la mayor calma su interrogatorio.

—¿Por qué, le dijo, has insultado en Francia, John Felton, al ministro de un rey alia-

do de la Francia?

—Porque el maldito Nabucodonosor me ha desterrado de Inglaterra, y desde aquí solo puedo dirigirle ultrages y amenazas.

—¿Te alegrarias de volver á Lóndres?

—Oh! ¡lo deseo con toda mi alma!

—¿Qué quieres hacer allí?

—Matar á un hombre, respondió el preso con acento de implacable resolución.

—¿Y qué te ha hecho ese hombre? porque hay casos en que la venganza es legítima.

El inglés se golpeó la frente, como para traer á su mente un recuerdo de confusion y vergüenza y contestó con voz sorda y grave:

—Yo era teniente, y habia recibido tres heridas en otras tantas acciones campales; amaba á Clary Smithson, hija de Harry Smithson, fabricante de paños de la Cité, y ella me amaba; pero el padre no queria darme á la jóven hasta el dia en que ascendiese á capitán, y aunque Clary aseguraba que lo mismo me admitia por esposo con un grado que con el otro, Harry pensaba de distinto modo. Por tres veces habia sido ya postergado por el gobierno en beneficio de nobles desprovistos de todo mérito, y cansado de esperar, tuve la idea de acudir al lord custodio de las cinco puertas, duque de Buc-

Kingham. Esto era una necedad, ¿no es cierto? El duque, que estaba en conferencia con su sastre cuando fui á verle segun me di-
 jo su ayuda de cámara, Patricio O'Reilly, se
 negó á verme, y lo mismo me sucedió otras
 varias veces que me presenté en su palacio.
 Entonces escribí una humilde esposicion para
 el ilustre señor; pero no obtuve respuesta.
 Esto inspiró un pensamiento que causó nues-
 tra desgracia, á mi pobre novia, á mi dulce
 Clary, á la blanca y casta paloma; y sinpre-
 venírmelo, sin aconsejarse de nadie, una ma-
 ñana salió de la casa de su padre con esa li-
 bertad autorizada por las costumbres de nues-
 tro pais, y se dirigió con pie seguro, con pro-
 pósito firme y con la cabeza alta á la man-
 sion de ese maldito fariseo. Oh! solo al re-
 cordar esto la sangre se me agolpa á la ca-
 beza y siento frio en la médula de los hue-
 sos. Patricio O'Reilly, apesar de que no des-
 miente el refran que dice: «tal amo, tal cria-
 do,» me ha asegurado que poco acostumbra-
 do á ver presentarse rostros tan infantiles y
 puros á las audiencias del favorito, trató de
 despedir á la humilde pretendiente y quitar-
 le toda esperanza; mas ella persistió de tal
 manera, con tanta inocencia y resolucion, que
 se decidió á introducirla en el despacho de
 ese orgulloso Aman, que huella los pue-

blos bajo sus pies para hacerle sudar impuestos.

—Y qué? preguntó el cardenal, ¿nuestro amigo el duque de Buckingham, galán por excelencia, resistió á las súplicas salidas de los lindos lábios de tu Clary? Oh! yo no puedo creer que no reconociese la justicia de tu pretension.

—Sí, respondió John Felton en voz baja; al salir Clary de aquel aposento llevaba consigo mi despacho de capitán.

—Ah! ya sabia yo, dijo muy alto el ministro, que el duque no podía menos de haber merecido tu gratitud. Vamos, por eso quieres volver á Inglaterra, á fin de darle nuevas pruebas de que no eres un ingrato, ¿no es verdad? Pues bien, yo te proporcionaré los medios de conseguirlo.

John Felton dió un salto de alegría, semejante al del chacal que se lanza sobre una víctima.

—Ya veo, prosiguió diciendo el cardenal, que te chanceabas hace un momento cuando hablabas de matar á un hombre, pues vas á partir con el corazón henchido de gozo y no pensando mas que en casarte con Clary.

—Vuestra eminencia no ha comprendido sin duda, gritó el inglés con rabia, que Clary se dejó seducir del infame, y que salió de

su casa deshonrada.

—Bah! so pechas de amante, sin fundamento alguno, replico Richelieu.

—Sabed que Clary murió el día en que yo desgarré el despacho de capitán que había obtenido para mí y le arrojé los pedazos á la cara, repuso el preso con su voz inflexible.

—Bueno, bueno; ya olvidarás todo eso en la travesía, y le irás á pedir á nuestro amigo Jorge Villiers otro despacho de capitán.

El entrecejo del fanático se arrugó; el ministro se levantó pues ya había juzgado á su hombre, y los dos amantes, cuyas manos estaban enlazadas detrás de las cortinas, se las apretaron mutuamente, impulsados por un mismo movimiento de indignación.

—Conque Clary no te amaba? le preguntó el cardenal al ingiés.

—Me amaba como á un hermano; pero amó como á un amante á ese insolente Villiers.

Richelieu dejó escapar una sonrisa, pues esta respuesta le daba la seguridad de que el que la había pronunciado no perdonaría al duque de Buckingham, y que sabría morir, como sabría matar, sin denunciar cómplices, y sin imaginar siquiera que los tenía: podía, pues, permitir que el chacal saliese de la jaula.

—John Felton, dijo con voz solemne, vol-

verás á Inglaterra; pero antes es preciso que consientas en hacer esta noche cuanto te mande. ¿Te parece muy caro comprar la venganza por el sacrificio de una noche?

—No, contestó el inglés. Mandad.

—Sígueme, que te preparo un brillante papel en el banquete que va á tener lugar en breve.

Pronunciadas estas palabras, salió del aposento, y Felton le siguió como un perro sigue á su amo, no tardando en perderse los pasos de ambos á lo lejos.

Entonces la señorita de Angennes y el conde de Fargy salieron de su escondite, y tomando la primera la mano del segundo, le dijo:

—No hay que perder ni un solo minuto: es necesario que yo participe á la reina lo que sucede, y que prevengamos los medios de evitar una horrorosa desgracia. Ah! ¡Dios ha sido quien os indujo á traerme á esta pieza!..... Mr. de Fargy, ¿podemos, como siempre, contar con vos?

—Lo dudais, Catalina?

—Pues tambien vos regresareis á Londres; pero con tal celeridad, que llegueis á él antes que ese fanático, que ese Jhon Felton. Oh! ¡jamás olvidaré este nombre!..... Esta vez no huireis de vuestros enemigos, sinó que parti-

reis para servir á la reina y salvar al que de-
beis la libertad, y tal vez la vida. Venid, vol-
vamos al salon sin tardanza, porque todo es-
taba perdido si el cardenal sospechase que
hemos oido su horrible conversacion.

El conde la presentó el brazo, y llegaron
al salon en el momento en que se descorria
la gran cortina para que SS. MM. pasasen á
la pieza en que iba á servirse el banquete
en rica bagilla de porcelana, que los con-
vidados debían romper al terminarse la cena,
segun la costumbre establecida para tales ca-
sos en aquella época.



XI.

Lo que cuesta el amor de una reina.

Luis XIII se sentó á la mesa rodeado de sus gentiles hombres, que lo servian, mientras las camaristas hacian lo propio con la reina; pero el primero no tardó en advertir que apenas le ponian un plato delante desaparecia como por encanto: así es que despues de brindar por la prosperidad de la ciudad de Paris, para pagar en cierto modo el obsequio que recibia, se volvió de pronto, y vió que un hombrecillo delgado, con un gorro de papel con cuernos y cresta, con una cabeza de mu-

ñeco pendiente de uno de sus brazos, con una enorme vegiga llena de aire colgada de la cintura, y vestido con un traje ridículo de color blanco, azul y encarnado, en el que estaban cosidos multitud de cascabeles y campanillas, era el que se apoderaba de los manjares, que desaparecían en el fondo de un zurrón de proporción fabulosas.

Este personage era Angely, bufon de S. M.,
—Ola! ¿eres tú, loco? le preguntó el rey, riéndose.

—Loco! exclamó Angely; cuidado que soy vuestro servidor, y hay un refran, que dice: «á tal amo tal criado;» y otro recuerdo que viene á pelo: «bueno es el sastre que conoce el paño.»

—Basta, basta, grito Luis XIII, deteniendo la mano del bufon, que iba á escamotarle otro plato. ¿Hombre, no quieres que pruebe un solo bocado? Pues si tienes un apetito tan devorador, no te aconsejo que te cases nunca, porque matarias de hambre á tu muger, en razon de que cuantos comestibles pudieras adquirir no bastarian para satisfacer tu estómago.

—Por esa razon estoy seguro de que no me querrá para marido la señorita de Grancey, repuso Angely, dirigiendo una mirada á la que nombraba, la cual se puso encendida como la

grana, mientras que los circunstantes se reían.

—¿Pero qué vas á hacer con esas provisiones de sitio? le preguntó el soberano, tocando con el dedo al zurrón hiperbólico.

—Son para cobrar fuerzas y no sucumbir en el desafío que voy á tener en vuestra presencia, señor.

—Un desafío!

—Ay! ¡me olvidaba de los edictos de su eminencia! He debido decir un torneo.

—Y quién es tu contrario?

—Un gran astrólogo, que pretende haber resucitado, despues de morir en el siglo de Luis XI, y toma el nombre de Angelo Cattho.

—¿Y con qué armas os batireis? ¿con espadas, dagas, arcabuces, alabardas, hondas, arcos ó cañones?

—Oh! nuestras armas serán corteses; es decir, nos pelearemos con las lenguas. El astrólogo afirma que conoce el porvenir tan bien como el pasado, y yo quiero inspirarle el deseo de volverse á morir con dos ó tres preguntas que le haré, á las cuales no sabrá contestarme.

—¿Y en dónde está ese astrólogo?

—Aquí estoy, señor, respondió una voz, que la señorita de Angennes creyó haber oído antes, y que la hizo estremecer.

Un hombre envuelto en una especie de toga negra, que le arrastraba, en cuya cabeza se veía un gorro cónico muy prolongado, con la parte inferior de la cara cubierta con una barba postiza blanca, digna de un patriarca, y agitando en la mano una barita de sicomoro, se adelantó hacia la mesa.

Luis XIII, que era muy supersticioso, se puso algo pálido al verle, y los circunstantes se apresuraron á rodearle, esperando una conversacion divertida entre él y el bufon. Por lo que hace á este, se colocó delante del nuevo Angel Cattho, se puso en guardia con la cabeza de muñeco dirigida al pecho de aquel, y dió tres patadas en el suelo, con cuyos movimientos hizo sonar los cascabeles y campanillas.

—La lid dá principio, señores! gritó el rey, haciendo reir á sus cortesanos, tan poco acostumbrados á oírle bromear.

—Astrólogo, dijo Angely, ¿qué apostamos á que no respondes á la pregunta que voy á dirigirte?

—Juro por los celestes planetas que contestaré á ella en menos tiempo que tú tardas en hacer que pase un plato de esa mesa á tu zurrón.

—Pues bien, sabio Angelo Cattho, dime si es posible que un hombre se encuentre en el

mismo día y hora en siete parages distintos.

Los espectadores se rieron y aplaudieron con palmadas, y la reina, que hasta entonces no se habia dignado prestar atencion á aquella escena, salió de su distraccion y clavó la vista en Angely. En cuanto á las siete camaristas, ya hacia rato que estaban formando parte de la primera fila de curiosos.

—No, respondió con gravedad el astrólogo.

—Vaya! ya veo que eres un tonto, que nada sabes.

—He dicho la verdad, loco.

—Pues si tú respondes *no* á mi pregunta, yo, que no soy astrólogo, respondo *si*, ilustre adivino.

—Pruébalo.

—Voy á eso.

La curiosidad redobló, y todos los ojos se fijaron con atencion en los dos estraños personajes.

—La aventura, añadió el bufon, le ha sucedido á cierto caballero muy conocido de todos los presentes, y mas aun de todas las presentes.

Las mugeres se ruborizaron y los hombres se sonrieron.

—¿Quién es ese caballero, tan conocido?

preguntó el rey.

Ana de Austria estaba del color de un cadáver; pero por dicha suya solo el cardenal la miraba en aquel momento.

—El duque Jorge Villiers de Buckingham, contestó Angely.

El monarca quedó tan admirado como todos de esta respuesta, las camaristas se mordieron los labios, y la señorita de Angences se retorcia sus crispadas manos y un presentimiento siniestro angustiaba su alma.

El astrólogo meneó la cabeza con desden, y replicó:

—El señor Angely está mal informado.

—Pues entonces, ilustre adivino, podeis rectificar mi error mientras yo ceno, repuso el bufon.

—El duque de Buckingham, añadió el mágico, no se halló en siete parages distintos á la misma hora; pero sí le fueron á buscar siete damas á siete partes diversas.

Una esplosion de risas, hucheos, murmullos, aplausos y amenazas estalló en el concurso.

—Quién son esas damas? gritaron algunas voces.

Angelo Cattho continuó así:

—Una de las mas altivas, de las mas orgullosas beldades de la corte tuvo empeño en

enseñarle al duque su árbol genealógico y explicarle el misterio de sus armas.

Veinte sonrisas denunciaron á la señorita de la Rochefoucauld, que estaba negra de puro encendida.

—El noble embajador, prosiguió diciendo el adivino, quiso que otra disfrutase el inefable placer de cenar varios manjares condimentados á la inglesa.

La señorita de Grancey bajó la cabeza, avergozada al ver las miradas burlonas que le dirigian.

—Otra, añadió el astrólogo, esperaba con ayuda del lord custodio de las cinco puertas sorprender á su mas ardiente adorador á los pies de una campesina, y sabe Dios lo que habria sucedido, pues pasa por muy colérica; otra, que es la envidia personificada, deseaba que los espíritus invisibles llevasen á sus brazos el galán a quien adora, y que los mismos le diesen la hermosura que le falta, quitándosela á cierta persona que aborrece; otra, en extremo económica, queria consultar al ilustre inglés sobre la compra de un aderezo, pues él es tan inteligente en piedras como poco cuidadoso en no perderlas; otra, en fin, tierna de corazon cual ninguna, apetecia obtener del favorito de S. M. Carlos 1.^o algunas noticias del pais de las silfides,

en el que tenia esperanzas de fijar su residencia.

Los cortesanos se reian; mas las seis camaristas estaban aterradas con aquella humillacion pública, pues aunque el astrólogo no las habia nombrado, nadie de los presentes dejó de adivinar que se trataba de ellas; y ni aun se atrevian á defenderse, porque esto hubiera sido denunciarse á sí mismas.

El armenio que habia salvado á la señorita de Angennes se abrió camino hasta el mágico, y luego que estuvo cerca de él, le preguntó con voz alterada:

—Y la séptima?

—No salió del palacio, contestó el interpelado.

Mr. de Fargy respiró con libertad, pues una cruel sospecha habia cruzado por su mente.

Catalina de Angennes, fuera de sí y tambaleándose, habia logrado entretanto acercarse á Ana de Austria, y se apoyó en uno de los brazos del sillón que ocupaba.

—¿Tienes miedo, hija mia? le preguntó en voz baja la reina, tomándole á la pobre joven una mano que la encontró abrasando.

—No, señora, contestó ella; tendré valor hasta el fin.

—Oh! es que yo no sufriré que se te acuse

tan infamemente, repuso la española, no te veré con frente serena sucumbir bajo el peso de esas horribles calumnias. Sí, Catalina, cuenta conmigo, que te justificaré, que diré á todo el mundo que no te has apartado de mí.

—Y os perderiais, señora, replicó la camarista, estremeciéndose. No, mi querida ama; dejadme acabar mi obra: vuestra honra es la del reino entero, y yo no soy mas que una pobre muchacha, que á nadie le interesa.

Cuando esto decia, no pudo menos de temblar, pues fijó los ojos en el conde de Fargy, que no apartaba los suyos de ella y que cada vez se admiraba mas de su turbacion y su terror, que eran muy visibles.

Angely habia renunciado al parecer á continuar su desafio con Angel Cattho, y este le miraba con ademán triunfante, cuando de pronto se presentó Richelieu en la pieza, seguido de un hombre de poca estatura, que estaba disfrazado con un traje de juez, y todos se apresuraron á abrirles paso.

— Señor, dijo el cardenal, dirigiéndose al rey, vuestro bufon no entiende una palabra en punto á interrogatorios, y aquí le traigo á V. M. un sugeto que con dos renglones de un acusado y tres respuestas de su boca sabria encontrar méritos para condenarle á ser ahor-

cado. Permite V. M. que le haga una sola y última pregunta al adivino?

—Si, contestó el soberano.

La intervencion de Richelieu en aquel debate burlesco y terrible á un tiempo, habia redoblado la curiosidad y el interés de los espectadores.

—El astrólogo debe explicarse con mas claridad, dijo el juez con voz que nadie dudó era fingida, y en lugar de manifestaraoos en donde no estuvo el duque de Buckingham, que nos declare en donde se halló.

—En el palacio de la reina, respondió Angelo Cattho con voz fuerte.

Dos gritos se cruzaron en el aire, dos gritos ecsalados por el armenio y la señorita de Angennes. Las compañeras de esta se volvieron hácia ella, y la miraron con desprecio; la reina madre, Maria de Médicis, la contempló con lástima; en todas partes donde fijaba la vista, solo veia semblantes escarnecedores, y hasta la misma Ana de Austria le volvió la espalda, aunque es verdad que solo lo hizo para ocultar las lágrimas que le hacia verter lo que por ella sufría la desgraciada jóven.

No pudo mas: sintió que su razon se ofuscaba, que las piernas se negaban á sostener su cuerpo, y hubiera caído al suelo desmayada, á no haber corrido á sostenerla Mr. de

Fargy.

—Catalina! Catalina! ¡vuelve enti! le dijo al oído. No lo creo, no; sé que los infames han mentido, ¿no es verdad?

En seguida, inclinándose hácia la reina, añadió, tambien en voz baja:

--¡Señora, señora, defendedla, salvadla! ¿no veis que muere por vos?

Ana de Austria no respondió, y ni aun dirigió una mirada a su infeliz camarista, pues temió á aquella corte de enemigos.

Este abandono le llegó al corazón al conde.

—La reina no la socorre, se dijo á si mismo: ¿será culpable Catalina? Oh! ¡es imposible!

Depositó á su amada en un sitial, y corriendo al astrologo, le gritó:

—¡Estoy seguro de que habeis mentido!

—Juro por mi honor que he hablado verdad.

—Si no sois un cobarde, me dareis satisfaccion de esa calumnia

—Consintiera en ello con placer, á no oponerse el edicto contra los desafíos.

—Ah! ¡disfrazais vuestra falta de valor con los edictos del cardenal!..... Ya veo que sois uno de sus servidores, y el mas cobarde de todos.

—No soy cobarde, puesto que para evitar el duelo á que me provocais no prendo al señor conde de Fargy, que debiera hallarse en Lóndres al lado de su ama la reina Enriqueta, y no en Paris, desafiando á los hombres honrados

El astrólogo pronunció estas palabras con su voz natural, y el armenio conoció con terror que tenia delante al conde de Rochefort.

—Ademas, añadió este, para probaros que no merezco de modo alguno el dictado que me dais con tanta facilidad, os cito para dentro de cinco dias en Bruselas, donde podremos batirnos sin contravenir á las leyes

El caballerizo de la reina de Inglaterra le apretó la mano á su adversario, y contestó:

—Caballero, consiento en retractar mi insulto; pero nuestro combate será á muerte, ¿no es verdad?

—Sea así; de esa manera me vengaré en vos de los ultrajes que tengo recibidos de vuestro protector, el duque de Buckingham.

—Y yo me vengaré en vos de vuestro amo, cuyo traje encarnado le defiende de mi espada.

Dicho esto, se separaron, y no tardaron en perderse entre el gentío.

John Felton entretanto, se habia dado pri-

sa á despojarse de su toga de magistrado, y vestido de marinero emprendió el camino de Bolonia, para embarcarse en dicho puerto con destino á Lóndres.

El baile continuó brillante y animado hasta las cinco de la mañana, y pocas horas después se presentó á la reina la señorita de Angennes, á fin de despedirse de ella.

—No desesperes del porvenir, hija mia, le dijo S. M., abrazándola: esa odiosa escena no ha podido robarte el corazon de tu amante, á quien por otra parte, yo le responderé de tu fidelidad, y no dudará de mi palabra real.

—Es verdad, señora, respondió Catalina: estoy cierta de que Mr. de Fargy se casará conmigo sin vacilar, á fin de reparar la vergüenza en que me ha sumido esa triste aventura; pero yo soy leal, y le amo; por lo tanto no consentiré en tal union, apesar de que la desea mi alma con vehemencia.

—No consentirás! exclamó Ana de Austria con la mayor sorpresa.

—No señora, porque prefiero la honra del conde á mi dicha personal.

La reina no se atrevió á insistir, pues comprendió todo el valor de tan heroicos sentimientos.

Catalina de Angennes no esperó el permi-

so del rey para retirarse de la corte y aquel mismo dia entró en el convento de las Ursulinas, donde supo una semana despues la muerte del conde de Fargy, que pereció en Bruselas á manos de Rochefort, sin tratar siquiera de defender su vida.

Terminado el noviciado, la antigua camarista de Ana de Austria tomó el velo y se entregó á los mas crueles actos de austeridad, que causaron su muerte cuatro años despues, al siguiente dia de haber sido elegida abadesa, segun afirman las memorias de la época.

La escena terrible del astrólogo hizo olvidar al conde de Fargy y á la señorita de Angennes la conversacion que escucharon entre el cardenal y Fohn Felton, por consiguiente no dieron conocimiento de ella á la reina, segun se habian propuesto, y el 23 de agosto del año siguiente, en el momento en que el duque de Buckingham salia de su cámara, en Portsmouth, despues de haber dado audiencia al duque de Soubise y á los enviados de la Rochela, recibió una puñalada en el pecho. Mientras que huia el asesino, solo tuvo tiempo para arrancarse el puñal de la herida, exclamando: ¡me ha matado el miserable! y cayó muerto entre los brazos de su ayuda de cámara Patricio O' Reilly y en los del duque de Fryar.

Patricio recogió del suelo un sombrero, en cuyo fondo había pegado un papel, que contenía estas palabras: «El duque de Buckingham era el enemigo de reino, y por esto le he matado.»

Todos los balcones de la casa se abrieron, y diez voces gritaron á la multitud reunida en la calle para esperar la salida del favorito:

—Prended al asesino! ¡lleva la cabeza descubierta!

Un hombre sin sombrero, tranquilo, aunque pálido, formaba parte de esta multitud, y un montero del ministro le echó mano gritando:

—Este es el asesino!

—Si, contestó el hombre, yo he dado muerte al duque.

Declaró en presencia de sus jueces que creía haber salvado al reino con matar al mas pérfido de los consejeros del rey, y que no había tenido ningun cómplice, citando ejemplos sacados de la Biblia para justificar y celebrar su accion.

Este asesino se llamaba Fohn Felton, y murió en el patíbulo con valor extraordinario, diciendo con voz ferviente:

—¡Dios mio, recibid mi alma en el cielo, y salvad la de Clary!

Este nombre le hizo verter algunas lágrimas; pero no dió otra muestra de debilidad.

Cuando la señorita de Ville-aux-Clers, que fué la primera que anunció á la reina la muerte de Buckingham, le hubo dado esta noticia, Ana de Austria exclamó:

—Es imposible! ¡acabo de recibir carta suya!

Sin embargo, cayó desmayada en los brazos de la señorita de Hautefort.

Algunas horas despues volvió Luis XIII de San German al Louvre, espresamente para confirmar á su esposa la fatal nueva, dejando ver en su rostro la mas alegre sonrisa de su vida.

De esta manera se vengaba su eminencia el cardenal de Richelieu.

FIN.

4.000

2 volumes in 1 vol.

— AN

— LVI

— SXIX

